
HARLEQUIN
Deseo™
CALOR ARDIENTE
ISABEL SHARPE



CALOR ARDIENTE

ISABEL SHARPE



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Calor ardiente, n.º 1156 - febrero 2015
Título original: Hot on His Heels
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-5806-0
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Capítulo Uno

Tracy Richards dio el salto acostumbrado desde el tercer escalón de la terraza de la casa y aterrizó sobre la arena… Pero desgraciadamente se había olvidado de que llevaba puestos unos zapatos de tacón.

–¡Ay! –gritó mientras se le torcía un tobillo–. Malditos zapatos.

Caminó con rabia a grandes zancadas hacia la orilla del Lago Michigan para recoger la toalla que se había dejado esa mañana. Claro que le resultó difícil con los zapatos y las medias. En realidad, ir vestida así era una auténtica ridiculez. ¿Quién quería arreglarse tanto en la playa? Sobre todo con aquella humedad.

Pero su padre tenía que mantener esa imagen de éxito y opulencia. En realidad, desde que la madre de Tracy había muerto hacía ya un año, su necesidad de presumir se había acentuado. Como si permitiéndose los lujos que ella había anhelado toda su vida quisiera honrar su memoria. Lujos que solo había podido disfrutar poco tiempo antes de que un ataque al corazón acabara con su vida.

De modo que cada vez que su padre daba una fiesta por todo lo alto en su «palacio» de verano en Door County, Wisconsin, fiestas a las que, cosa rara, asistían un montón de solteros de la edad de Tracy forrados de dinero, todo el mundo se ponía de punta en blanco.

Recordó con nostalgia las fiestas que cada Cuatro de Julio había celebrado la familia en su granja de Oak Ridge, antes de que el negocio familiar despegara. Entonces tomaban cerveza en vasos de plástico, salchichas a la parrilla y patatas fritas, y los invitados vestían pantalones cortos, vaqueros o lo que les apeteciera.

Pero en el presente todo eran comidas preparadas por un gourmet y vinos de crianza. Menos mal que sus tres mejores amigas habían ido a Fish Creek desde Milwaukee a pasar el fin de semana, pues de otro modo se habría sentido más fuera de lugar en su propia casa de lo que ya se sentía normalmente.

Se agachó a recoger la toalla olvidada y la sacudió con fuerza. Pero como del lago soplaba una brisa húmeda, se le llenaron los ojos de arena. Inmediatamente, Tracy se inclinó hacia delante con los ojos apretados y llorosos.

Maldita arena, maldita brisa, maldita…

–¿Estás bien?

Tracy ahogó un gemido. Seguramente era Jake, el hijo de unos de los más recientes amigos de su padre, que casualmente eran archimillonarios. Llevaba todo el día siguiéndola como un perrito.

–Es que encima llevo lentes de contacto.

Se incorporó y abrió los ojos; pestañeó con cuidado unas cuantas veces y entonces suspiró aliviada.

–Vaya. Menos mal que…

En ese mismo momento, una especie de descarga eléctrica la recorrió de pies a cabeza.

No era Jake. No era en absoluto Jake. Ni siquiera remotamente.

Vio una cabeza de cabellos rubios y revueltos, un mentón con pelusa de dos días, un cuerpo alto y atlético vestido con la ropa desgastada y cómoda que ella llevaría puesta si pudiera. Respiraba con fuerza, como si hubiera estado corriendo. Tras los cristales de unas gafas ahumadas la acecharon unos ojos que en ese momento le estaban dando unas lecciones de química que tan solo había experimentado en sus fantasías. Que Dios no permitiera que se quitara las gafas, porque podía resultar muy peligroso.

Él arqueó levemente las cejas, y Tracy pensó que lo mejor era cerrar la boca y dejar de mirarlo de ese modo.

–Siento haberlo mirado así… Pensé que era otra persona.

–Que yo sepa siempre he sido el mismo –sonrió con facilidad y pasó delante de ella–. Me alegro de que no haya sido nada; nos veremos por aquí.

Se dio la vuelta y se alejó a paso ligero por la playa. Algunos hombres podían mirarte todo el día y no hacerte sentir nada, por muy guapos que fueran. En cambio otros… otros la volvían a una del revés con solo una mirada; aunque fuera a través de unas gafas de sol.

Tracy sacudió de nuevo la toalla con más cuidado, la dobló y echó a andar de mala gana hacia la casa, sintiéndose decepcionada sin saber por qué. De haber tenido más agallas se habría quitado los zapatos y habría echado a correr tras de él; o mejor aún, le habría sonreído y después invitado a unirse a las fiesta, en lugar de quedarse muda de asombro. Él era el tipo de hombre del que siempre se enamoraba. Un hombre natural, cuyo aspecto no delatara su nivel económico. Como los chicos con los que se había criado en el noroeste de Wisconsin.

¿Y no habría sentido él algo similar a lo que había sentido ella? ¿Cómo era posible que hubiera experimentado algo tan fuerte ella sola? No le pareció posible.

Subió a la terraza de la casa y echó una última mirada hacia la playa. Él había desaparecido, y ella había perdido su oportunidad. Tendría que volver a la fiesta, a los canapés de *foie gras* y a quitarse de encima a moscones como Jake. Se colocó la mano delante de los ojos a modo de pantalla. ¿Sería aquel que se veía en la distancia? No sabría decir. Las costas del Lago Michigan no estaban precisamente vacías en el mes de julio, ni siquiera aquella parte más exclusiva de la península.

–¿Disfrutando del paisaje?

Tracy se volvió. Sus amigas de Milwaukee, Cynthia, Allegra y Missy, habían salido a la terraza. Cynthia, muy elegante con su vestido recto de lino y un collar de perlas, levantó su copa de Martini para brindar por Tracy.

–Hemos empezado sin ti. ¿Algún bombón por aquí fuera que valga la

pena?
–Calla, Cynthia –le dijo Missy mientras volvía la cabeza para ver si había salido algún otro invitado a la terraza–. Alguien podría oírte.
–¿Y qué? –la morena alta y sofisticada se encogió de hombros–. Estamos en un país libre.
–Te he traído algo de beber, Tracy –le dijo Allegra mientras le pasaba una botella de cerveza y echaba hacia atrás la espesa mata de rizos negros, una de las pelucas de la extensa colección que utilizaba a menudo–. Dios, qué humedad hay aquí fuera. ¿Bueno, has visto a alguien que valga la pena, o solo estabas admirando la belleza de la naturaleza?
–Bueno…
Por una parte Tracy se sentía emocionada, pero por otra renuente a hablar del encuentro.
–Ajá –Cynthia entrecerró los ojos–. Detecto un emocionante encuentro con alguien del sexo masculino. Suéltalo, Tracy.
Missy entornó los ojos.
–Si no quiere contarlo, no tiene por qué hacerlo.
–Por supuesto que sí. Habla.
Tracy sonrió y sacudió la cabeza. Mejor sería contárselo; total, se lo sacarían de un modo u otro.
–De acuerdo. Estaba en la playa y apareció este tío y… –hizo un gesto de desconsuelo–. ¿Alguna vez os ha mirado un extraño y habéis sentido esa química tan especial?
–Oh, sí… –suspiró Cynthia con voz ronca antes de dar un sorbo de su Martini–. Me quedé mirando a un tipo en una galería de arte el invierno pasado y estuve a punto de llevármelo a casa.
Allegra suspiró con nostalgia.
–A mí me pasó lo mismo hará un par de años. Fue en una convención en Chicago.
–Bueno… –Missy dio un sorbo del refresco y se ruborizó–. ¿Recordáis a Brad, ese chico de nuestra clase en el instituto? Allegra, tú no estabas en esa clase, pero Tracy sí. Pues bien, el corazón me daba un vuelco cada vez que lo veía. Aún sigo pensando en él de vez en cuando.
–Acaba de ocurrirme lo mismo, hace un rato en la playa.
–Entiendo –Cynthia le dio unas palmadas en la espalda–. ¿Entonces qué vas a hacer?
Tracy ahogó cierto fastidio y miró a sus tres amigas con interés.
–¿Y qué hicisteis vosotras en cada caso?
Las tres le respondieron lo mismo. No habían hecho nada.
Tracy se pasó los dedos por la melena corta y rizada.
–Es ridículo. Ninguno de los tíos con los que he salido me ha hecho sentir lo que ese hombre con una mirada. Era un extraño. Pero sentí que no podía hacer nada.
–¿Por qué no? –le preguntó Cynthia con una mirada desafiante.
–¿Y por qué no lo hicisteis vosotras?
Allegra empezó a contar con los dedos.
–Por si estaba casado, por si era homosexual, por si me detestaba, por si todo había sido fruto de mi imaginación…

–Habría ido detrás del moreno de la galería de arte de no haber sido por la rubia que llevaba al lado con una alianza en el dedo anular igual a la suya.

–¿Estaba casado y te miró de ese modo? –preguntó Missy, escandalizada.

–No, no –Tracy sacudió la cabeza–. No estoy hablando de una mirada libidinosa. Es como si algo se partiera dentro de ti al mirar a esa persona. Es algo que no puedes evitar –dio un trago de la cerveza de importación–. En realidad no sé lo que es. Solo sé que pasaré días pensando en este hombre.

–Entonces debes encontrarlo –sugirió Cynthia con naturalidad, como si acabara de resolver el problema en un abrir y cerrar de ojos–. Sal ahí fuera y encuéntralo.

Tracy volteó los ojos.

–¿Qué quieres que haga, que lo persiga por la playa?

–Esta es una comunidad pequeña. Pregunta por ahí a la gente. Puedes empezar aquí mismo, en la fiesta. Mucha gente lleva años viniendo a Fish Creek. Tal vez averigües algo.

–No lo sé –Missy fijó la vista en el burbujeante refresco–. Podría ser peligroso intentar dar con alguien a quien no conoces.

–Tú devoras los anuncios de contactos a diario. ¿Qué diferencia hay? –Cynthia sonrió a Missy con provocación.

–De acuerdo, leo esos anuncios, pero *no* contesto a ninguno.

–Creo que Tracy debería ir a buscarlo sin perder tiempo –Cynthia se dio una palmada en el muslo; el alcohol le sacó el acento de Carolina del Norte que normalmente disimulaba.

Allegra asintió con ganas.

–¿Qué mal haríamos preguntando? Podríamos ayudar todas. Además, aunque consigamos averiguar quién es, no quiere decir que tengas que hacer nada.

Tracy se mordió el labio. Resultaba tentador, muy tentador. Llevaba meses sin salir con un hombre, y lo cierto era que no le importaría tener una relación romántica, especialmente con alguien que no perteneciera al entorno social de su padre. Alguien con quien pasar un rato agradable y relajado, y con quien olvidar el extraño mundo de opulencia al que había llegado a la fuerza.

Miró a sus tres amigas y vio la expectación reflejada en sus rostros; como si Tracy tuviera el poder de hacer algo que ellas deseaban compartir.

De pronto se le ocurrió una idea fabulosa y alocada al mismo tiempo. Sonrió y miró a sus amigas.

–Lo haré con una condición –dijo–. Que cuando esta clase de atracción repentina le ocurra a alguna de nosotras, perseguiremos al tipo en cuestión.

–¡Ja! –Cynthia palmoteó y se echó a reír–. Buena idea, Tracy.

–Caramba –exclamó Allegra con los ojos como platos–. Eso está muy bien.

–Pero y si… quiero decir, yo no podría hacerlo. Se me daría fatal, lo sé –Missy se mordió el labio, con la misma desesperación que si le hubieran

pedido que le diera un beso de tornillo a una tarántula.

–Ya te echaré una mano cuando te toque, cielo. Lo harás de maravilla –Cynthia bajó la voz–. Tu gran atractivo es que eres totalmente ajena a ello. A los hombres les encanta eso, te lo aseguro. Y tampoco les disgustan tus enormes…

–*¡Cynthia!* –Missy se cruzó de brazos, intentando fingir asombro, pero incapaz de ocultar la sonrisa.

–¿Allegra? –Tracy se volvió hacia su amiga y antigua compañera de dormitorio en la facultad, llena de un entusiasmo que no había sentido desde que viviera su madre.

–¿Y por qué diablos no? –Allegra se encogió de hombros–. Supongo que, puestos en lo peor, sería otra de mis aventuras en el campo de los fracasos. Así que me apunto.

–¿Missy?

–Yo… yo… –Missy miró a cada una de las otras tres con aprensión–. ¿Y qué haremos una vez que los consigamos?

–Piensa en ello como si fueran las ciencias, Missy –Allegra asomó sus ojos por encima de la montura de sus gafas, como si fuera una erudita–. Un experimento que incluye la reacción química entre un hombre y una mujer.

–Missy, tienes que reconocer que será interesante saber si estos hombres en cuestión resultan ser nuestras almas gemelas, nuestros compañeros de vida o…

–Nuestros compañeros de cama –Cynthia levantó las cejas.

–Cynthia, eres incorregible –dijo Missy, pero no podía dejar de reír.

–Entonces, trato hecho, ¿verdad? –Tracy sonrió, sintiendo como si de pronto la vida fuera algo luminoso y lleno de posibilidades.

–¿Cómo deberíamos llamarnos? –preguntó Allegra–. Creo que, aunque solo sea para divertirnos, deberíamos ponernos un nombre.

–Desde luego –asintió Cynthia–. Como esos clubes secretos que solía organizar en el colegio y en los que yo era la presidenta y la única miembro.

–Lo tengo –la interrumpió Tracy–. Nos llamaremos «Las Cazahombres».

Cynthia estuvo a punto de atragantarse.

–¡Las Cazahombres! Es tremendo. Me encanta.

–No puede ser más hortera –Allegra sonrió–. A mí me encanta también.

Se volvieron a mirar a Missy, que hizo una mueca.

–No es muy científico. Más bien… predador.

–Exactamente –Tracy levantó la botella de cerveza para brindar, y lo mismo hicieron las demás–. Por el recién formado Club de Las Cazahombres –Tracy sonrió al imaginarse todo lo que podía pasar–. Que todos los hombres entre veinticinco y cuarenta años, solteros, atractivos, con una buena actitud ante la vida e independientes económicamente… tengan cuidado. Porque nosotras, las miembros de…

–¿Esto, Tracy? –Missy miraba hacia la playa–. ¿Ese tipo llevaba puesto un pantalón corto color gris y una camiseta blanca con el logotipo de Attitude!?

Tracy aspiró hondo y agarró con fuerza la botella de cerveza.

–Sí…

–Vaya, vaya –Cynthia puso los brazos en jarras y miró con admiración en dirección a la orilla–. Desde luego sabes escogerlos. Adelante, depredador.

Tracy tragó saliva y se dio la vuelta.

Allí, corriendo sin esfuerzo en dirección a ellas, estaba la primera presa de Tracy.

Capítulo Dos

Paul Sanders intentó mantener la vista al frente. Procuró concentrarse en los golpes de sus pies corriendo sobre la arena, en la sensación limpia y sana que le proporcionaba el ejercicio físico. Intentó cualquier cosa con tal de no volver la cabeza para mirar hacia la casa de los Richards. Había ido a correr a esa playa a propósito, solo para echarle un vistazo al elegante chalé a la orilla del lago; tan solo para impregnarse un poco de los gustos de su objetivo.

Derek Richards era el multimillonario que había cultivado el primer aguacate sin hueso, el primer plátano del mundo que se mantenía en su punto durante una semana sin ponerse marrón y últimamente, según se rumoreaba, el primer tomate sin pepitas que maduraba en la mata y no se pudría después de arrancarlo. También se decía que había tenido sus diferencias con Stauderman, Shifrin y Luz, y que andaba buscando una nueva agencia publicitaria.

Paul Sanders, presidente de The Word, deseaba ese trabajo. Y mucho. La empresa y el mismo Paul habían tenido un comienzo prometedor con la exitosa campaña publicitaria de las prendas de ropa Attitude! En ese momento estaba listo para dar el gran salto y dejar muy atrás su infancia de pobreza.

Lo había hecho todo cuidadosamente, investigado cualquier información relacionada con el rápido ascenso de Derek Richards de granjero y botánico a conocido pionero de la ingeniería alimenticia. Ya que Paul había comprado una casa de verano a unos cientos de metros de la de Richards, la oportunidad de ver al hombre en su elemento mientras permanecía de incógnito le había resultado demasiado tentadora.

En lugar de eso, Paul se había apresurado sin necesidad a ayudar a una mujer que había resultado ser la hija de Derek, ¿Tracy, verdad?, se habían mirado a los ojos y había sentido el deseo más potente que recordaba en sus treinta y un años.

Aquel encuentro inesperado no formaba parte de su plan.

La casa de los Richards apareció a su derecha. Maldición. Por el rabillo del ojo vio que ella estaba en la terraza; no le hizo falta mirarla para recordar cómo era. Una melena de cabello oscuro y rizado sobre un cutis blanco; unos labios sensuales y rosados, y un vestido estampado de flores azules que se ceñía a su esbelta figura. Una combinación de sensualidad e inocencia que lo intrigaba, más allá del deseo. Menos mal que no la había conocido cuando era un vago.

Paul frunció el ceño y ahogó la irracional nostalgia que sentía a veces. Por supuesto, no tenía importancia. Si él, cuando consiguiera el contrato,

pudiera presentarse ante ella como el hombre de éxito y bien vestido en quien se había convertido, ella no lo conectaría con el tipo desaliñado que se había preocupado cuando a ella se le había metido arena en los ojos.

En ese momento solo debía seguir corriendo y resistirse a la tentación de darse la vuelta y volver a verla.

Al llegar a la altura de la casa le pareció que tres o cuatro mujeres lo miraban desde la terraza.

–¡Perdone!

Continuó corriendo e ignoró la llamada. ¿Qué podría querer de él?

–Perdone –esa vez lo dijo en voz más alta, de modo que no pudo ignorar la llamada.

Paul se detuvo a regañadientes.

–¿Sí?

Vio a cuatro mujeres vestidas de fiesta, de aspecto elegante y relajado, a pesar del calor. Una morena alta y despampanante, una rubia de expresión dulce, otra menuda y con el pelo rizado… y ella. Sus miradas se encontraron y sintió la misma sensación, la misma sacudida.

Paul se puso los brazos en jarras, algo avergonzado de su aspecto sudoroso y desaliñado.

–Hola –se retiró un rizo detrás de la oreja–. Yo… soy Tracy.

Él asintió, muy receloso, y bajó la voz, como si se estuviera recuperando de una laringitis.

–Hola, Tracy.

Una ráfaga de viento caliente proveniente del lago le pegó en la espalda y le revolvió la falda a ella. La dulce rubia se ruborizó y bajó la vista para examinar su bebida; la del pelo encrespado lo miró con franqueza por encima de la montura de sus gafas violeta y esbozó una sonrisa de suficiencia.

Tracy recibió un codazo en las costillas de la morena alta que seguía con aquella sonrisita de suficiencia en los labios, y a Paul le dio la impresión de que se estaban divirtiendo mucho con algo. Como por ejemplo, él. Cuatro niñas ricas que no podían resistirse a jugar con el chico malo. Deseó que pudieran verlo en su despacho, en acción, al mismo nivel que ellas.

–Me preguntaba si… –Tracy esbozó una leve sonrisa, y seguidamente se mordió el labio, como si la intentara disimular–. Si… si…

Las tres muchachas se dieron la vuelta y fueron a meterse en la casa con mucha cautela, intentando aguantarse la risa.

–¿Si qué?

–Si le gustaría pasar. Quiero decir, entrar y unirse a mí… a la fiesta.

El trío de mujeres entró en la casa. Tracy soltó una risita nerviosa, se tapó la boca y lo observó por encima de la mano.

Su atracción se disipó, y en su lugar empezó a sentir unos pausados latidos. Qué divertido. Invitar al sudoroso bombón de baja estofa a su fiesta pija. Tal vez pedirle que se desnudara para que los invitados pudieran echarle un buen vistazo a la mercancía. Tracy Richards debería darse cuenta. Se había criado en una granja sin apenas medios.

El dinero hacía cambiar mucho a las personas. Menos mal que a él no.

–No lo creo, gracias.

Fue a darse la vuelta, pero la expresión en la mirada de Tracy lo detuvo. Parecía decepción, vergüenza. No era la mirada de una niña mimada que no conseguía lo que quería y estaba a punto de llamar a gritos a su papá.

Abrió la boca para decir algo cuando se abrieron las puertas de la terraza y salió un hombre de unos treinta años, con el pelo ralo y un traje muy caro.

–¿Eh, Tracy, qué haces que no estás dentro? La fiesta está en su mejor momento –el hombre se colocó junto a ella con gesto posesivo y miró a Paul–. ¿Hola, cómo está? Vamos, Tracy. Aquí hace mucho calor.

La agarró del brazo e intentó darle la vuelta. Instintivamente, Paul dio un paso hacia delante, rechazando el modo en que el tipo la había agarrado; pero entonces se lo pensó mejor. Aquello no era asunto suyo. Tal vez a la señorita pija le gustaba que la maltrataran.

Tracy se soltó del hombre y se agarró a la baranda con cara de pocos amigos.

–Estoy bien, Jake.

–De acuerdo. Entonces trasladaremos aquí la fiesta –Jake miró de nuevo a Paul–. ¿Conoces a este tipo, Tracy?

Lo preguntó como si se refiriera a algo que hubiera aparecido en la costa después de que se hubiera reventado la alcantarilla en la playa. Paul colocó los brazos en jarras, deseando poder meterle el balance de su empresa por la boca a aquel yuppy engreído.

–Yo… acabo de conocerlo.

–Ah –Jake sonrió claramente aliviado–. Pensé que podría ser uno de tus… ya sabes… amigos.

Lo dijo en tono meloso, de insinuación, y Paul apretó los dientes, sorprendido por el repentino pellizco de decepción que sintió. De modo que no se había equivocado al pensar de ella lo que había pensado. Se juntaba con chicos malos para divertirse a costa de ellos. Jake los había llamado «amigos». Qué delicado. Pero las mujeres ricas hacían ese tipo de cosas.

–¿Tracy? –la puerta de la terraza había vuelto a abrirse–. ¿Por qué estás aquí fuera con este calor, cielo? Los invitados me están preguntando por ti.

Paul alzó la vista instintivamente. Allí estaba él. Medio calvo, con bigote, algo de sobrepeso, tal y como mostraban las fotografías. Derek Richards. El hombre que podía conseguir que todos los sueños de Paul se hicieran realidad si Paul daba los pasos adecuados y lo enganchaba. Pero no allí, no cuando lo que sentía eran ganas de estrangular a su hija y violarla al mismo tiempo.

El señor Richards se puso la mano a modo de pantalla delante de los ojos a la luz del atardecer.

–¿Quién es este hombre?

–Papá, este es… –Tracy se volvió hacia Paul y arqueó las cejas con gesto de interrogación.

–Soy… Dan –soltó el primer nombre que se le pasó por la cabeza.

–Dan –Tracy asintió sin quitarle los ojos de encima.

Él también la miró, sorprendido por el efecto que tenía en él la mirada de esa mujer, de cómo parecía turbarlo, de las ganas que le daban de quedarse allí con ella.

–De acuerdo, Dan, ¿por qué no te unes a nosotros?

Jake lo dijo en un tono demasiado caluroso, y la invitación fue demasiado sincera, pero el desafío quedó muy claro. El señor Richards miró sorprendido a Jake, pero en cuanto este le guiñó un ojo el padre de Tracy sonrió. Tracy se limitaba a mirar a Paul como si fuera un regalo que acabara de caerle del cielo.

Paul se puso tenso y el muchacho duro que llevaba dentro volvió a la vida, como si lo hubieran trasportado en el tiempo. Así que los Richards y compañía querían que un tío macizo y barriobajero como él los divirtiera un rato. Podría hacerlo tan bien que no tendrían ni idea de quién era en realidad. Y uno de esos días los tendría comiendo de su mano.

–Gracias –sonrió pausadamente–. Me encantaría unirme a vosotros.

Tracy dio un sorbo de su segunda cerveza mientras con ojos entrecerrados observaba a Dan al otro lado del salón, contándole otra vez sus penas a Missy y Allegra. Se suponía que tenía que atraerla tanto a nivel físico como a nivel intelectual. Pero aquel hombre no parecía poder sobreponerse al hecho de que no tenía tanto dinero como el resto de las personas que había en la fiesta. Y el que estuviera acomplejado no la atraía en absoluto.

¿Y a quién diablos le importaba sino a él? Y tal vez a Jake. Tracy y su familia habían pasado muchos años sin dinero, y la familia había estado unida.

–¿Ya has charlado con el chico pobre? –Cynthia se acercó a Tracy–. ¿Va a pasar algo entre vosotros?

–Lo dudo –Tracy miró hacia donde estaba Dan, que ni siquiera dentro de la casa se había quitado las gafas de sol, con la mano en el pecho en medio de alguna exagerada historia; Allegra le puso la mano en el brazo en gesto consolador.

–¿Qué te parece? –Cynthia dio un trago de su tercer Martini–. Creo que hay algo sospechoso en todo esto.

–Eso es lo que yo he pensado –Tracy se volvió hacia su amiga–. Está haciendo un esfuerzo sobrehumano por no encajar. ¿Qué te ha contado a ti?

–Oh, lo normal. Las penurias de su infancia, las bandas de su adolescencia, y «oh, qué bonito sitio, caramba, me gustaría tener un día un sitio como este», etcétera, etcétera –hizo un gesto con la mano–. Me entraron ganas de ponerme a tocar el violín.

Las dos mujeres se volvieron para observar a Dan en acción. Sacudía la cabeza con gravedad mientras Allegra se mordía el labio. A Missy le rodó una lágrima por la mejilla.

–Qué pena que esté tan acomplejado –comentó Tracy–. Es tan apuesto. E irradia una energía asombrosa. Como si se levantara dispuesto a resolver cualquier problema.

–Me apuesto a que es una bomba en la cama, también –comentó Cynthia.

Otra mujer se unió al círculo que se había formado alrededor de Dan.

–Parece que soy la última de la fila.

–Déjalo en manos de la experta. Sé cómo puedes quedarte a solas con él.

–¿Sí? –Tracy se volvió y se cruzó de brazos, intentando disimular su ridícula emoción–. ¿Otra de tus discretas maniobras, Cynthia? ¿Te vas a acercar a él y le vas a decir: «eh, colega, te apetece darte un revolcón»?

Cynthia la miró con desdén.

–Ja. Ja. Algo mucho mejor que eso. Sal a la terraza.

–¿Y… ?

–Y quédate ahí. Deja que la brisa te agite el vestido con suavidad; levanta la cabeza para mirar las estrellas y sacude el cabello con sensualidad. Ah, y pon cara de estar sola y disponible. Si le interesas, saldrá.

–¡Ja! Lo más seguro es que sea Jake el que salga.

–Yo me ocuparé de Jake –Cynthia se bebió el resto del Martini y se atusó el cabello–. No sabrá lo que le ha pasado. Ah, por cierto, cuando pases delante del harén de Dan, si puedes mirarlo a los ojos como quien no quiere la cosa, mejor que mejor.

Tracy se echó a reír.

–Cynthia, eres toda una maestra.

Cynthia miró a su alrededor y le dio un empujoncito a Tracy.

–Adelante. ¡Jake! ¡Aquí, cielo! ¿Podrías echarme una mano? Necesito el consejo de un hombre…

Tracy avanzó hacia donde Dan continuaba explicando una de sus lacrimógenas historias al grupo de embobadas mujeres que lo rodeaba. Aminoró el paso, sintiéndose totalmente ridícula. Tenía a dos docenas de mujeres babeando delante de él, ¿cómo iba a fijarse en ella?

Pues lo hizo. Dan levantó la cabeza a mitad de una frase y la miró a los ojos, como si hubiera sabido que iba a pasar por allí, como si la hubiera estado observando todo el tiempo. Ella apartó la mirada y salió a la terraza, donde había mucha humedad. Cerró la puerta cristalera mientras se preguntaba por qué no podía respirar con normalidad y por qué sentía aquel cosquilleo por dentro.

Aquella atracción era tan real, tan potente, que de pronto entendía por qué algunas personas se relacionaban con otras con las que en nada coincidían. En ese momento lo único que deseaba era tirar a Dan en la arena y cabalgar sobre él como una vaquera. No recordaba haber sentido jamás nada igual… nada tan primitivo y bestial por un hombre. Resultaba peligroso, emocionante…

La puerta de la terraza se abrió a sus espaldas, y Tracy se puso tensa. Tenía que relajarse, que levantar la cabeza con aire soñador hacia las estrellas, a pesar de que esa noche estaban ocultas por las nubes. Intentó sacudir la melena, solo que la suya era demasiado corta, e intentó adoptar una expresión solitaria y disponible, lo cual le resultó difícil porque lo que quería en realidad era darse la vuelta para ver si era él.

–Hola.

Tracy cerró lo ojos y pegó un respingo al oír el tono ronco de su voz. Oh, Dios, era él. Se apoyó en la barandilla junto a ella, y su presencia le resultó tan poderosa que tuvo ganas de echar a correr.

–¿Disfrutando de la fiesta?

–Tienes unas amigas muy agradables.

–También hay unos cuantos hombres ahí dentro –dijo y enseguida se dio cuenta de la metedura de pata.

Él se echó a reír.

–¿No me digas?

Se oyó cómo se deslizaba la puerta de la terraza. ¿Sería Jake?

–¿Te apetece dar un paseo?

Tracy se volvió a mirar a Dan. ¿Un paseo? ¿En la oscuridad? ¿Por una playa prácticamente vacía, con el hombre más atractivo que había conocido jamás? Caramba…

–De acuerdo.

Bajaron hacia la playa, y todo el tiempo Tracy iba repitiéndose a sí misma que no debía dejarse llevar por la ilusión y las fantasías. Tal vez, como había dicho Cynthia, estaba acomplejado con tanta gente rica.

Si al menos se quitara las gafas de sol, a lo mejor podría percibir más cosas sobre él.

–Bonita noche.

–Mmm –claro que con él sería bonita aunque estuviera cayendo granizo–. Me alegro de que quisieras unirte a la fiesta. Mi invitación ha sido algo impulsiva, la verdad; no suelo abordar así a los extraños.

–¿Entonces por qué a mí sí?

Tracy abrió los ojos como platos. ¿Cómo explicarle que nada más mirarlo había sentido ganas de tirarse encima de él?

–Oh… bueno, no estoy muy segura.

–Déjame adivinar –dijo en tono ronco–. ¿Querías divertir a tus invitadas con alguien que jamás le añade pasta de rábanos a la ensalada?

Tracy dejó de caminar.

–¿Es eso lo que habías pensado?

–Me preguntaba si sería así.

–Oh, Dios mío, en absoluto –contestó, con ganas de echarse a reír.

Probablemente era la última persona en pensar que las penurias económicas pudieran resultar algo divertido.

–A Jake y a tu padre pareció hacerles mucha gracia.

–Sí, bueno, tienen un sentido del humor algo extraño. Papá es majo, solo es una de esas personas geniales que también resulta ser algo negado. Jake es un esnob.

–Parece admirarte.

–Admira los ingresos de mi padre –contestó con fastidio.

Dan se acercó un poco más al tiempo que un pedazo de luna asomaba por entre unas finas nubes grisáceas, de modo que pudo verle mejor la cara.

–¿Por qué no te quitas las gafas de sol?

Tracy se moría por verle los ojos. Se los imaginaba de un azul intenso; unos ojos en los que una podría perderse durante horas y horas.

–Son graduadas. No veo nada si me las quito. Aún no has contestado a mi pregunta, Tracy.

–¿Y qué me habías preguntado?

–Que por qué me invitaste a la fiesta.

–Ah. Eso –se quedó callada un momento–. Bueno… se me ocurrió que… tal vez tú…

Se fijó en ella con tanta intensidad que Tracy imaginó su mirada quemándole a través de las gafas.

–¿Fue por la química que surgió entre nosotros cuando nos vimos esta tarde?

Tracy abrió y cerró la boca varias veces. Gracias a Dios no emitió sonido alguno.

–No ha sido mi intención avergonzarte –Dan sonrió y reanudó el paso con movimientos gráciles y acompasados–. No tienes por qué contestar.

Tracy lo siguió, salvando obstáculos inexistentes en la arena. Se dijo que no debía dejarse llevar por el romanticismo del momento. Su cometido era intentar averiguar cosas sobre Dan; a ver si no estaba simplemente fingiendo ser un muchacho pobre por alguna u otra razón. Hecho eso ya podría dejarse llevar por el romanticismo del momento.

–¿Dónde creciste? –le preguntó ella.

–En Boston. Bueno, en realidad en Roxbury. Mamá le pagó a papá los años de la facultad de medicina; papá le dijo «muchas gracias, hasta pronto» y se casó con una chica de la alta sociedad de Beacon Hill. Me vine a Wisconsin porque mi abuela vive en Wauwatosa y mamá se mudó aquí para estar más cerca de ella. Fin de la historia.

–Oh, caramba.

Su escueta exposición la conmovió más que si se lo hubiera contado con aspavientos y gestos elocuentes, tal y como había hecho en la fiesta. Posiblemente, con ella quisiera mostrarse más serio, y Tracy tuvo que reconocer que esa idea le gustó. Sobre todo si la verdadera razón era que tenía interés por ella; que ella provocaba algo en él parecido a lo que él provocaba en ella.

–¿Entonces qué hace un tipo agradable como tú en un barrio como este?

Él se echo a reír.

–Interesante manera de verlo. Trabajo para los Gabriel, de Apple Lane. Me ocupo del mantenimiento en general. Lo que haga falta, yo lo hago.

–Ah.

Se reprendió a sí misma por la decepción que sintió. ¿Quién era entonces la esnob? Por el hecho de que no fuera ambicioso no quería decir que fuera menos persona. Desde luego parecía inteligente. Tal vez tenía otro objetivo por el que estuviera trabajando al mismo tiempo.

–¿Llevas… haciéndolo mucho tiempo?

–No mucho.

–¿Y tienes pensado quedarte con ellos?

–¿Es que no piensas que el limpiar la piscina de los Gabriel pueda satisfacer mis sueños? –dijo en tono burlón.

–Tal vez no te conozca, pero me parece que hay algo más.

–¿Por qué?

–Tan solo es un presentimiento.
–¿Y si no fuera así? –se detuvo y se volvió hacia ella con una brusquedad que la sorprendió–. ¿Si estuviera empeñado en pasarme la vida limpiando piscinas, me verías con otros ojos?
Tracy lo estudió con curiosidad. Tenía las cejas arqueadas y en sus labios se dibujaba una medio sonrisa, pero tenía el mentón firme y de su persona irradiaba una potente energía. De nuevo sintió muchas ganas de verle los ojos.
–Lo siento. No lo entiendo.
–¿Sería más atractivo a tus ojos tal y como estoy ahora, o vestido con un traje y sentado a la cabeza de la junta de una empresa?
–Te prefiero así –contestó con sinceridad.
–Eso es lo que yo pensaba –se acercó a ella, y esa proximidad encendió de nuevo la chispa de deseo en su interior–. Ahora tienes que contestarme.
Ella lo miró boquiabierta y desorientada.
–¿Contestar el qué?
–¿Si sentiste o no esa reacción química cuando nos vimos esta tarde?
Tracy sabía dónde los conduciría su respuesta.
–Sí –susurró.
Él le deslizó un dedo por el cuello y después por la clavícula.
–Creo que, después de lo que te he contado que hago en casa de los Gabriel, estás buscando que atienda también tus necesidades. Un tipo sin complicaciones, para una relación sexual sin complicaciones. ¿Me equivoco?
Tracy se puso tensa. Había cometido el error de pensar que ella le gustaba.
Sintió ganas de llorar, pero lo disimuló. El muy imbécil. Llevaba toda la noche quedándose con ella, con todas ellas. Era todavía más esnob que Jake, puesto que no veía más allá de su dinero. Bueno, ella también era capaz de jugar a ese juego.
–Oh, Dan –se obligó a relajarse–. Me alegro tanto de que lo hayas entendido. Eso es exactamente para lo que te quiero; para que atiendas mis necesidades.
–Eso pensaba yo –dijo en tono seco.
–Y… ¡ay! –gimió levemente–. Ahora mismo tengo una necesidad muy urgente.
–Estoy seguro de ello –contestó con mayor dureza, como si quisiera tirarla al lago.
–Te deseo Dan, te necesito –se inclinó hacia delante y se pasó la lengua por los labios–, para que limpies nuestra piscina.

Capítulo Tres

Paul se limpió los últimos restos de espuma de afeitar con su toalla gris donde estaban bordadas sus iniciales, y la colgó con cuidado en el toallero de bronce del rincón de su cuarto de baño. Se puso un toque de Route du Thé, un perfume de Barney's, de Nueva York, se peinó el cabello recién cortado y sonrió mientras con los pies seguía el ritmo de una canción de Oscar Peterson. Ese era el día.

Ese día entraría en el imperio de los Richards y les demostraría que él era su hombre. Que él era capaz de idear una campaña para los tomates sin pepitas y hacer que el mundo entero se rindiera a sus pies. Y con ello, The Word pasaría a formar parte de las empresas importantes y la fortuna de Paul se consolidaría.

Por no mencionar la oportunidad de poder saldar una cuenta con cierta señorita que le había pegado uno de los cortes más grandes que se había llevado en la vida. Él pensaba que era un tipo duro, lo bastante duro para aguantar cualquier cosa. Pero Tracy Richards había conseguido hacerle daño. Primero, por las ganas que le habían entrado de tumbarla sobre la arena a pesar de su actitud hacia él, contemplándolo como si fuera un trofeo. Y en segundo lugar, rechazándolo por la misma razón por la que le había atraído para empezar, por su aparente falta de clase social. Pues por él podía irse a la…

Cruzó desnudo el cuarto de baño y abrió la puerta de su inmenso ropero para seleccionar el atuendo que iba a ponerse. Una camisa Thomas Pink, un traje de Brioni, una corbata de Hermes, calcetines de cachemir, zapatos de Prada y reloj Breitling.

Muy bien. Asintió mientras estudiaba su reflejo en el espejo de cuerpo entero de detrás de la puerta del ropero. Conocería de nuevo a los Richards a un nivel totalmente distinto, disfrutaría de su respeto, hablaría con ellos y utilizaría su labia para ensalzar su empresa y aniquilar a la competencia, mientras Tracy y su padre no tendrían ni idea de que era el mismo vago que había estropeado su fiesta unas semanas atrás.

Abrió el portafolios que se había llevado consigo a casa para echarle un vistazo a la presentación. En esa ocasión no podía dejar ningún cabo suelto; no había sitio para error alguno. Sabía que los Richards tenían medios económicos para acceder a lo mejor. Estaría compitiendo con los mejores.

El telefonillo del apartamento sonó, y Paul supo que su amigo y vecino Dave estaba a su puerta.

–Entra –dijo al abrir la puerta.

–Hola, Coronel –Dave entró, bajó el volumen de la música y se dejó caer

en el sofá; Dave tenía unas rentas que le permitían vivir cómodamente–. Hoy es el día, ¿no? Vas por el proyecto de los Richards, ¿no?

–Sí –Paul echó un vistazo a su reloj de pulsera y cerró el maletín–. Estaré con ellos dentro de dos horas y cuarenta y cinco minutos.

–¿Tu novia estará allí también? –preguntó Dave.

Paul le lanzó una mirada de fastidio.

–Sí, estará también allí. Y no es mi novia.

–Todavía.

Paul se encogió de hombros, intentando aparentar despreocupación. A pesar de las ganas que tenía de poder salvar su amor propio, no había dejado de pensar en Tracy de algunas maneras que nada tenían que ver con la venganza.

–Te lo digo, solo es cuestión de tiempo.

–¿Hasta cuándo? –preguntó Paul.

–Hasta que le bajes las braguitas.

Paul se echó a reír y sacudió la cabeza.

–Menos mal que ninguna de tus conquistas te oye hablar así.

–¿Cómo? –Dave puso cara de inocente y seguidamente sonrió con ganas–. Y hablando de eso, hace tiempo que nos merecemos una noche de juerga. Mucho trabajo y poco sexo hacen de Paul y de Dave dos chicos muy aburridos. Cindee Dee Morrison me llamó ayer y me dijo que su prima vendrá a la ciudad el próximo fin de semana.

–¿Cindee Dee? ¿La que pensó que homo sapiens era un hombre al que le gustaban otros hombres?

–La misma –Dave se arrellanó en el sofá y miró hacia el techo con gesto soñador–. Cindee Dee… Su prima tiene veintidós años y no sabe lo que significa…

–¿Casi nada? –Paul hizo una mueca–. No te ofendas, Dave, pero no me importaría pasar el rato con alguna mujer que tenga algo en la cabeza.

Dave volvió la cabeza con expresión triunfal.

–¿Quieres decir como Tracy?

–¿Qué tiene ella que ver con esto? –dijo en tono ligeramente defensivo, que enseguida intentó disimular.

–Pues todo –Dave se incorporó un poco–. No has sido el mismo desde que la conociste. Estás obsesionado. Creo que esta es la elegida. Te dije que algún día sentirías algo así, Paul. Tal vez el siguiente sea yo. ¿Quién sabe?

–Ah, vamos –Paul pegó con la palma de la mano en la mesa–. Es una devoradora de hombres engreída y superficial, que lo único que quiere es jugar con hombres que no son tan ricos como ella. O más bien, tan ricos como se ha hecho ella.

–Deja que me entere bien de todo esto. Ella conoce a tipos por los que siente cierta atracción, que sienten atracción por ella, y se acuesta con ellos y los dos disfrutan muchísimo, y eso es malo porque…

–Es una cuestión de principios, Dave.

Como siempre había tenido dinero, Dave había hecho exactamente lo que le había dado la gana cuando le había dado la gana. No parecía capaz de entender que la mayoría de las personas no tenían tanta suerte.

–Siente atracción por ellos porque no tienen dinero. No tiene nada que ver con quiénes sean.

–A ti te gustan las morenas, ¿no? Las morenas menudas, esbeltas, de piernas largas y pechos pequeños, ¿no?

–Sí. ¿Y qué?

–Y a ella los tíos pobres. ¿Qué diferencia hay?

–La diferencia es que… –Paul volteó los ojos; la lógica de Dave era tan ilógica que uno no podía contra ella–. Asumió por cómo iba vestido que yo no era nada sino una máquina de sexo.

–De acuerdo, de acuerdo –Dave se levantó del sofá y se estiró–. Tal vez sea tan horrorosa como dices tú. Yo no la conozco. Pero cuando alguien te afecta de ese modo debes prestar atención, eso es todo. A mí nunca me ha pasado. Pero algún día me pasará. Y puedes estar seguro de que mi primera maniobra no será buscar venganza.

Paul agarró su maletín y fue hacia la puerta.

–Yo no lo veo como una venganza, sino como un acto justo. Le demostraré lo encantador y sofisticado que soy –sonrió al ver que Dave arqueaba una ceja–. Y entonces, cuando me valore por quién soy, y no por lo que lleve puesto, le diré con quién estaba hablando hace un mes en la playa.

–Si le gustan los hombres pobres, ¿qué te hace pensar que te vaya a hacer caso según estás ahora?

Paul suspiró.

–Dave. No quiero que me haga caso. Esa es la cuestión. Quiero que me conozca y que me valore como ser humano.

–Oh, entiendo. Entonces quieres que te haga caso.

–En absoluto –dijo Paul antes de salir del apartamento.

–¡La limpieza empieza con Mod! –exclamó el ejecutivo publicitario de Prestall, Prestall y Prestall, enseñando su sonrisa de dientes blancos y relucientes, que se prolongó un poco más de lo normal–. Nuestro cliente más importante y la campaña de más éxito. Llevó el limpiador Mod a todos los hogares de América.

Tracy asintió con cortesía, deseando poder echarse las manos a la cabeza.

A veces se hartaba tanto del comercialismo que le entraban ganas de echar a correr de regreso a la granja y quedarse allí para siempre.

Todo se reducía a dinero. A cómo la vida de una persona podía cambiar si tenía lo suficiente para gastar y adquirir, gastar y adquirir. Solo así la diosa Fortuna se presentaría a tu puerta.

Basura. Todo ello. Tomates de Productos Siglo XXI sería una ingeniosa y conveniente introducción al mercado.

Siguiente.

El señor Prestall recogió su presentación con una floritura. El padre de Tracy sonrió como si le hubieran hecho realidad el sueño de su vida y acompañó al grupo fuera de la sala. Tracy apenas si pudo contener una risotada. Cuando su padre actuaba con tanto entusiasmo era porque algo

no le había agradado. Gracias a Dios.

A la primera presentación le siguió otra aún más terrible.

–Dios mío, qué cosa más horrible. ¿Te lo imaginas? Mis tomates como salvadores místicos del universo. O voceados por jóvenes que necesitan un afeitado y un cambio de actitud. Tremendo. Tu madre habría vomitado.

Se sentó cansinamente a la mesa y se pasó la mano por la cara. A Tracy se le formó un nudo en la garganta. Se inclinó y le dio un apretón en el brazo, para que supiera que estaba allí. Mientras la necesitara, estaría allí junto a él. Por mucho que aquel negocio la agobiara a veces, no sería capaz de dejarlo solo con aquel disgusto.

–La siguiente empresa parece prometer –sacó la última carpeta y la abrió–. De creación relativamente reciente, la lleva un hombre llamado Paul Sanders. Parece ser que es de esas personas que consiguen todo lo que se proponen, un hombre ambicioso. Su empresa llevó la publicidad de la marca de ropa Attitude.

Tracy se estremeció. La última vez que había visto el logotipo de Attitude había sido en una camiseta que ceñía un torso particularmente musculoso.

Tracy no quiso pensar en ello. Su primera aventura a la caza de un hombre había sido un fracaso. Dan había resultado ser un cretino de primera clase. Manipulador y sentencioso.

Qué lástima que no pudiera dejar de pensar en él, en lo que podían haber hecho sobre la arena, imaginando que la había besado, que le había…

–Buenas tardes, señor Richards. Soy Paul Sanders.

Tracy se dio un susto y volvió a la realidad de la sala de conferencias. Paul Sanders. Un tipo guapo. Rubio, de un metro ochenta y tantos, vestido impecablemente. Y joven para tener su propia empresa y una campaña tan importante como la de Attitude. O bien aquel tipo era de familia rica, o había ganado mucho con su negocio. Pero al menos, después de los que habían pasado por allí, su aspecto era normal.

–Derek Richards –su padre le estrechó la mano, miró a Tracy y después a Paul–. Encantado de conocerte, Paul. Esta es mi hija y vicepresidente de Siglo XXI, Tracy.

Durante unos segundos Paul continuó mirando a su padre. Su sonrisa adquirió una cualidad extraña que Tracy no pudo interpretar, pero al momento dio un paso hacia ella y le tendió la mano.

–Hola, Tracy.

Tracy le estrechó la mano, le sonrió y le dijo que estaba encantada de conocerlo. Al menos eso fue lo que le pareció haber dicho, porque en ese momento estaba experimentando la misma sensación de un mes atrás, posiblemente más potente que con Dan, y acompañada de un intenso deseo de desnudarse. Sus ojos, de mirada intensa, eran de un fabuloso tono azulado moteado de gris.

Tracy se retiró, le soltó la mano y se sentó a la mesa, donde se afanó con la primera carpeta del montón, consciente de que se había ruborizado y de que su padre la miraba con curiosidad.

De no haber sido la vicepresidenta de la empresa, se habría escabullido

y escondido en los lavabos hasta que hubiera recuperado la compostura. Aquel era, sin lugar a dudas, el mes de la química.

Paul y su equipo se lanzaron con su presentación. Las ideas de sus anteriores clientes eran brillantes. Descaradas o elegantes, discretas o atrevidas, captaban la esencia del producto, de lo que hacía de ello algo especial, de modo que los consumidores se sentían seducidos a consumirlo, en lugar de obligados.

Tracy notó la emoción creciente de su padre por el modo en que cambiaba de postura en la silla, golpeándose suavemente los labios con el puño cerrado y murmurando en voz baja. Intentó centrarse en los anuncios, pero su mirada no hacía más que vagar hacia Paul. Había algo en él que le resultaba tremendamente familiar. Su manera de moverse, su energía, su modo de sonreír. Pero se dijo que de conocerlo no habría olvidado unos ojos como aquellos; estaba segura de que no los había visto nunca. ¿Acaso se parecería a alguien que ella conocía?

Su presentación finalizó. El padre se puso de pie e hizo unas cuantas preguntas. Paul se puso de pie con calma y se plantó con las piernas separadas y los brazos en jarras. Entonces Tracy abrió los ojos como platos y tragó saliva.

Dan. El doble de él.

Frunció el ceño. ¿Qué posibilidades había de que sintiera la misma atracción por dos hombres distintos que por casualidad había conocido con tan solo unas semanas de diferencia entre el uno y el otro y que se parecían tanto?

Ninguna.

Recordó los momentos de aquella tarde de unas semanas atrás. Su vacilación por unirse a la fiesta, el insistir en que era pobre, la extraña voz ronca, las gafas que no se quiso quitar…

Dan era Paul Sanders. Y estaba intentando volver a engañarlos. A todos.

Entrecerró los ojos mientras notaba que la sangre empezaba a hervirle en las venas. Maldito chulo. El hacerse pasar por pobre, admirando su riqueza, poniendo a Tracy como si fuera una coleccionista de hombres, cuando en realidad tenía una empresa de mucho éxito y un ropero lleno de prendas de diseño.

Entrecerró los ojos aún más mientras las aletas de la nariz se hinchaban visiblemente. Pero qué cara, pensar que podía burlarse de ellos de ese modo. Qué frescura la suya, presentarse allí pensando que no lo reconocerían solo porque iba mejor vestido y porque se hubiera cortado el pelo. ¿Acaso pensaba que era como él? ¿Que no eran capaces de ver a través de la superficie a la persona que era en realidad?

–¿Tracy? –su padre le dio un codazo–. ¿Te he dicho que si tienes alguna pregunta?

Tracy tragó saliva. Paul la estaba mirando, tal vez con cierta aprensión, le pareció notar. Su padre estaba divirtiéndose. Sin duda su padre pensaba que se había perdido mientras miraba a Paul con pasión desenfrenada.

Pues estaba equivocado.

–Ninguna pregunta –dijo con frialdad, y esa vez consiguió no sonrojarse–. Gracias por venir, señor Sanders.

–Llámame Paul –sonrió, e incluso desde el otro lado de la mesa Tracy tuvo que hacerse la fuerte para soportar el impacto de su sonrisa.

–Gracias por venir… Paul –dijo en tono aún más indiferente.

Inclinó la cabeza sobre unos papeles y alzó la mano a modo de breve despedida, como una reina despidiendo a un vasallo.

–Lo acompañaré.

Su padre acompañó a Paul fuera de la sala como si este fuera el hijo pródigo.

Nada más desaparecer por el pasillo, Tracy recogió sus cosas y salió de la sala de conferencias. No resultaba difícil adivinar quién se encargaría de la publicidad. Aparentemente el engaño de Paul había funcionado; al menos con su padre. Entró con brusquedad en su despacho y dejó los archivos con fuerza sobre la mesa de la secretaria.

Mia pegó un respingo y cerró rápidamente el juego de naipes en la pantalla de su ordenador.

–¿Y… cómo fue?

–Bien. Espléndido. Maravilloso.

Mia agarró el montón de archivos y se afanó en colocarlos ordenadamente.

–Ya, entiendo, entonces no creo que sea el mejor momento para pedirte si puedo marcharme un poco antes de la hora hoy.

–¿Otra vez?

–Tengo una cita.

–¿Otra vez?

–Sí –Mia pestañeó con rapidez y echó hacia atrás la abundante melena de cabello rubio–. ¿Recuerdas a Tim? ¿El chico con el que salí durante un tiempo después de Joe pero antes de Fred? Bueno, pues el de hoy es el cuñado de la hermana de la nueva novia de Tim. Frank.

Tracy intentó pensar en lo que acababa de oír, pero lo dejó después de tres segundos e hizo un gesto de rendición con la mano.

–De acuerdo. Vete. Te veré mañana.

–¡Gracias Tracy! –Mia se puso de pie rápidamente, sonriendo de oreja a oreja, y se echó el bolso al hombro–. Eres la mejor jefa del mundo. He terminado las cartas, están sobre tu mesa. Vendré más temprano mañana para archivar.

Salió apresuradamente y a punto estuvo de chocharse con el padre de Tracy, que en ese momento entraba en el amplio despacho de su hija.

–¿Adónde va? –su padre frunció el ceño.

–Tiene una cita.

Su padre frunció el ceño aún más.

–Eres demasiado blanda con ella, Tracy. Tu madre y yo no levantamos este negocio saliendo todos los días de trabajar a las cuatro de la tarde.

–Lo sé, lo sé. Pero vuestra meta era levantar un negocio; la suya es casarse. Eso es lo que a ella le importa.

Él asintió y cruzó su despacho para detenerse a mirar por la ventaba que daba a la Avenida Kilbourn, en el centro de Milwaukee.

–¿Y para ti, qué es lo importante, Tracy? ¿Cuál es tu objetivo en la vida?

Tracy lo miró sorprendida, pero el rostro de su padre no le reveló nada.

Nunca le había hecho una pregunta así, y lo cierto era que ya no estaba segura de saber la respuesta. Pero sí que sabía lo que él querría oír.

–Quiero ver a Productos Siglo XXI establecida como la primera empresa de investigación, desarrollo, cultivo y distribución de nuevos productos vegetales y frutales.

Él entrecerró los ojos ligeramente y asintió, sin apartar la vista de la ventana.

–¿Y la meta de Mia? ¿No quieres casarte tú?

–Algún día, por qué no, si conozco a la persona adecuada.

Se dio la vuelta bruscamente.

–¿Qué te parece Paul Sanders?

Tracy cerró los ojos y aspiró hondo. Aquello tenía que parar.

–Papá, me gustaría que no intentaras endilgarme a cada hombre soltero de mi edad que te parece apropiado. Ese hombre es atractivo, pero está claro que le consume la ambición y probablemente será totalmente…

–Me refería al plano profesional. ¿Qué te pareció el discurso?

Ah –Tracy se puso algo nerviosa–. Fue… estupendo.

Dijo la última palabra entre dientes porque sabía lo que iba a pasar. Su padre se entusiasmaría con Paul, porque el estilo de Paul encajaba de fábula con el de Siglo XXI; y entonces Tracy tendría que ver a Paul cada vez que él se pasara por la empresa.

–Estoy de acuerdo. Creo que deberíamos decidirnos por él –su padre frunció el ceño y dio unas palmadas en el alféizar de la ventana–. ¿Su cara no te ha resultado familiar?

Tracy bajó la vista. ¿Debería decírselo? Estaba muy claro lo emocionado que estaba su padre de que Paul fuera a trabajar con Siglo XXI. Y, a decir verdad, el discurso y la calidad de los anuncios también la habían impresionado a ella. Si le decía que Paul era Dan, su padre se desinflaría. Pero no decir nada significaría que Paul Sanders había ganado, al menos de momento. Necesitaba más tiempo para decidir.

–No… No me ha resultado particularmente familiar…

Maldijo para sus adentros. Las evasivas no eran algo que se le diera bien.

–Bien. Entonces no es más que mi imaginación –su padre dio unas palmadas–. Lo llamaré en unos días y le daré la buena noticia. Hay que aparentar que nos costó decidirnos, para que no piense que somos fáciles.

–Buena idea.

Excepto que Paul Sanders ya pensaba que *ella* era fácil.

Derek Richards fue hacia la puerta, más animado de lo que lo había visto en muchos meses, y Tracy se sintió contenta. De acuerdo, tal vez valiera la pena encontrarse con Paul/Dan unas cuantas veces durante el mes siguiente con tal de ver a su padre tan entusiasmado como antiguamente, tan…

–Ah, Tracy, por cierto –su padre interrumpió sus pensamientos.

–¿Sí, papá?

–Sabes lo importante que esta campaña es para mí, lo importante que era este producto para tu madre.

–Sí.

–Creo que deberíamos trabajar codo a codo con Paul en todos los detalles a medida que vaya desarrollando sus ideas.

–De acuerdo…

¿Adónde querría llegar? Hasta el momento no había dicho nada que no fuera obvio.

–Hace tiempo que tengo ganas de pasar una temporada en la granja. Tengo una idea para desarrollar un arándano dulce que me gustaría intentar. Podríamos cultivarlos allí y controlar nosotros la producción completa.

–Esto… –Tracy tuvo una idea bastante buena de adónde conduciría todo aquello–. ¿Papá?

–Así que me gustaría que tú fueras el contacto –sonrió demasiado alegremente–. La que le proporcione a Paul todo lo que él necesite.

Salió inmediatamente de su oficina, evitando así la explosión de protesta que hubiera seguido. En lugar de eso, Tracy pagó su frustración golpeando la grapadora contra la mesa hasta que esta se llenó de grapas retorcidas.

Sabía que no podía discutir con su padre. Si hacía eso él se empecinaría más en su idea. El único modo de hacer cambiar de opinión a Derek Richards era minando poco a poco sus defensas, y demostrarle con pruebas que su decisión no hubiera sido la correcta.

Tracy apoyó la cabeza sobre la mesa. A no ser que se le ocurriera algo rápido, el tiempo que tardaría en conseguir que su padre cambiara de opinión sería tiempo que tendría que pasar con un hombre codicioso y mentiroso llamado Paul Sanders.

Capítulo Cuatro

–¿Tracy?

Tracy se arrellanó en la butaca de su escritorio y agarró el teléfono con fuerza. No tenía duda de quién estaba al otro lado de la línea telefónica. Solo la voz de un hombre era capaz de hacer que se derritiera por dentro.

–Sí, soy yo.

–Soy Paul; Paul Sanders. Tu padre acaba de llamarme y solo quería hablar contigo para decirte lo emocionados que estamos en The Word de que nos hayáis dado este proyecto.

Tracy alzó los ojos. ¡Pelota!

–Me alegro tanto.

–También quería decirte lo… bueno, lo mucho que me complace saber que vamos a trabajar juntos en el desarrollo de esta campaña. En realidad prefiero que mis clientes se impliquen en cada fase del proyecto.

–Entiendo –dijo, mientras in mente echaba pestes de aquel hombre–. Es estupendo.

–Tengo aquí el calendario –se oyó el ruido de páginas pasando–. Celebraremos la primera sesión de *brainstorming* a principios de la semana que viene. ¿Te gustaría estar presente? ¿Qué día te viene bien?

–¿Qué te parece… –«cuando las ranas críen pelo», pensó–. ¿El martes, a las diez?

–Normalmente celebramos las sesiones de *brainstorming* al atardecer, cuando estamos más relajados. ¿Qué te parece a las siete?

Tracy entrecerró los ojos.

–A las siete, en tu despacho.

–No. En mi casa.

–¿Perdón?

–Es en el 2111 de North Lake Drive, tercer piso. Es más relajante, más propicio para que las ideas fluyan libremente.

–No creo que…

–Mis dos colegas, Karen y Jim, estarán allí. Normalmente tomamos una copa de vino, bajamos las luces, nos sentamos cómodamente y empezamos a anotar todo lo que se nos ocurre. Las ideas se van formando entre todos hasta que llegamos a lo que queremos. Es un proceso sorprendente. Te gustará.

«¡Y un cuerno!» Tracy apretó los dientes.

–A las siete. En tu casa.

–Estupendo. Tenemos una cita, entonces.

Tracy colgó el teléfono. Aquello no tenía nada de estupendo. Ni toda la atracción del mundo podría hacer que el tiempo que pasara con Paul fuera

una cita.

Agarró su maletín y salió del despacho, del edificio, y se metió en el coche. Durante el corto trayecto hasta el Café Italiano de Louise, donde Las Cazahombres se reunían a cenar cada semana, Tracy fue poniéndose de peor humor. Nunca en la vida había experimentado aquella extraña mezcla de deseo y rabia.

Peor aún, se había pasado los últimos días más deprimida que nunca mientras veía cómo su padre se emocionaba cada día más con Paul y su trabajo. Nunca le había mentido a su padre, pero como no quería ser una aguafiestas, tendría que seguir fingiendo desconocer que Paul era Dan.

Encontró un espacio donde dejar el coche en la calle Jackson y se dirigió al restaurante con paso firme. Llegó a la entrada al mismo tiempo que un hombre moreno, elegante y bien vestido que le abrió la puerta para dejarla pasar. Ella le sonrió con agradecimiento mientras lo miraba a los ojos, rezando para sentir esa chispa especial, y entonces suspiró, le dio su nombre a la señorita que la recibió al entrar y entró en la zona del bar para esperar a sus amigas.

Nada. El hombre era impresionante. Y probablemente muy agradable.. Seguramente no pretendería ser alguien que no era para conseguir lo que quería de personas a las que no respetaba. Pero Tracy no sintió nada.

Hasta que no había quedado con Paul, no se había dado cuenta del todo de que a veces iba a tener que pasar muchas horas seguidas en compañía suya. Tendría que pensar en algo que la ayudara a no sentirse tan confusa. Para poder mantener la calma y la confianza en sí misma, y que él no notara la pasión que sentía, bien fuera rabia o… esa otra cosa.

Le hizo un gesto al camarero, pero el hombre ni siquiera la miró.

–Hola, hola.

Cynthia y Missy llegaron en ese momento. Missy le dio un abrazo a Tracy mientras Cynthia miraba a su alrededor en busca de algún hombre interesante.

–¿Qué pasa con nuestra primera empresa de Las Cazahombres? –Cynthia levantó una mano de uñas perfectamente pintadas y el camarero corrió a atenderla–. Martini seco con Tanqueray y unas gotas de limón, una cola *light* para Missy y… ¿Tracy, cerveza?

–Un bourbon Manhattan.

El hombre asintió y se volvió hacia el botellero.

–¿Un bourbon Manhattan? –Cynthia se volvió hacia Tracy–. Cariño, será mejor que nos cuentes qué está pasando.

–¿Va todo bien? –preguntó Missy.

–Todo es espléndido, fabuloso, tremendamente maravilloso –dijo Tracy con los dientes apretados.

Cynthia y Missy se miraron.

–Vaya, vaya…

–Eh, chicas –Allegra apareció de detrás de dos mujeres muy elegantes, vestida con vivos colores y cargada de brazaletes y collares, como de costumbre–. Siento llegar tarde. Uno de mis alumnos alcanzó el nirvana y sintió la necesidad de contármelo.

Cynthia retiró las bebidas de la barra.

–¿No es eso algo así como un estado de orgasmo constante?
Missy la agarró del brazo.
–*Cynthia*, estábamos intentando averiguar qué le pasaba a Tracy.
–¿Pasa algo? –Allegra la miró por encima de la montura de sus gafas–. La verdad es que no tienes muy buen aspecto. ¿Qué pasa?
–Se trata de Paul.
–¿Paul? –las otras tres la miraron sin comprender.
–Paul Sanders, presidente de The Word, agencia de publicidad, que destila fortuna y buen gusto; el nuevo publicista contratado por Siglo XXI para su último producto… –Tracy entrecerró los ojos, preparándose para lanzar la bomba–. También conocido por Dan, el misterioso vago de gafas ahumadas de la playa de Door County.
Las expresiones escandalizadas de sus tres amigas no ayudaron a calmar los desquiciados nervios de Tracy.
–¿Es el mismo hombre? –preguntó Missy con una mueca de horror–. Pero era tan agradable. Y todas esas historias de su infancia…
–Cien por cien estiércol ejecutivo –dijo Tracy antes de darse un buen trago del combinado, buscando el consuelo dulce y ardiente del bourbon.
–Ya decía yo que tenía algo raro –Cynthia asintió con suficiencia–. Cuando una ha pasado una infancia de estrecheces como Tracy y yo, te das cuenta de cuándo alguien está haciendo teatro.
–¿Estás segura? –Missy sacudió la cabeza con confusión–. Quiero decir, era tan majo…
–A mí no me pareció raro que le contara todas esas historias a un grupo de extraños, pero sí que me dio la impresión de que estaba mintiendo.
–Estaba mintiendo –Tracy se dio otro trago de su combinado–. Sin parar.
–Vaya coincidencia que apareciera en la playa, y más aún en tu… ah… –Missy miró a Tracy con pesar–. No fue una coincidencia.
–En absoluto –Tracy intentó mantener un tono despreocupado y ligeramente sarcástico, pero le salió amargo–. Quería ver cómo vivíamos.
–Pero sin duda no esperaría que tú lo invitaras a la fiesta. ¿Por qué arriesgarse a entrar si era todo un montaje?
–Pues porque era la oportunidad perfecta para saber qué clase de gente éramos y así saber mejor de qué podía ir el proyecto publicitario.
–Sin embargo, me parece un poco extraño, Tracy –Allegra le tocó la mejilla–. ¿Por qué intentar seducirte y decirte después que eras una coleccionista de hombres, si lo único que quería era conocer vuestro estilo?
–Tiene razón –añadió Cynthia.
–Porque estaba seguro de que una «coleccionista» como yo jamás lo reconocería vestido de ejecutivo. Podría haber ligado con la hija del jefe sin que ella se hubiera enterado de quién era él.
–No puedo creer que solo fuera eso –Missy le puso la mano en el brazo con suavidad–. Esa sorprendente conexión entre vosotros dos… eso no fue solo suerte.
Tracy tragó saliva.
–¿Y quién dice que él sintiera lo mismo?

–Oh, lo sintió, de eso no me cabe la menor duda –Cynthia asintió con firmeza–. Deberías haber visto cómo te miró cuando saliste a la terraza.

Tracy intentó no pensar en que en las oficinas de Siglo XXI la atracción había sido tan potente como en la playa.

–Bueno, gracias a Dios que no te acostaste con él –Cynthia se echó a reír–. Incluso yo me alegraría de no haberlo hecho, en tu situación.

–Bueno, pero tú no lo habrías hecho, ¿no, Tracy?

Tracy terminó su combinado. Un calor suave y relajante se extendió por todo su cuerpo, haciéndola sentirse atrevida y franca.

–Pues, en realidad, sí.

Missy emitió un gemido entrecortado, Allegra asintió y Cynthia sonrió.

–Esta es mi chica.

–Lo habría hecho. Jamás he sentido una necesidad como esa… en toda mi vida. El problema es… –miró su copa vacía–. El problema es…

Cynthia chasqueó la lengua.

–Uy, uy. Estás perdida.

–¿Qué? –Missy miró a Cynthia y a Tracy–. ¿Qué quieres decir?

–Todavía quiere.

Missy frunció el ceño.

–¿Todavía quiere?

Tracy aspiró hondo y soltó el aire con fuerza.

–Acostarme con él, Missy. Todavía quiero acostarme con él.

–¡Oh, no! –Missy sacudió la cabeza–. Pero no puedes. Especialmente después de…

–Sé que no puedo. No he dicho que vaya a hacerlo. Solo que quiero hacerlo –hizo una mueca–. Pero también tengo ganas de echarle una manada de perros salvajes encima. Ese es el problema. Ese es el problema de mi vida. Soy un conflicto andante. No me quiero quedar en Siglo XXI, pero tampoco quiero marcharme. No quiero el dinero, pero tampoco quiero darlo –frunció el ceño–. Estoy protestando demasiado ya.

–Creo que necesitas comer algo. Los problemas se suelen acrecentar cuando una tiene el azúcar por los suelos.

–Y cuando no has catado nada desde hace meses.

Diez minutos más tarde estaban las cuatro sentadas a una mesa en el bullicioso comedor; sus tres amigas leían los menús mientras Tracy miraba la hoja sin enterarse de lo que decía. Finalmente lo cerró y lo dejó sobre la mesa.

–Y lo que es peor. De repente mi padre tiene que hacer un experimento en la granja y me ha asignado la tarea de trabajar junto a Paul.

–Ay… –Cynthia cerró el menú y se estremeció–. Una labor de casamentero de lo más inconveniente.

–Esperad a que le cuente que la primera reunión con Paul tendrá lugar el martes por la noche en su apartamento.

–*¿Cómo?* –preguntaron las tres al unísono.

–Dijo algo como que ayudaba a que fluyeran mejor las ideas –repitió las palabras de Paul y alzó los ojos–. Como un laxante mental.

–Tiene razón –Allegra asintió vigorosamente–. Está probado. Un cuerpo cómodo y feliz tiene un cerebro más productivo.

Cynthia resopló.

–A mí me huele a truco. ¿Seréis los únicos tortolitos que estaréis allí?

–No, gracias a Dios. Dos de sus colegas estarán también allí.

–Ah, bueno, entonces no pasa nada –Missy suspiró aliviada–. A tu padre no le importará.

–Supongo que no le dijiste a tu padre que Paul y Dan son la misma persona.

–No –dijo Tracy con pesar–. Estaba tan emocionado con el trabajo de Paul. Los tomates eran el proyecto favorito de mamá y creo que quiere que el lanzamiento sea un éxito de ventas. Pero al mismo tiempo no puedo soportar no contárselo. Es como mentirle.

–Creo que deberías decírselo. La sinceridad siempre es lo mejor. Porque tarde o temprano te ves envuelta en mentiras y malentendidos.

–Yo estoy de acuerdo con Missy –Allegra se cruzó de brazos y se retiró la cascada de brazaletes de colores–. Empiezas a mentir y el espíritu se confunde. Entonces empiezas a sufrir de indigestión, de molestias en la espalda, de problemas de piel. De cualquier cosa.

Cynthia se echó hacia atrás y frunció el ceño pensativamente.

–Tal vez deberías contárselo. Entonces tu padre podrá ayudarte a idear algo para vengarte… después de que Paul termine la campaña, por supuesto.

Pero también pienso que deberías decirle a Paul que lo sabes. No sé por qué mintió, pero él sí. Y tú podrías darle la oportunidad de decírtelo. Tal vez aún podáis arreglar este asunto entre vosotros.

–¿Es que te has vuelto loca? –Cynthia miró a Missy horrorizada–. Ese tío es un auténtico cretino. Merece una humillación pública.

En ese momento llegó la camarera.

–Buenas noches, señoras. ¿Están listas para pedir?

Las cuatro amigas pidieron la cena. Tracy pidió lo primero que vio, porque en realidad ni siquiera le importaba lo que fuera a comer. Tenía la mente tan ocupada que las necesidades de su estómago le parecieron secundarias.

Decirle a Paul que conocía su juego no iba a ocurrir. Si quería que su asociación se basara en mentiras, eso era exactamente lo que iba a conseguir. Después de todo, no se trataba de que fueran a tener una relación a largo plazo, ni romántica ni de ninguna clase. Desde luego no tendrían nada mientras él siguiera fingiendo. El paso hacia la sinceridad debía darlo él.

Pero probablemente podría hablarle a su padre de «Dan». Por mucho talento que tuviera Paul, si les había mentido una vez, podría hacerlo en algún aspecto del negocio. Se lo debía a su padre para que estuviera alerta, para que tuviera cuidado. El que después su padre quisiera o no decirle algo a Paul era cosa suya. Al menos Tracy ya no sentiría que estaba mintiendo. Y como su padre y ella solo se tenían el uno al otro, eso era sumamente importante.

Y viendo cómo el hablar con sus amigas la había ayudado, el implicar a su padre en el problema le daría otro aliado en su guerra particular por recuperar la salud mental.

–De acuerdo. Lo haré.

Sus tres amigas se volvieron a mirarla al mismo tiempo.

–¿El qué?

–Le diré a mi padre con mucha tranquilidad que Paul es un cretino oportunista –dijo–. En cuanto tenga oportunidad.

–Así que tienes una cita interesante esta noche.

Dave se metió en la boca una enorme porción de pollo *kung pao* que había llevado del restaurante chino a casa de Paul.

Paul, que no había tocado su plato, lo miró con fastidio y volvió a abrir los documentos relacionados con Siglo XXI que se había llevado a casa.

–No es una cita. Tracy se va a unir a una de nuestras habituales sesiones de *brainstorming* junto con Karen y Jim. Es por trabajo, Dave. Ella es solo una cliente. Y una cliente a la que quiero causar una buena impresión por razones personales, pero no las que tú te imaginas.

–¿Entonces no estás nervioso?

–No.

Dave señaló la rodilla de Paul, que no paraba de moverse.

–Ya veo.

Paul relajó la pierna.

–Siempre hago lo mismo cuando voy a tener una sesión. Estoy emocionado por lo que The Word puede hacer por Siglo XXI, y por lo que ellos a su vez pueden hacer por mi empresa. Si además puedo demostrarle a Tracy que no todos los vagos que andan por la playa son lo que parecen, mejor que mejor, pero no voy a dejar que eso me afecte.

Pasó una página, contento con lo racional que parecía su respuesta. Después de verla en la oficina con su padre, y de darse cuenta de lo bien que las dos empresas iban a funcionar juntas, se había dado cuenta de que pensar en vengarse de ella no era una buena idea. Mientras existiera el capitalismo, habría mujeres como Tracy que valoraban el dinero más que a las personas. Si pudiera hacerla cambiar de opinión aunque fuera solo un poco, habría hecho algo bien. Pero no pensaba arriesgar su propio éxito empeñándose en una venganza tonta.

En cuanto a la atracción que sentía por ella, estaba bastante seguro de que pronto sería agua pasada.

Dave lo sacó de su ensimismamiento.

–Bueno, Paul, yo me voy. Pero me apuesto lo que quieras a que una charla íntima sobre los tomates es todo lo que hará falta para demostrarte que tengo razón. El tomate es una hortaliza muy sexy.

–Habrá dos personas más aquí con nosotros, de modo que no creo que pueda considerarse como algo demasiado íntimo.

–Yo no estaría tan seguro de ello, Paul.

Su tono de voz le hizo reaccionar.

–¿Cómo dices?

–Tu secretaria es muy bonita, ¿te lo había dicho alguna vez?

–No –Paul lo miró con recelo–. ¿Por qué has cambiado de tema?

–Ella y yo hemos salido juntos un par de veces.

–¿Susie? ¿Vaya, Dave, hay alguien con quien no hayas salido?

Dave se acercó a Paul y le echó un brazo por los hombros.

–El caso es que, cuando la mujer adecuada llega, uno no puede dedicarse a jugar. Tiene que ir por ella.

Paul se apartó de él y puso los brazos en jarras y lo miró. Se olía algo sospechoso.

–Suéltalo, por favor.

–Estoy seguro de que Tracy es para ti. Susie, me debía una, de modo que le pedí que inocentemente me pasara unos números de teléfono –llegó a la puerta y la abrió–. Y tú eres mi amigo, de modo que siempre te debo una.

Paul sintió un escalofrío por la espalda. Respiró hondo para serenarse.

–¿De qué estás hablando, Dave?

–¿No te lo había dicho? Lo siento. Karen y Jim no pueden venir esta noche. De repente tenían otros planes –Dave se volvió para salir del apartamento y seguidamente volvió la cabeza y le guiñó un ojo–. De modo que esta noche estaréis solos tú, Tracy… y sus tomates.

Salió y cerró la puerta.

–¿Cómo… ? –Paul se quedó mirando la puerta cerrada.

Rápidamente fue hacia el teléfono y marcó el número de Richards que tenía apuntado en la agenda. Sonó varias veces pero nada. Tracy debía de haber salido ya.

Karen. Marcó su número a toda prisa, pero solo le saltó el buzón de voz. No tenía sentido dejar un mensaje. Necesitaba a alguien en ese momento.

Jim.

–¿Diga?

–Jim –alzó la vista y dio gracias al cielo–. Soy Paul. En cuanto a esta noche, yo…

–Ah, sí. Gracias por cancelarlo. Mis chicos participan esta noche en una función en el campamento. Se habían enfadado porque yo no iba a estar allí. ¿Cuándo tenemos que vernos?

–Otro día no. Será esta noche.

–¿Cómo? Pero tu amigo dijo que tenías otros…

–Lo sé. Pero Tracy ya está en camino. Estoy aquí solo. No va a venir nadie. Estaremos… –Paul se calló y cerró los ojos con fuerza.

Dios mío, estaba a punto de decirle a un colega que estaba temblando por estar a solas con un cliente. Aquello era una ridiculez. Tracy no tenía ni idea de que él era Dan. Tracy solamente iría a hablar del producto, y él estaba allí para ver si podían ocurrírsele algunas ideas para venderlo. Y punto. Estaba comportándose como un adolescente en su primera cita.

–¿Paul?

–Sí, estoy aquí –dijo, obligándose a serenarse; él era un profesional, ella también, y no había más–. Pásatelo muy bien con tu familia, Jim. Lo tengo todo controlado.

Capítulo Cinco

Tracy colgó con fastidio el teléfono de su dormitorio en el apartamento donde vivía sola en Wawatousa y se dejó caer sobre la cama barco que había comprado de segunda mano después de graduarse en la universidad. Su padre se había ido a la granja el fin de semana pasado, pero debía de estar en el invernadero con el móvil apagado, porque no había conseguido hablar con él en todo el día. Hubiera querido contarle que Dan y Paul eran la misma persona y, teniendo en cuenta que estaba a punto de ir a visitar la guarida del león, la reacción de su padre al contarle la verdad le hubiera sin duda dado algo de coraje y entereza con vistas al encuentro de esa noche.

En casa de Paul estaría fuera de su elemento, mientras que para él sería lo contrario. Aunque ya de por sí Tracy se sentía como pez fuera del agua gracias a su reciente condición de riqueza económica, la reunión de aquella noche la tenía algo inquieta. Algo nerviosa. Y, para qué negarlo, algo emocionada, maldita sea.

La radio despertador que su padre le había regalado en el instituto emitió un chasquido cuando los números cambiaron. Las seis y cuarenta y dos. Hora de marcharse. Le llevaría un poco más de quince minutos llegar al apartamento que Paul tenía cerca del lago.

Tracy cerró los ojos y apretó los dientes mientras respiraba hondo. Podría hacerlo. Lo haría. Llegaría allí y se mostraría amable y exigente al mismo tiempo, encantadora pero profesional. Después de todo, Tracy Richards era la que estaba al mando. Ella era la jefa, la que manejaba las tornas. Él y sus colegas estaban allí para arrastrase delante de ella, para mostrarle su sumisión.

Podría hacerlo.

Diecisiete minutos después estaba a la puerta del apartamento de Paul; apretó el botón del telefonillo de mala gana. Amable y exigente, encantadora y profesional. La puerta se abrió y se preparó para la oleada de atracción que sabía que se le echaría encima.

¡Y cómo!

Tenía la cara ligeramente sonrosada y eso hacía que el azul de sus ojos pareciera más intenso, más penetrante. Llevaba el primer botón de la camisa desabrochado, la corbata algo torcida, la americana abierta y el cabello ligeramente despeinado. Incluso su expresión parecía encerrar cierto aire de culpabilidad, como si lo hubiera pillado haciéndole el amor a la esposa de otro.

Arqueó una ceja con gesto condescendiente, tal y como Cynthia hacía tan bien, y sonrió con la mayor frialdad posible a pesar del fuego primitivo

que la devoraba por dentro.

–¿He venido en mal momento?

–No, en absoluto. Solo estaba… –la invitó a pasar–. En absoluto. Pasa.

Tracy cruzó el espacioso vestíbulo y pasó al salón.

Aquel lugar parecía sacado de una página de alguna de esas revistas de decoración ostentosa para gente muy, muy rica. Aunque no tenía ni idea de decoración y el tema le importaba aún menos, se dio cuenta de que aquello lo había decorado y amueblado un profesional con instrucciones de hacerlo utilizando lo mejor de lo mejor.

Y allí estaba ella, con su traje de hacía cinco años y sus zapatos de hacía diez. Dios, qué pretencioso. Aquel apartamento ni siquiera parecía un hogar, por amor de Dios; parecía la sala de un museo. Frunció el ceño. Se fijó en una mesa de centro de cristal en forma de riñón, con un cesto de tomates de Siglo XXI, una botella de vino y… dos copas. ¿Dónde demonios estaban los otros dos?

–Intenté llamarte.

–¿Ah, sí?

Se volvió y lo miró a los ojos, pero él desvió la mirada. Si iban a trabajar juntos, Tracy necesitaba encontrar un modo de enfrentarse a aquella atracción. Pero él estaba allí en medio de la habitación, con los brazos en jarras y mirándola con una mezcla de aprensión y especulación, como si estuviera a punto de darle una mala noticia y le importara lo que ella pensara, lo cual, teniendo en cuenta que él era prácticamente un empleado suyo, más le valía.

–Me temo que esta noche estaremos solos tú y yo –se metió las manos en los bolsillos y se balanceó suavemente de delante hacia detrás–. Karen y Jim no pueden venir.

Ella le echó una mirada asesina, sin contemplaciones.

–No pueden venir.

–No. Lo siento. Intenté llamarte pero debías de haber salido ya –se acercó a la mesa de centro y agarró la botella de vino.

Tracy sintió una enorme tensión en las sienes. ¿Qué clase de empleados «no podían ir» a una reunión con un cliente importante? Pero por el modo en que Paul empezaba a abrir la botella, sin mirarla a los ojos, Tracy se dio cuenta de que estaba tan avergonzado como debiera.

–Tengo aquí todo –le quitó por fin el plástico al tapón de la botella y señaló una grabadora que había allí en la mesa de cristal–. Ya te expliqué un poco cómo hacemos las sesiones. Podríamos adelantar un poco, si te parece.

Tracy miró con vacilación el sofá color crema. ¿Allí sentados los dos, tomándose una copa de vino, hablando de tomates y ella intentando luchar contra la atracción que sentía por él? Ni hablar.

–¿Por qué no vuelvo otro día que nos sea posible a todos?

Nada más decirlo, deseó no haberlo hecho. Al reconocer su incomodidad en voz alta, cuando él no había hecho nada impropio, el ambiente había cambiado de Tracy y Paul, colegas en una reunión, al macho y a la nerviosa hembra, conscientes de que estaban solos en un apartamento perfectamente decorado, donde además había un dormitorio con una

cama.

Estupendo.

Él se dio la vuelta y la miró.

–¿Por qué?

–Yo no… –se puso colorada, tremendamente furiosa consigo misma.

Se había prometido abordar aquello de manera puramente profesional, igual que estaba haciendo él sin ningún problema. En lugar de eso, estaba tan nerviosa como una virgen que ve la desnudez de un hombre por primera vez.

–Mira, Tracy. Karen y Jim… hubo un malentendido. Un colega los ha necesitado esta noche para otra cosa. Ha sido un error de programación que me avergüenza muchísimo. Está claro que no es así como quería que empezara nuestra relación profesional. Sé que el vino y las luces suaves hacen pensar otra cosa. Pero así es como trabajamos. Es el ambiente más efectivo para permitir que las ideas fluyan libremente. Espero que entiendas que solo estoy interesado en tus toma… en promocionar los tomates de tu empresa.

En su tono de voz Tracy detectó la sinceridad. Asintió, intentando no pensar con nostalgia en aquellos momentos en la playa, en los que su interés nada había tenido que ver con los tomates de su empresa y todo que ver con sus consabidos pequeños tomates.

–Por supuesto –se obligó a sonreír con despreocupación–. Solo me preocupaba que pudiéramos perder el tiempo sin la colaboración de tus colegas. Eso es todo. Me parece bien.

–Ah –se quedó allí con la botella de vino en la mano, todo avergonzado, y Tracy se sintió mal por mentirle, a pesar de ser él un mentiroso consumado–. Bueno, bien. Entonces siéntate. Serviré el vino.

Tracy se sentó. Al principio muy derecha, pero al poco apoyó la espalda en el comodísimo sofá, empeñada en no aparentar desconcierto, y tuvo que contenerse para no hacer un gesto de impaciencia cuando él olió el corcho con una floritura y probó una pequeña cantidad de vino antes de servirle a ella. Desde luego tenía momentos en los que era humano, pero Tracy no podía olvidar la gran cantidad de valores que los separaban. Con eso en mente, tendría la fuerza suficiente para soportar la velada.

Aceptó la copa y le sonrió con calma, mirándolo a los ojos, sin ni siquiera verter una gota de vino al sentir la conocida y eléctrica sensación que experimentaba cada vez que se miraban.

–Bueno. ¿Qué tipo de música te pone? Quiero decir, qué estimula tu… ¿Te parece bien el jazz? –murmuró entre dientes unas cuantas palabras que su madre sin duda no habría aprobado, y esperó su respuesta.

Tracy cerró la boca. De pronto su decepción pareció disiparse y se puso alerta. Tal vez, solo tal vez, no fuera ella la única de los dos que estaba nerviosa. Tal vez esa sensación de alto voltaje había rebotado y le había afectado también a él.

La invadió una curiosa alegría, junto con el deseo de averiguarlo con seguridad y el coraje para hacer precisamente eso.

Asintió despacio y lo miró del modo más inocente y seductor que pudo.

–El jazz siempre me ha parecido muy estimulante, Paul.

Él abrió la boca como si fuera a hablar, pero no emitió sonido alguno. Carraspeó y fue hacia el equipo de música, que tenía más botones que la cabina de un avión; mientras elegía el disco compacto, se aflojó el nudo de la corbata disimuladamente.

Entonces se pasó las dos manos por el pelo y murmuró algo más que ella no entendió por estar un poco lejos.

Su alegría fue en aumento y dio lugar a un sensación de calor, mareo y dificultad respiratoria.

Oh, Dios Santo. Aún la deseaba.

Los primeros acordes de una banda de jazz prorrumpieron en el apartamento. Paul se dio la vuelta y sonrió, aparentemente recuperada la compostura.

–Oscar Peterson, mi héroe.

Tracy asintió y dio un pequeño trago de vino, y luego otro. El tercero fue menos pequeño. Una vez sentadas las bases, podría apañárselas bien.

–Bueno –se sentó en el sofá junto a ella, levantó su copa de vino y dio un sorbo pausadamente–. Normalmente empezamos pasándonos el producto o una foto del mismo, tocándolo, oliéndolo, o en este caso probándolo, para ver qué aspectos son sus puntos comerciales más fuertes, cómo llega a nosotros, o las imágenes que provoca. ¿De acuerdo? La única regla es que todo se hace en voz alta. Incluso algo que pueda parecer de lo más estúpido puede conducir a una fantástica idea publicitaria. Nada de censura. Normalmente lo anotamos todo, pero como estamos los dos solos utilizaremos la grabadora. ¿Me sigues?

–Totalmente.

–Bien. Veamos… –apretó el botón de grabación, agarró un tomate y lo palpó, se inclinó sobre él y frunció el ceño–. Jugoso. Ácido y dulce.

Tracy agarró otro y pasó los dedos sobre la fina piel, intentando no sentirse cortada.

–Esto… rojo –se echó a reír nerviosamente–. Sin pepitas.

–Está bien –se inclinó hacia delante y le puso la mano en el brazo brevemente–. Relájate. Continúa.

Se concentró en el tomate, intentando ignorar la sensación de su mano tocándole el brazo, o ya puesta, al hombre en sí, y en entregarse a la tarea que tenía entre manos.

–Maduro. Y redondo.

–Suave –dijo él en voz más baja, y arrastró la palabra, como si estuviera recitando poesía–. Firme.

Oh, Santo cielo. Miró el tomate con empeño mientras sentía el calor del vino sonrosando sus mejillas y aflojándole el cuerpo, de repente consciente de adónde podría llevarlos todo aquello y no del todo segura de si quería continuar.

–Exquisito.

–Suculento… carnoso.

Tracy tomó otro sorbo de vino.

–Pesado. Maduro en la mata.

–Maduro –dijo en tono más profundo–. Y listo.

Tracy empezó a respirar jadeante, con los ojos fijos en el tomate que

tenía en la mano, consciente de su proximidad, del peligroso coqueteo, de que se sentía cálida y viva y muy, muy tierna.

–Vivo. Y cálido. Perfumado por la tierra.

–El cálido aroma del verano.

–Como pelotas rojas y maduras.

–Como globos.

–Llenos de sabor –susurró ella.

La semioscuridad, la música y la presencia de Paul llenaban el ambiente de erotismo.

–Muérdelo.

Ella se pasó la lengua por los labios con nerviosismo, se arrellanó sobre el respaldo del sofá, se desabrochó el único botón de la chaqueta, empujada por la subida de adrenalina.

–Pélalo, y después muérdelo.

–Retírale la piel.

–Se pela de ensueño.

–Está desnudo.

–Libre.

–Bello –pronunció él en tono callado–. Tentador.

Tracy emitió un ronco suspiro. Un solo de tambor marcó un ritmo caliente. Debía detener aquello, sabía que debía hacerlo. Pero resultaba tan emocionante.

Cerró los ojos, incapaz de resistirse.

–Pruébalo.

–Está goteando.

–Lame el jugo.

–Tan dulce.

–Quiero más.

–Yo también, Tracy.

Ella abrió los ojos al detectar su susurro urgente. Paul no miraba ya el tomate que tenía en la mano. Y la avidez de su mirada no parecía que fuera a ser saciada con el producto.

Tracy se sentó más derecha. Aquello era una locura, algo insano. Jamás había hecho algo así en su vida, jamás había sentido una tentación igual. El juego estaba a punto de avanzar más allá del coqueteo, y no estaba lista. ¿Qué demonios le ocurría? Había sugerido más de lo que planeaba hacer, y detestaba a las mujeres que hacían eso. No podía hacer nada en absoluto con aquel hombre. Había miles de razones para no hacer nada, y solo una para hacerlo. Y en ese momento esa una era bastante potente, incluso más que en la playa.

Maldición. ¿Por qué no se mostraba libertina, orgullosa de sentir algo así como hacía Cynthia? ¿Por qué no podía dejarse llevar y levantarse al día siguiente habiendo olvidado ya la mayor parte del episodio? Pero ella no. Se enamoraría locamente de él, aunque fuera el cretino más grande del mundo, y después lo seguiría a todas partes como un perrillo hasta que él tuviera que darle unas patadas para librarse de ella.

Había llegado el momento de calmarse.

–Creo que tal vez sea suficiente.

Él se apartó de ella y suspiró largamente, como si volviera de algún mundo de ensoñación. Apagó la grabadora y rebobinó la cinta.

–Sí. De acuerdo. Creo que tienes razón.

–Será mejor que borres eso. Ahora –Tracy señaló la cinta.

Él asintió, presionó el botón de grabación y metió la grabadora debajo del cojín del sofá que tenía al lado para que la cinta se borrara sin ruidos.

–Podremos intentarlo de nuevo con Karen y Jim.

–Sí, vale.

Se puso de pie a la vez que él, y se quedaron mirándose frente a frente a la tenue luz de las lámparas. Sin duda Paul Sanders era muy apuesto. Sus ojos azul gris parecían emanar una luz propia.

–Tracy.

–Sí –dijo, y se cruzó de brazos.

–¿Vamos a ignorar lo que ocurrió?

Ella agachó la cabeza y estudió el bonito suelo del salón.

–Creo que ignorarlo es buena idea.

–¿Por qué?

–Porque estás trabajando para mi padre. Y en esencia, también para mí –señaló a su alrededor–. Además, somos totalmente distintos.

Él miró a su alrededor.

–¿Es que crees que soy la suma de la decoración de mi apartamento?

–Tal vez no. Pero creo que una casa dice mucho de una persona.

–¿De verdad? –se metió las manos en los bolsillos y consideró sus palabras–. ¿Y qué dice la mía de mí?

–Que te importa mucho el dinero. El nivel. El mostrarle al mundo que eres uno de los que lo han conseguido.

–Entiendo. ¿Cómo es tu casa?

–Yo tengo cosas antiguas. Cosas gastadas, de segunda mano.

Pensó en su cocina, en las cortinas de flores que su madre había hecho poco después de que ella y papá se casaran, en las banastas de los años cincuenta donde colocaba las fresas, la fruta… Pensó en su dormitorio, con la mecedora que se había llevado de la granja.

–Cosas que llevan conmigo toda mi vida y que para mí tienen mucho significado.

Él entrecerró los ojos.

–Ah, de acuerdo, entonces yo soy superficial y pretencioso y tú tienes la profundidad de la historia, ¿no es así?

Tracy hizo una mueca.

–Lo siento. Solo estoy describiendo lo que veo.

–Te diré algo, Tracy –dio un paso hacia ella y Tracy se abrazó–. Iré un día a tu casa y te diré lo que pienso.

En momentos como aquel le costaba saber qué pensar; saber cómo catalogarlo. Paul Sanders no hacía más que entrar y salir de la clasificación en la que ella lo había incluido para poder sentir solo odio hacia él. Porque a ratos era gracioso y encantador.

Pero al mismo tiempo tenía aquella parte que decía las mentiras, el lado que adoraba la riqueza y el nivel social, todo ello tremendamente repulsivo para Tracy.

–¿Dónde te criaste?

A Paul pareció sorprenderle su repentina pregunta, y la miró con recelo. Estaba claro que no podía repetir la escena del lacrimoso Dan que había representado en la fiesta de su padre. Esa vez tendría que decir la verdad.

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque quiero saberlo.

–De acuerdo –entrecerró los ojos, miró al suelo un momento y después a ella a la cara–. Nací en… Concord, Massachusetts. Mis padres eran médicos, tuve una sucesión de niñeras y tutores privados hasta que fui lo suficientemente mayor para ir a la Academia de Exeter y después a Harvard. Cuando terminé empecé a levantar mi propio negocio con capital invertido por mi padre. Nací en cuna de oro y la trasformé en platino. Ahora, con tu empresa, espero llegar hasta el diamante. ¿Contesta eso tu pregunta?

–Sí –entrelazó los dedos y se miró las manos–. Lo hace.

Excepto que no era así. Paul estaba mintiendo. Se lo decía el instinto. Tanto Missy como Allegra habían sentido su sinceridad en la fiesta.

Sintió un enorme peso en el corazón. De acuerdo, estaba decepcionada. Aún no podía aceptar que él la atraía pero que al mismo tiempo no era una persona a la que pudiera respetar.

–¿Y tú?

–¿Perdona? –salió de su ensimismamiento y notó que él la miraba con curiosidad.

–¿Dónde te criaste?

Probablemente ya lo sabría.

–Me crié en el noroeste de Wisconsin, en un pequeño pueblo llamado Oak Ridge. En realidad era como un grupo de granjas. No teníamos mucho, pero la tierra era preciosa y nos alimentaba tanto física como espiritualmente. Entonces los experimentos de mis padres empezaron a dar frutos en todos los sentidos, y ahora… –se encogió de hombros–. Ya conoces el resto.

–Muy interesante.

Ella pestañeó y lo miró.

–¿El qué?

–Tu cara.

–¿Qué tiene de interesante mi cara?

–Muchas cosas –señaló el sofá–. ¿Quieres volver a sentarte?

Tracy se volvió y contempló el sofá. Si se sentaba tendría que charlar con él unos minutos al menos antes de poder levantarse sin resultar maleducada. De pie estaba más segura.

–No creo que… quiero decir…

–De acuerdo –levantó la mano–. Podemos quedarnos de pie si te sientes más segura así.

Tracy se puso tensa.

–No me siento insegura.

–Si tú lo dices.

–Debería marcharme.

Tracy no se movió, aunque le estuviera ordenando a sus piernas que la

llevaran hacia la salida.

–Aún no puedes marcharte.

La callada afirmación le dio la sensación de ser deseada. Aunque lo único que quisiera él fuera conversación.

–Aún no te he dicho lo de tu cara.

Ella se echó a reír.

–¿Cómo conciliar el sueño sin saber lo que piensas de mi cara?

–Exactamente. Cuando estabas hablando de tu infancia… –se quitó la americana y la lanzó al sofá, después se aflojó la corbata–. ¿Te importa?

Tracy abrió la boca para respirar mejor. Sus movimientos no eran calculados, ni deliberadamente seductores, pero su gracia natural y el magnífico cuerpo que se adivinaba bajo la ropa la empujaron a imaginar que le seguiría la camisa, después los pantalones… y demás.

–En absoluto.

–Bueno –lanzó la corbata sobre la americana–. ¿Por dónde iba?

–Estabas a punto de comenzar el episodio sobre «La cara de Tracy».

Él se echó a reír con suavidad, como si su comentario le hubiera encantado, y Tracy se ruborizó.

–Cuando hablabas de tu vida en la granja, tu expresión se volvió romántica y soñadora.

–¿Ah sí?

–Después, cuando empezaste a hablar del éxito de tu padre… –se encogió de hombros.

–Déjame adivinar –Tracy arrugó la nariz–. ¿Nada de expresión romántica o soñadora?

–Eso es –asintió–. ¿A qué se debe?

Ella miró a su alrededor, se fijó en la decoración de su apartamento, y seguidamente en él, con una de burla en los ojos.

–A nada que tú pudieras entender.

–Ah, por supuesto que no –se dio una palmada en la frente–. Yo, el gran cerdo capitalista, contaminado por el sucio lujo que decora mi pocilga.

Tracy no pudo ahogar una sonrisa.

–Eso es.

–Y tú, la noble amante de la tierra, dejándote manchar por ella… pero de un modo puro y honesto.

–Crecí feliz en la granja –dijo con voz trémula y apretó los labios.

–Es decir, que ahora no eres feliz –avanzó un paso–. ¿Por qué no, Tracy?

Ella retrocedió un poco. Estaba demasiado cerca, y aquella conversación era demasiado personal. Podía compartir sus problemas con las chicas, con su padre, pero no con aquel hombre, con aquella combinación de sinceridad y artificio.

–Será mejor que me marche.

Él emitió un sonido de impaciencia.

–Tú, Tracy, eres una gallina.

–¿Por qué? –lo miró con mala cara–. ¿Porque no quiero compartir mis intimidades con alguien que acabo de conocer y en quien todavía no confío?

Él pareció sorprenderse en un primer momento, pero entonces se echó a

reír y sacudió la cabeza.

–Lo siento. Tienes toda la razón. Perdóname.

Ella asintió, aún sorprendida de su retirada.

–Aun así debería irme.

–Me gustaría que te quedaras.

–No me parece apropiado.

–Tracy, no voy a pretender que no me atraes. Me atraes, y mucho. Pero también mi profesora en el jardín de infancia, una vecina casada en Massachusetts y una cajera del supermercado. Todas siguen vivas y nunca las he molestado.

Ella se echó a reír. Resultaba tentador. Ceder, sentarse con él en el sofá y beber vino mientras se hundía poco a poco en aquellos ojos luminosos y en la seductora emoción de estar junto a él.

¿Y después qué? En cuanto volviera a caer en la cuenta de quién era él en realidad y de lo que deseaba en la vida, ella se arrepentiría y desearía haber sido más fuerte.

Sonrió y se abrochó la chaqueta con remilgo.

–Te llamaré mañana. Podríamos encontrarnos otra vez con tus colegas la semana próxima.

Él la estudió un momento hasta que ella se mordió el labio y fue hacia la puerta de la casa.

–Me parece bien –dijo a sus espaldas en tono enérgico y formal–. Si no estoy cuando llames, mi secretaria concertará una cita.

La alcanzó y le abrió la puerta.

–Buenas noches, Tracy.

–Buenas noches.

Salió de su apartamento sin mirarlo a los ojos, medio deseando ser la clase de mujer que pudiera quedarse, sabiendo que pasaría el resto de la noche sola en la cama, preguntándose que habría pasado de haberse quedado.

Capítulo Seis

Paul cerró la puerta y apoyó la cabeza contra ella. ¿Qué diablos acababa de hacer? Ella era una cliente, por amor de Dios. No una cliente cualquiera, sino la cliente más importante de todos. La que afianzaría su fortuna, la que le daría la seguridad que anhelaba, la sensación irrevocable de que había tocado la gloria y de que no volvería a tocar fondo en mucho tiempo.

Todas sus buenas intenciones, todas sus promesas de mantener su libido bajo control, todas sus afirmaciones de que aquella atracción no era sino superficial habían desaparecido tras la explosión de calor y pulsaciones aceleradas. Y solo con oírla mientras hablaba de los tomates.

Se volvió a mirar su sofá de diseño con culpabilidad. Esas palabras, esa voz cálida, ese calor…

La grabadora.

Cruzó el salón y la sacó de debajo del cojín. Cuando ella había insistido en borrar la grabación, él había hecho algo muy travieso. Había presionado el botón de avance, y por lo tanto la cinta no se había borrado.

Su sesión de *brainstorming* seguía intacta.

Rebobinó la cinta hasta el principio. Entonces tomó la copa de vino, se bebió la mitad y la dejó con cuidado sobre su mesa de cristal. Presionó el botón de inicio y se recostó en el sofá.

Jugoso. Ácido y dulce.

Cerró los ojos y se la imaginó a su lado, mirando el tomate con seriedad, con la boca y el ceño fruncidos.

Maduro. Y redondo.

Para entonces ya la estaba mirando, preguntándose si ella sabría lo que estaba pasando, si tenía idea de lo que sus palabras empezaban a evocar.

Pélalo, y luego muérdelo.

Paul se deslizó hacia el extremo del sofá y después hacia detrás; se estaba excitando de nuevo, igual que se había excitado al notar que sus labios se relajaban, que su frente se alisaba, que su piel se tornaba rosada, luminosa. Después ella se había recostado en el sofá, había cerrado los ojos, y él había estado a punto de perder el control.

Gimió y empujó las caderas contra la tela tirante del pantalón. Había estado increíble, inmersa en la pasión solo gracias a unas palabras. ¿Qué haría si él la tocara? ¿Si la besara? ¿Si la saboreara?

Quiero más.

–Yo también, Tracy –susurró al unísono, y soltó una risotada de consternación.

Aquello era una locura. Se volvería loco si…

En ese momento se abrió la puerta de su apartamento. Paul agarró la grabadora y se la plantó en el regazo.

–¿Por amor de Dios, Dave, es que ni siquiera puedes llamar?

–Si no quieres que entre así, echa el cerrojo.

–Lo hago cuando me voy a la cama.

–¿Entonces no te has ido aún? La he oído marcharse. Se me ocurrió darte unos minutos para recomponerte –miró la grabadora–. Aunque veo que no han sido los suficientes.

Paul dejó la grabadora en el sofá con fastidio.

–Déjame en paz, Dave.

–Vaya, vaya –Paul se sentó junto a él y puso los pies sobre la mesa–. Las cosas no han ido tan bien, ¿verdad?

–¿Qué esperabas? Me engañas para que estemos los dos solos cuando se supone que somos colegas. Tengo suerte de que no se le ocurriera denunciarme por acoso sexual.

–¿La has acosado? –le preguntó Dave mientras se incorporaba y retiraba los pies de la mesa con expectación.

–Por supuesto que no. Hicimos una sesión de *brainstorming* para los tomates. Después se metió con mi apartamento y al poco se largó.

Dave frunció el ceño.

–¿Tu apartamento?

–Sí –Paul recogió el vaso y la botella medio vacía–. Piensa que soy superficial y pretencioso.

–¿Ah, sí? Bueno, solo tiene algo de razón –Dave siguió a Paul a la cocina y se sentó en un taburete.

Paul lo miró con fastidio.

–Me gusta lo que el dinero puede comprar. No tiene nada de malo que a uno le guste lo bueno. Sé lo que es la pobreza, yo he sido pobre. Es un asco. Y punto.

–De acuerdo, tío –Dave levantó las manos–. Lo siento mucho, de verdad. No puedo fingir que sepa lo que es, de modo que es mejor que me calle.

Paul sonrió.

–Sí, deberías.

Dave agarró una manzana de un frutero, la limpió en su camisa y le dio un mordisco.

–Yo diría que te ha llegado hondo.

Paul dejó las copas en el lavavajillas.

–No.

–¿Qué has dicho?

–He dicho que no.

No pensaba reconocer el efecto que Tracy había tenido en él. Si lo hacía, Dave no dejaría de tomarle el pelo y de hacer bromas sobre los tomates de Tracy en muchos años.

–En serio, Paul, esta mujer se ha llevado una impresión equivocada de ti. Cierto que te gusta la decoración a la última, pero no eres superficial. ¿Acaso no sabe de tus orígenes?

–No.

–Pues háblale de ello.

–No puedo.
–¿Por qué?
–Porque esta noche le he contado exactamente lo opuesto.
–¿Eh? –Dave lo miró con incredulidad–. ¿Le has dicho que naciste entre algodones? ¿Por qué demonios has hecho eso?
Paul suspiró y tapó la botella de vino con un tapón de plástico.
–Estaba molesto por lo que ella había asumido sobre mí, de modo que le dije lo que ella ya pensaba, lo que quería oír. No importa.
–Vale, vale –Dave asintió–. No tiene importancia. Porque ella no significa nada para ti.
Paul le lanzó una mirada de desafío.
–Exactamente.
–Mmm –Dave entrecerró los ojos un momento–. De acuerdo, tengo que irme.
Paul oyó que se cerraba la puerta y alzó la mirada con impaciencia. Aquello le daba mala espina. Tendría que hablar con Dave sobre su bien intencionada intromisión.
Echó el cerrojo de la puerta de entrada. Entonces se volvió y estudió su apartamento con detenimiento, intentando verlo a través de la mirada sentenciosa de Tracy.
El lugar era una obra maestra de diseño y buen gusto. Había contratado a la mejor compañía de decoración de Milwaukee, y su trabajo había merecido cada penique que se había gastado. Pero Tracy actuaba como si él hubiera hecho algo malo.
Se encogió de hombros y fue a su dormitorio. Tracy tenía un concepto extraño del dinero. Estaba tan forrada como podría soñar cualquier hijo de vecino, y sin embargo llevaba un traje viejo y unos zapatos aún más viejos. Como si no quisiera disfrutar de lo que tenía, como si no deseara amoldarse a su nueva situación.
Tal vez él pudiera ayudarla. Quizás fuera capaz de introducirla poco a poco en las cosas maravillosas que el dinero podía comprar. Dejar que ella se diera cuenta, ayudarla a relajarse, a disfrutar del regalo que le había sido concedido. Tal vez podría invitarla a cenar, e invitar también a su padre para que esa atracción que sentía por ella no se le fuera de las manos.
Una pausada sonrisa se dibujó en sus labios. Corrió al teléfono y marcó un número.
–Restaurante Chez Mathilde.
–Hola. Me gustaría reservar mesa para tres. Para pasado mañana.

–¿Papá? –Tracy llamó a la puerta entreabierta de su despacho y asomó un poco la cabeza, aún con el bolso y el maletín en la mano.
Había ido al despacho de su padre directamente esa mañana para hablarle de Paul/Dan. Sobre todo después de la noche anterior. Necesitaba urgentemente que alguien la ayudara a poner los pies en la tierra y ver al hombre como realmente era. Lo había intentado durante toda la noche, y lo único que había conseguido había sido pasarse la noche entera teniendo

sueños eróticos que solo la habían desasosegado.

Su padre alzó la vista del montón de papeles que tenía sobre la mesa y sonrió.

–Hola, Tracy, pasa hija. Me alegro de verte. ¿Qué tal el fin de semana?

–Bien. ¿Qué tal la granja? –Tracy se dejó caer en la silla y le lanzó un beso a su padre.

–Tan destartalada y encantadora como siempre. He conseguido trabajar bien –hizo una mueca–. Al menos me he dado cuenta de unas cuantas cosas que no funcionarían. Lo cual siempre me acerca más a la solución final.

Tracy sonrió.

–El optimista de siempre. Intenté llamarte unas cien veces.

–¿De verdad? Lo siento. Acampé en el invernadero y apagué el teléfono. Ya sabes cómo estoy cuando trabajo.

Tracy asintió y se miró los dedos. De acuerdo, contaría hasta tres y se lo diría. Uno, dos, tres… adelante.

De acuerdo, adelante.

Gimió para sus adentros. Aquello era horrible. O peor que horrible. Paul era el mejor para la campaña de los tomates de Siglo XXI, y le preocupaba poner en peligro aquella nueva y prometedora relación. Era una buena razón para no decir nada; pero no lo suficientemente buena.

–¿Qué tal la reunión con Paul?

–Bien. Bien.

Levantó la vista y vio que la miraba con expectación.

–¿Sí, Tracy?

–Se trata de Paul.

Su padre arqueó las cejas con prontitud.

–*¿Sí?*

Ella lo miró enfadada.

–No es *eso*.

–Ah –la miró con decepción–. ¿Entonces qué?

Ella se inclinó hacia delante con energía. Él nunca lo había querido reconocer.

–¿Echas de menos estar allí, papá?

–Estás cambiando de tema.

–Quiero saberlo.

–Sí, lo echo de menos. Y cuando me pasa eso, me voy para allá. ¿Qué pasa con Paul?

–¿Quiero decir, echas de menos vivir allí, nuestra antigua vida?

–¿Qué parte? ¿Cuando me mataba a trabajar o cuando me quedaba en vela toda la noche preocupándome por si no tendría suficiente para alimentarte, o peor aún para enviarte a estudiar?

Tracy sacudió la cabeza.

–Allí fuimos felices.

–Sí –asintió con seriedad–. Sí, lo fuimos. Y también estábamos incómodos y acongojados.

–¿Eres feliz ahora?

Él sonrió con tristeza y a Tracy se le encogió el corazón.

–No. No soy feliz. Pero no es la granja lo que echo de menos, sino a tu madre. ¿Dime, qué pasa con Paul?

Tracy extendió las manos y tomó las de su padre.

–De acuerdo. ¿Recuerdas el mes pasado, a ese tipo que se coló en nuestra fiesta de la playa?

–Dan –la miró con recelo–. ¿Qué pasa con él?

–Dan y Paul son la misma persona.

Contempló su cara con ansiedad, sabiendo que le llevaría unos segundos darse cuenta.

Él se echó a reír sin humor.

–Me preguntaba cuándo te ibas a dar cuenta.

Tracy se quedó boquiabierta.

–Sí, lo sabía –su padre volvió a reír, esta vez con más ganas–. Tampoco era tan difícil de adivinar. No sé por qué ha pensado que no nos daríamos cuenta.

–Pero… pero… –balbuceó Tracy–. Es horrible.

–¿El qué?

–Todo. Primero que accediera a pasar a la fiesta, sabiendo quiénes éramos..

–Es un paso muy inteligente comprobar el modo de vida del objetivo antes de hacer una campaña. Y nosotros lo invitamos a pasar, no lo olvides.

–Y que se empeñara tanto en demostrar lo desaventajado que era comparado con el resto de nosotros cuando no era cierto…

–A mí me pareció un buen disfraz.

–Y que pensara que éramos tan superficiales y pretenciosos que no lo reconoceríamos cuando se cambiara de ropa…

–Tracy –su padre se puso de pie, rodeó la mesa y se sentó junto a ella–. Tú no pensabas que lo había reconocido. ¿A ti te parece que soy superficial y pretencioso?

–No, por supuesto que no. Yo pensé… pensé que…

–Pensaste que era un buen disfraz y que yo no me había dado cuenta de la realidad.

–Supongo.

Su padre se encogió de hombros y se levantó.

–A él le pasó lo mismo.

–Pero…

–Tracy, mi amor, tengo muchísimo trabajo.

Tiró de ella hacia la puerta.

–El caso es, papá, que si mintió antes, bien podría mentir ahora.

–Pues claro –se inclinó y le dio un beso en la punta de la nariz–. También podría irrumpir aquí y hacernos salir con una granada de mano, pero no pienso empezar a construirme un búnker por esa razón.

–Papá…

Derek Richards la empujó con suavidad por la puerta.

–Y mientras intentas dilucidar por qué necesitas con tanta desesperación detestarlo y desconfiar de él, tal vez quieras dedicar unos minutos a pensar también por qué te ruborizas cada vez que se menciona su nombre.

Le guiñó un ojo y cerró la puerta. Tracy suspiró con resignación. Había perdido la batalla, pero aún le quedaba por ganar la guerra. Lo intentaría más tarde.

Entró en su despacho, y Mia colgó en ese momento.

–Hola Tracy, aquí tienes tu café.

–No tienes por qué prepararme café, Mia –dijo Tracy mientras aceptaba la taza de su secretaria–. ¿Qué tal tu cita?

–¿Ah, con Frank? –Mia se encogió de hombros–. Es majo, pero no es el hombre de mi vida.

–Siempre dices eso.

–Porque siempre lo sé.

–¿Cómo?

–Cuando encuentre al hombre de mi vida, lo sabré. Solo tendré que mirarlo a los ojos y estará ahí. Te lo digo, esté donde esté, me voy a lanzar a sus brazos y a decirle: «sí, quiero».

Tracy estuvo a punto de atragantarse.

–¿Y si no te lo pide?

Mia suspiró con aire romántico.

–Oh, lo hará.

–¿Y si estuviera casado?

–Eso no es posible –Mia sacudió la cabeza con énfasis–. No lo estará. Porque me está esperando, igual que yo a él. Solo es una cuestión de tiempo.

–Y si… –Tracy se aclaró la voz e intentó aparentar naturalidad–. ¿Y si acaba decepcionándote? ¿Y si, por ejemplo, tus valores y los suyos son totalmente distintos?

Mia la miró como si Tracy estuviera chalada.

–Eso jamás ocurriría. Solo hay tres cosas que necesitas saber. Una, lo miras a los ojos la primera vez y lo ves ahí.

–¿Ahí?

–Sí. Dos, después de conocerlo no puedes dejar de pensar en él.

Tracy tragó saliva y se afanó en quitarse unas motas inexistentes del traje.

–¿Y tres?

–El punto tres es el factor decisivo –Mia se inclinó hacia delante y miró con cuidado a su alrededor–. Haces cosas que nunca sabías que quisieras hacer hasta que lo conociste. Es como si descubrieras una parte nueva de ti misma.

Tracy se quedó sobrecogida.

–¿Cómo sabes todo esto cuando nunca te ha pasado?

–Lo sé. Confía en mí. Así es como pasa. Y cuando pasa, es mejor no darle la espalda, porque es la única oportunidad que tienes de vivir el amor verdadero.

Tracy ahogó una risotada.

–Basta. Me voy de aquí. Tráeme la carta de Graham cuando esté lista.

Se sentó a su mesa, metió el bolso en un cajón, sacó unos papeles y los puso sobre su escritorio. Tenía que revisarlos y firmar.

La única oportunidad de amar. ¡Ja! Qué tontería pensar que una podía

construir toda una vida en base a un momento de atracción.

Una locura. Tracy no era una soñadora como su secretaria, sino una mujer con los pies en la tierra, digna de confianza, y no iba a dejar que sus hormonas variaran lo que en realidad era y lo que quería de la vida, fuera lo que fuera.

Leyó y firmó los papeles, y los colocó sobre otro montón.

En ese momento el teléfono sonó, sacándola de su ensimismamiento. Intentó ahogar la sensación… No era él. La noche anterior ella había dicho que lo llamaría. Él no iba a hacerlo, no era él. De modo que ya podía calmarse y dejar de pensar en Paul Sanders de una vez.

Descolgó y contestó en tono firme.

–¿Tracy? –su voz profunda y aterciopelada le produjo un cosquilleo por todo el cuerpo.

Supo de pronto y sin ninguna duda que lo que él fuera a pedirle, ella lo haría. Porque la noche anterior, sentada junto a él en el sofá a la tenue luz de las lámparas, sofocada por el vino y el deseo, había inventado poesía erótica inspirándose en un tomate, lo cual no había sentido ganas de hacer hasta que lo había conocido a él. Y había sido como descubrir una parte de sí misma que no conocía.

Estaba condenada.

Capítulo Siete

–¿Listo para ir a comer?

Tracy asomó la cabeza por la puerta del despacho de su padre y sonrió de oreja a oreja, algo que sin duda él notaría e incluiría en su archivo mental de que Tracy amaba a Paul. Que pensara lo que quisiera. Ya adivinaría la verdad. En ese momento, lo único que podía era dar gracias a Dios porque su padre había sido invitado a esa comida. Ya era bastante agobiante el hecho de tener que sentarse en un elegante restaurante con Paul y hablar de tomates otra vez, cuando tanto él como ella solo podrían pensar en la última vez que habían hablado de tomates. De haber tenido que estar a solas con él, le habría dado un ataque.

Su padre, que estaba hablando por teléfono, cubrió el micrófono un momento.

–Lo siento, tendrás que ir sin mí.

Tracy se quedó helada.

–*¿Cómo?*

Él levantó la vista y arqueó las cejas.

–Una remesa de aguacates sin hueso ha sido retenida, y en Guajalote, Texas, los necesitan para un festival del guacamole. Estoy intentando desviar algo de nuestras plantaciones mejicanas. No me puedo marchar.

Tracy abrió la boca para protestar, pero la cerró inmediatamente. Cuanto más se quejara, más sospechoso e insistente se volvería su padre. De modo que se puso derecha y salió de su despacho. Estupendo.

Cuando llegó al coche se le había pasado un poco el enfado, y fue capaz de pensar con lógica y claridad.

Tal vez debería fingir que había tenido un accidente de coche de camino al restaurante.

O tal vez podría pedirle a Mia que la llamara a mitad de la comida por algo muy urgente.

Avanzó por la Avenida Kilbourn, sabiendo que no haría ninguna de esas cosas, pero disfrutando de todas maneras de la idea. Una cosa era cierta; si necesitaba hacerlo, le sería fácil fingirse indispuesta. Total, ya tenía el estómago revuelto. Se sentía tan fuera de lugar en restaurantes de lujo.

A sus padres siempre les habían encantado esos sitios y habían arrastrado a Tracy con ellos unas cuantas veces. Siempre pedían solomillo, que con la misma facilidad podrían haber comprado en el supermercado y habérselo cocinado ellos mismos. Un desperdicio de recursos humanos y de dinero.

Luego también estaba el tema de tener que mirar a los ojos a Paul Sanders durante más de una hora, conversando inteligentemente sobre los

productos de la empresa. Sin duda no sería capaz de probar bocado. Posiblemente ni siquiera sobreviviría.

Aparcó el coche a la vuelta de la esquina del restaurante y se quedó un momento sin moverse del asiento. Aquello era horrible, una agonía. Probablemente esa sería la peor hora de toda su…

La puerta del coche se abrió bruscamente, dándole un susto de muerte. Levantó la cabeza rápidamente y vio a Paul, con una mano sujetando la puerta abierta y la otra extendida hacia ella.

–¿Me permites?

Le sonrió. Tenía el cabello algo revuelto, como un niño travieso, los ojos vivos y luminosos, de un azul eléctrico, y a Tracy le dio un vuelco el corazón.

Qué guapo era. Y cuánto se alegraba de verlo.

Maldita sea.

Le devolvió la sonrisa en contra de su voluntad y le dio la mano para que la ayudara a salir, rezando para que no le temblaran las piernas al bajar. Pero él la agarró con fuerza, y gracias a Dios, ella ni se tambaleó ni se tropezó.

–¿Tu padre viene por separado?

Tracy cerró la puerta del coche, deseando no tener que decirle lo que le iba a decir.

–No. Mi padre no vendrá. Un cargamento de aguacates le ha tendido una emboscada y lo ha retenido.

–Entiendo –Paul esbozó una sonrisa muy sexy y ella se ruborizó de inmediato, como solía ocurrirle cada vez que estaba con él–. Entonces, estamos otra vez solos. Pero en un lugar como este eso no debería preocuparte en absoluto.

Paul abrió la puerta del restaurante y la invitó a pasar. Tracy aspiró hondo y entró, fijándose inmediatamente en los sofisticados comensales, en la recargada decoración, en los inmaculados manteles color de rosa, en las paredes del mismo tono.

¿Que no se preocupara? Para él era fácil decirlo. Aquel lugar era en esencia como él, lleno de vajillas ostentosas y comida de diseño sin sustancia alguna. Un gasto de dinero. ¿Acaso nunca había experimentado la alegría de saborear una estupenda hamburguesa con queso en Casa Nate?

Una vez acomodados junto a una pared, una camarera les llevó los menús. Tracy estudió la lista de platos, más nerviosa a cada momento que pasaba. En aquella lista no había nada normal ni reconocible. Miró de reojo hacia una de las mesas próximas, donde en ese momento dos camareros depositaban unas bandejas de comida como si fueran obras de arte.

«Socorro».

Se volvió a mirar a Paul, y vio que él la observaba con atención.

–¿Has visto algo que te guste? –le preguntó en tono afable.

–Todo tiene un aspecto… sorprendente –sonrió y se inclinó sobre el menú, intentando encontrar alguna combinación de sabores que le resultara familiar.

La camarera regresó para anunciarles las especialidades de la casa, como si pensara que el destino del universo dependiera de su recitación.

–Hoy el *chef* de Mathilde ha preparado rape cocinado a fuego lento en caldo vegetal, servido con una salsa de chalotas y champán, y con trufas negras de guarnición. También nos ofrece pechuga de pato poco hecha con *ravioli* de berenjena sobre un lecho de rodajas de tomate fresco perfumado con romero y olivas.

Paul le dio las gracias y pidió unos minutos más para mirar el menú. La camarera inclinó la cabeza con gesto solemne y se marchó.

–¿Me permites que pida por ti? –alzó una mano al ver que fruncía el ceño–. No porque no te crea capaz, sino porque vengo mucho aquí y sé qué es lo mejor. ¿Entiendes?

Tracy echó una última mirada al menú, se encogió de hombros y lo cerró. En resumidas cuentas, él sabía lo que hacía, mientras que ella no estaba en su salsa.

–De acuerdo.

–Bien –tomó su menú y lo colocó encima del suyo–. Ahora hablemos de los tomates de Siglo XXI.

–Muy bien –al menos podría mantener una conversación inteligente sobre ese tema, mientras que no tocaran conceptos como «desnudo» o «jugoso»–. Ponme al día sobre lo que tú tengas.

–Me reuní con Karen y Jim e hicimos una sesión de *brainstorming*. No tan… interesante como la nuestra, pero probablemente más productiva.

Su pícara sonrisa la hizo reír. Sin lugar a dudas Paul Sanders lo tenía todo: inteligencia, talento y un atractivo físico irresistible. ¿Entonces por qué no podía ser alguien a quien le gustara la granja? ¿Alguien que pudiera apreciar su belleza y sencillez, que pudiera experimentar una profunda satisfacción solo de ver una manzana roja en un árbol, o un perfecto lugar a la sombra donde echar una siesta en una calurosa tarde de verano?

Desdobló su servilleta y se la colocó sobre el regazo para ahuyentar una creciente sensación de decepción.

–¿Se os ha ocurrido algo?

–Unas cuantas ideas, sí. Trabajaremos más en ellas esta semana y veremos si podemos presentarlas en un formato que te guste. Pero ya te diré cuándo nos volveremos a encontrar. Podrás pasar cuando quieras.

–Gracias.

–Lo que sí decidimos fue que…

–¿Están listos para pedir? –la camarera estaba atenta, con la cabeza ladeada con serenidad hacia un lado.

–Sí –Paul abrió el menú–. La señorita tomará huevos de codorniz con crema de vodka y caviar y después ensalada con pato. Yo tomaré atún con salsa tártara y rape. Los dos tomaremos una copa de Loire Crémant con el primer plato, yo tomaré Meursault con el rape y ella una copa de Rioja del 94 con el pato.

Tracy pestañeó.

La camarera asintió y se marchó con rapidez sin anotar ni una sola palabra.

Tracy frunció el ceño.

–¿No debería haberme preguntado si quiero patatas fritas?

Paul sonrió y la miró con ojos risueños. Y esa mirada la hizo sentirse cálida, especial y blanda por dentro. Y Tracy sintió pánico porque de nuevo despertó en ella ese deseo apasionado, esa loca necesidad de llegar al límite, de que entre ellos ocurriera algo que jamás debería ocurrir.

La camarera llegó con el Loire Crémant, que resultó ser champán, justo a tiempo de evitar que Tracy hiciera algo de lo que luego se arrepentiría.

Paul brindó con ella y la observó mientras daba el primer sorbo. Tracy adoptó una expresión cortés, preparándose para recibir el sabor amargo de las marcas que compraba en el supermercado cuando celebraba alguna ocasión especial. En lugar de eso, un sabor ligero y suavemente especiado le hizo cosquillas con sus diminutas burbujas.

–Oh, Dios mío –se echó a reír de verdadero placer–. Es delicioso.

Él asintió, y a ella le dio la impresión de que estaba intentando por todos los medios no mostrarse suficiente. Inmediatamente Tracy controló su delicia.

–Me estabas hablando de tu encuentro con Karen y Jim.

–Sí. Queríamos cambiar el nombre. Tomates Siglo XXI no resulta… lo suficientemente sexy.

–¿Los tomates tienen que ser sexys? –preguntó, intentando evitar el calor que subía por las mejillas.

No podía oír la palabra «sexy» y la palabra «tomates» sin pensar en aquella noche en casa de Paul.

Él la miró mientras daba otro sorbo.

–En publicidad todo debe ser sexy, lo cual no es lo mismo que sexual. Aunque eso no hace daño.

–No –dio un trago del líquido burbujeante, sintiendo ya calor por todo el cuerpo–. El sexo nunca hace daño.

Él dejó la copa sobre la mesa.

–¿Es un hecho o tu filosofía?

Ella fijó la vista en su plato.

–Hablaba de publicidad.

–Publicidad. Entiendo.

–¿Qué nombre queréis ponerle?

–No lo hemos decidido –dijo en tono bajo–. Pero creo que debe haber algunos cambios, Tracy. Las cosas no pueden seguir como hasta ahora.

Tracy tragó saliva. Oh, santo cielo..

–¿Estás hablando de la publicidad?

–¿No es eso de lo que hablamos siempre?

–Pues… claro, claro –esbozó una débil sonrisa, atrapada en una red de deseo que parecía envolverlos cada vez que estaban juntos–. Pero podría ser…

La camarera le colocó un plato delante y Tracy olvidó lo que fuera a decir. Colocados sobre el plato en diminutas hueveras de plata, había tres pequeños huevos moteados. La mitad superior había sido retirada y el borde era de nata montada. Unas relucientes bolitas de caviar gris perla adornaban la nata.

¿Qué diablos iba a hacer con eso? Echó un vistazo a los finos filetes de atún sobre el plato de Paul y decidió que ella no había salido tan mal parada.
De acuerdo. Podría hacerlo.
Agarró la diminuta cuchara de mango largo y la metió en uno de los huevos, consciente de que él la estaba mirando. De algún modo consiguió abarcar un poco de huevo suavemente cocido, un poco de nata y algo de caviar, sin verterlo todo sobre el plato.
Aspiró hondo y se lo metió en la boca.
Una exquisita mezcla de distintos sabores, texturas y temperaturas se deshizo sobre su lengua. El huevo cálido y sustancioso, la nata fresca y con un toque fuerte de vodka, y las explosiones saladas del sabor más delicado y refrescante de un producto del mar.
Glorioso. Absolutamente glorioso.
Alzó la vista y vio que Paul la miraba. Estaba intentando no aparentar suficiencia, pero no lo estaba consiguiendo.
–¿Bueno?
Ella asintió.
–Prueba esto.
El atún de Paul estaba delicioso, tierno y dulce, en absoluto fuerte, con un toque a mostaza de una de las salsas y otro golpe a jengibre de otra.
También glorioso.
La camarera se acercó y adoptó la acostumbrada gravedad.
–¿Desean los señores algo más?
Tracy levantó un dedo.
–¿Ketchup?
–Ketchup –repitió en tono sereno.
–Estaba de broma –Tracy señaló su plato–. Esto está delicioso.
–¡Uf! –la camarera se relajó y se echó a reír–. No sé cuándo alguien está bromeando. Le sorprenderían las cosas que nos piden aquí.
Se marchó, aún riendo.
Tracy se terminó los huevos y apuró su copa, sintiéndose como la granjera que era.
–No desentonas en absoluto en un lugar como este, sabes.
Ella levantó la cabeza.
–¿Cómo dices?
Paul se inclinó hacia delante.
–Que no desentonas aquí. De modo que deja de intentar convencerte a ti misma de que es así.
–Eres *tú* el que estás hecho para este lugar. Yo estoy más a gusto en Casa Nate, en el centro.
–¿Por qué?
–Porque allí me siento como en mi casa. Las hamburguesas son estupendas, la gente me conoce…
–La comida de aquí es estupenda, y si vienes a menudo la gente te conocerá.
Ella lo miró con rabia. Una vez más, Paul Sanders se negaba a entender.
–¿Has estado alguna vez en Casa Nate?

–No.
–Entonces me callo.
–Pues llévame allí.
–¿Cómo?
Se echó a reír a carcajadas al imaginárselo sentado en el restaurante grasiento; pero al verlo serio dejó de reírse.
–Llévame allí. Quiero ver con mis propios ojos lo que tú dices.
–No te gustará.
–¿Por qué no?
Ella gesticuló con las manos.
–Allí solo hay hamburguesas.
Se recostó sobre el respaldo de la silla y suspiró largamente, como si estuviera intentando no perder los nervios.
–¿Qué te hace pensar que no me gustan las hamburguesas?
–Tal vez te gusten. Pero será de las que salen de vacas criadas con la lectura de poesía y masajes en ayunas.
Él se volvió a mirar a la pared y maldijo entre dientes.
–Tracy, estás provocando en mí una serie de necesidades peligrosas.
Su voz profunda le dio a sus palabras una cualidad oscura y sugerente. Tracy aspiró con rapidez. El deseo se agolpó en su interior; un deseo potente y caliente, alimentado por las palabras de Paul y por el champán que había tomado. Estaba ocurriendo otra vez y ella deseaba que así fuera. Una extraña sensación se apoderó de Tracy, como si estuviera observando a otra persona, a una mujer que tenía el descaro de ir más allá.
–¿Qué clase de necesidades peligrosas? –preguntó en tono ronco y sensual.
Tracy se estremeció ante su atrevimiento. ¿Qué diablos estaba haciendo? Ella no era así; resultaba tan emocionante.
Él la miró con una intensidad que la hizo estremecerse y que la encendió al mismo tiempo.
–Otra vez no nos estamos comportando como debiéramos.
–Lo siento.
Pero en realidad no lo sentía.
–Yo no. Y no creo que tú lo sientas tampoco.
–No –sacudió la cabeza–. Pero debería sentirlo.
–A lo mejor deberías pensar menos en lo que deberías ser y más en lo que de verdad deseas.
–Tú lo crees.
–Sí –se inclinó hacia delante hasta que el restaurante se convirtió en una nebulosa a sus espaldas–. Te hablaré de mis necesidades peligrosas, si me dices lo que de verdad quieres, Tracy.
A él. O Cielos, lo deseaba a él. Cruzó las piernas y apretó los muslos con fuerza.
Consiguió esbozar una sonrisa de disculpa.
–Tal vez deberíamos volver a hablar de negocios.
–Tal vez deberíamos hablar sobre lo que está pasando entre nosotros para que ese tema no desvíe nuestra atención a cada momento.
Tracy entrelazó los dedos y le echó una mirada pícara.

–Tú primero.
–De acuerdo –se aclaró la voz–. Pensé que dándome cuenta de que me sentía atraído por ti sería suficiente para que se me pasara. Aparentemente estaba equivocado.
La camarera apareció y se llevó sus platos. Tracy arqueó las cejas.
–¿Y bien?
–De modo que estoy pensando… –extendió el brazo y le tomó la mano con suavidad, deslizándole un dedo por la palma–. Si apartarme de ti no funciona, tal vez lo haga otra cosa.
–¿Como qué? –preguntó Tracy casi sin aliento.
Él continuó trazando un círculo en la palma de su mano, con una suave sonrisa en los labios y mirándola con fogosidad.
–No estamos hechos exactamente… el uno para el otro –añadió Tracy.
–No te estoy pidiendo que te cases conmigo.
Sin saber por qué, su comentario le molestó.
–Quieres decir que quieres… que estemos juntos. Relajar la tensión. Rascarte algo que te pica para que se te quite.
Él hizo una mueca.
–Vaya, qué palabras más románticas. Yo lo veo como una tormenta. La presión aumenta, también lo hace la humedad hasta que no puedes moverte, entonces estalla una violenta tormenta y después todo queda en paz, fresco y en calma.
–No puedo, Paul –dijo, y enseguida se arrepintió–. Yo no soy así.
–¿Lo has intentado alguna vez?
Tracy sacudió la cabeza. El suicidio emocional no era la idea que tenía de pasar un buen rato.
–Así no. Y, además, estás asumiendo que quiero intentarlo.
–¿Y no es así? –su sonrisa dio paso a una mirada que chorreaba sensualidad; por debajo de la mesa, le atrapó las piernas con las suyas–. ¿Conmigo? ¿Tanto como yo contigo?
Por una parte, era lo que más deseaba del mundo; pero por otra… Si se acostaba con él entonces se enamoraría de él, y Paul Sanders era el hombre menos apropiado para ella, de eso estaba segura.
–Aquí tienen.
La camarera llegó con los segundos platos, cubiertos con sendas tapas de plata. Otro camarero se colocó detrás de Paul y, tras hacerse alguna señal, ambos levantaron las tapaderas al mismo tiempo y se marcharon.
Tracy miró el plato impresionada, agradeciendo mentalmente la interrupción.
–¿Tenemos que aplaudir?
–Tracy –le apretó la pierna entre las suyas–. Prométeme que considerarás mi… oferta de fusión.
Ella se echó a reír.
–De acuerdo. La tendré en cuenta.
–Bien –relajó la pierna–. Comamos. Y tal vez incluso podamos hablar un poco de negocios en nuestra comida de negocios.
–Es un trato.
Terminaron de comer, abandonando cualquier pretensión que tuvieran

de hablar de negocios, y después se marcharon. Paul la acompañó al coche.

–Bueno, te tomo la palabra con lo de la cita en Casa Nate.

–¿He dicho yo que fuera a ser una cita?

–No, lo he dicho yo.

–Paul, no creo que…

–Tracy, sabes que hemos pasado una hora y media en ese restaurante y que solo hemos conseguido hablar de negocios durante más o menos tres minutos.

–Sí –susurró–. Pero eso es porque…

–Hasta ahora he hecho todas las cosas más sensatas. Me he dicho a mí mismo que eres una cliente y que no puedo implicarme en nada contigo; me he dicho a mí mismo todo lo posible, pero el hecho es que cuando estoy contigo lo que menos me interesa es el negocio, y creo que a ti te pasa lo mismo.

–Sí –levantó la voz–. Excepto que yo…

–Así que si no te importa, iré contigo a Casa Nate, y me gustaría que fuera una cita, y no quiero hablar de nada que tenga que ver con tomates, excepto los que te pongan en la hamburguesa, y quiero que contemples la posibilidad de venirte después a casa conmigo. ¿Podrías hacerlo?

–Sí. Ya te lo he dicho. Ahora, me gustaría que me dejaras…

–Una cosa más.

Se acercó un poco más, se inclinó hacia delante y le dio un beso largo y ardiente en la boca, tal y como los que soñaba y practicaba de niña con la almohada, pero que ningún hombre había conseguido dárselo exactamente bien.

Paul lo hizo de maravilla. Mejor todavía.

Lo malo fue que terminó demasiado pronto.

–Llámame cuando estés lista para ir a Casa Nate, ¿vale?

La besó de nuevo brevemente y se marchó, mientras ella se quedaba allí, a la sombra del álamo, junto a su coche, observándolo hasta que desapareció a la vuelta de la esquina.

¿Condenada? ¿Había pensado que estaba condenada? Condenada era poco.

Capítulo Ocho

Tracy entró flotando en el 330 de la Avenida Kilbourn, subió en el ascensor hasta las oficinas de Siglo XXI en el piso noveno, y entró en su despacho, nada sorprendida de que Mia no hubiera vuelto de almorzar.

Paul la deseaba. Y podría tenerlo. No se permitió a sí misma ponerse a pensar en que probablemente sería una mala idea hasta que no se reuniera esa noche con las chicas. Entonces podría enfrentarse a la realidad. En ese momento estaba demasiado ocupada flotando, reviviendo la firme posesión de sus labios, el sensual aroma de su loción, la cálida fuerza de su cuerpo.

Fue a la mesa de Mia a ver el correo.

–Hola.

Levantó la cabeza y vio a uno de los hombres más corpulentos que había visto en su vida a la puerta de su despacho. Debía medir más de metro noventa y era grande y fornido, moreno y guapo.

–Soy Dave. Y tú eres… –miró la placa con el nombre que había sobre la mesa–. Mia Templeton.

–En realidad soy…

–Mia –dijo con voz profunda y sensual–. Tu nombre despierta el sentido de posesividad, evoca algo tan íntimo…

¡Santo cielo, aquel hombre debía tenerlas a sus pies!

–Me preguntaba, Mia, si podrías decirme dónde puedo encontrar a la adorable Tracy Richards.

–Aquí mismo.

Él pestañeó.

–¿Tú?

Ella asintió y se echó a reír.

–¿En qué puedo ayudarte?

–Creo que conoces a mi mejor amigo, Paul Sanders.

Tracy recibió la noticia con sorpresa, y a punto estuvo de atragantarse.

–Tranquila, tranquila –le dio unas palmadas en la espalda–. Si algo te pasara me sentiría responsable.

–¿Por qué… has venido? –dijo, después de tomar aire.

Él avanzó hasta la pared y examinó las acuarelas que Tracy había elegido para decorar su despacho.

–Quiero invitarte a cenar mañana.

Tracy levantó la cabeza.

–¿Que quieres invitarme a cenar?

–Sí. Como Paul está enamorado de ti, yo supuse…

–*¿Qué?* –Tracy se llevó la mano al pecho–. *¿Él* te ha dicho eso?

–Ah, no –negó con el índice–. Él aún ni siquiera lo sabe. Solo yo.

Tracy se dejó caer en la silla de Mia con tanto ímpetu que el asiento se deslizó hasta la pared.

–¿Y qué tiene que ver que Paul… ? ¿Por qué quieres llevarme a cenar?

–Por dos razones –se aclaró la voz–. Una, tengo cierta… fama con las mujeres.

Eso no resultaba difícil de creer.

–Ah…

Él se encogió de hombros.

–Cuando llegue la mujer de mis sueños seré más que fiel. ¿Pero hasta ese momento, para qué molestarme? Hay que vivir, es lo que digo yo. ¿Me entiendes?

–Esto… claro –pero solo porque ella no estuviera por ahí acostándose con todos no quería decir que no estuviera viviendo–. ¿Pero eso qué tiene que ver con… ?

–Supongo que como Paul insiste en que no significas nada para él, entonces no le importará si yo te invito a cenar, ¿entiendes? –le guiñó un ojo–. Pero a mí no me engaña. Como sé que significas mucho para él, una vez que se enfrente al hecho de que alguien como yo, que en general tengo… éxito con las mujeres, disfrute de una velada en compañía tuya, se verá obligado a reconocer el profundo amor que siente por ti.

–Claro –dijo, aunque aquello no tuviera sentido.

–Sé que se pondrá tremendamente celoso.

–Yo… entiendo.

Se agarró al escritorio de Mia y empezó a mirar el correo. Tal vez Dave fuera un encanto, pero también era una persona manipuladora. Dudaba mucho de que Paul apreciara aquel tipo de ayuda en su… vida sentimental.

–¿Y la segunda razón?

–La segunda razón es que pienso que aún no has visto a Paul Sanders tal y como es. Creo que él te ha ocultado temporalmente parte de su persona. Y me gustaría compartirlo contigo. Deberías saber quién es en realidad.

–Ah.

No le hacía mucha gracia eso de ponerlo celoso, pero el ver la sincera preocupación en el rostro de Dave cuando hablaba de su amigo hizo que el resto de la idea le pareciera mucho más atractiva. ¿A quién no le gustaría conocer la visión particular de una persona sobre alguien tan complicado como Paul Sanders? Tal vez Dave podría ayudarla a saber por dónde iban los tiros con Paul.

–Y tercera razón…

Ella frunció el ceño.

–Pensé que solo había dos.

–La tercera no hay ni que decirla. Eres preciosa y quiero invitarte a cenar. Y cuarta…

–*¿Cuarta?*

Él volvió a dedicarle una de sus encantadoras sonrisas.

–Tengo antojos.

Tracy se quedó perpleja.

–¿Antojos?

–Sí, serios antojos. De carne. Carne picada. Y solo hay un sitio en esta ciudad donde ir cuando uno tiene antojo de hamburguesa –le guiñó un ojo y se inclinó hacia delante, como quien va a compartir un secreto.

Ella sonrió mientras contemplaba su rostro apuesto y relajado y abrió la boca, segura de que iban a decir lo mismo al mismo tiempo.

–Casa Nate.

–Así que acepté la invitación –Tracy se encogió de hombros y dio un sorbo de agua.

Su alegría de la tarde había desembocado en dolor de cabeza e incertidumbre. ¿Debería ir a Casa Nate con Dave? ¿O debería ir con Paul? ¿Debería hablar con Dave? ¿Acostarse con Paul? ¿Sí? ¿No?

Todo aquello era ridículo.

Allegra, Cynthia y Missy la miraron, sentadas las cuatro a una mesa en Louise's.

–Deja que me aclare –Cynthia se inclinó hacia delante y entrelazó las manos–. ¿Vas a salir con este tal Dave para darle celos a Paul?

–No creo que eso sea bueno –Missy frunció el ceño con preocupación–. Esas cosas siempre se le vuelven a una en contra.

–No, no, no –Tracy levantó ambas manos–. No voy a *salir* con él. Solo voy a… salir con él. Lo de los celos fue cosa suya. Desde luego yo no pienso que eso vaya a funcionar.

–¡Ja! –Cynthia dio una palmada sobre la mesa–. Entonces no conoces a los hombres. Son muy posesivos. Incluso aunque no te quieran para nada, desde luego tampoco quieren que su mejor amigo pueda tenerte. Y sabemos con seguridad que Paul te desea. Confía en mí, se volverá loco.

–Dave no me va a tener. Quiere decirme algo sobre Paul y yo… creo que tal vez quiera oírlo –aspiró hondo para evitar las lágrimas que amenazaban con salir.

No sabía cuándo, pero había decidido darle a Paul una oportunidad, y le producía tal desazón que le entraban ganas de llorar cada vez que se mencionaba su nombre.

Tal vez Dave tuviera razón y ella y Paul pudieran encontrar algo en común. Después de todo, ambos provenían de una casa humilde, ambos se habían hecho ricos de mayores. Y lo cierto era que le habían encantado los huevos de codorniz.

–No me gusta –Allegra sacudió la cabeza–. ¿Por qué no vas al origen? Si quieres saber acerca de Paul, entonces pregúntale a Paul.

Tracy puso los ojos en blanco.

–¿Preguntarle el qué? Caramba, Paul, me da la impresión de que todo lo que me has contado es una sarta de mentiras. ¿Te importaría revelarme tu verdadera naturaleza?

–Vaya –Allegra arrugó la nariz–. Entiendo lo que quieres decir.

–Aun así, yo creo que deberías decirle que sabes que se estaba haciendo pasar por Dan en la playa. Sobre todo si él… –Missy se aclaró la voz– parece querer… esto.

Tracy se miró las manos.
–Sigo pensando que él debe confesármelo por voluntad propia, que no debo forzarlo a ello. Tal vez después de hablar con Dave, eso cobre algún sentido.
–Vaya, vaya –Cynthia arqueó las cejas–. Siento un cambio de parecer en progreso.
–Creo que tal vez sientas ya algo distinto por él –Allegra le tomó la mano y se la apretó, y Missy asintió.
Oh no. Esa vez Tracy no pudo aguantarse las lágrimas, que le rodaron por las mejillas y le cayeron sobre la servilleta que tenía en el regazo. Las primera tímidas lágrimas se convirtieron en una especie de catarata.
Las chicas sacaron inmediatamente pañuelos de papel y se los pasaron. Tracy se sonó la nariz y se limpió los ojos.
–Dios mío, estoy tonta por ese hombre. ¿Qué me está pasando?
–Estás enamorada –Missy la miró con una expresión empalagosa que la hizo estremecerse, solo que no supo si era de miedo o de emoción. O de ambas cosas.
–Vamos, Missy. ¿Cómo puedo estar enamorada? Apenas conozco a ese hombre y no respeto ni su estilo de vida ni lo que le gusta –dijo con convicción–. ¿Os lo imagináis disfrutando de la vida en la granja?
–Bueno, hace un rato estabas diciendo que tal vez tuvierais cosas en común –comentó Cynthia–. Y en cuanto a la granja… –Cynthia alzó la vista con impaciencia.
–¿Qué pasa con la granja?
–La granja es un sitio agradable, Tracy, pero no es el paraíso que tú quieres creer.
Tracy se puso alerta.
–Tal vez no para ti. Yo era muchísimo más feliz allí. Si mi padre no me necesitara, volvería al instante.
–Podrías también ser feliz aquí, solo que no te lo permites.
–Cynthia –Allegra le puso una mano en el hombro, como queriéndole decir que no se pasara.
Cynthia se recostó sobre el respaldo de la silla.
–Lo sé, lo sé, cerraré la boca. Lo siento. A veces yo también pienso que todo era más fácil en Carolina del Norte y lo echó mucho de menos. Pero desde luego no quiero volver a esa vida. Sobre todo después del trabajo que me ha costado llegar tan lejos.
Tracy sonrió a su amiga y sintió lástima por ella. Cynthia había trabajado mucho, sin duda alguna. Tanto que aún sentía la necesidad de renegar de sus orígenes.
–¿Cómo te sientes cuando estás con él? –Allegra exprimió un poco de lima en el agua con gas.
Tracy se quedó pensativa un momento y seguidamente soltó una risilla histérica.
–Caliente.
Cynthia se echó a reír.
–Esta es mi chica.
–Pero caliente no es enamorada –protestó Tracy–. Solo es… caliente.

–¿Qué más? Sin duda sentirás algo más –Allegra dejó caer la rodaja de lima en su vaso–. Busca dentro de ti.

–Bueno, es gracioso y encantador. Y en el restaurante, cuando vio que el menú me intimidaba un poco, pidió por mí. Eso fue un buen detalle por su parte.

–¿Te sientes distinta cuando estás con él? ¿Más tú misma? –Allegra se encogió de hombros–. ¿O como si fueras otra persona?

Tracy tragó saliva y suspiró largamente.

–En el restaurante, al final, no me sentí tan fuera de lugar. Supongo que eso es verdad. Y…

–¿Y qué? –preguntaron las otras tres al mismo tiempo.

–Me sentí… más atrevida.

–¿En qué sentido? –preguntó Cynthia.

–Bueno… sexualmente. Quiero decir, dije cosas como…, como si fuera otra persona.

Missy se tapó los oídos.

–No creo que quiera escuchar lo que vas a decir.

Cynthia le retiró las manos de los oídos.

–Pues claro que quieres.

–¿No lo ves? –Allegra le dio unas palmadas a Tracy en el brazo–. Con él te sientes segura. Puedes mostrar partes de ti misma que nadie más ha visto.

–¿Sabes una cosa, Tracy? Incluso yo estoy convencida de ello. Estás colada por este tío. Y serías una tonta si no fueras a por él.

–Espera un momento, no vayamos tan aprisa –dijo Missy–. Esa es la precisa razón por la que no debería ir por él. Podría sufrir. Los hombres no ven el sexo igual que nosotras.

–Habla por ti –Cynthia guiñó un ojo–. Pase lo que pase, al menos se lo pasará fenomenal en la cama, y si no funciona, llorará unos días y ya está. Pero si su mejor amigo piensa que Paul está enamorado de ella, entonces hay posibilidad de que lo esté. Yo te animo a que hables con su mejor amigo primero. Después llama a Paul, come con él unas hamburguesas en Casa Nate y llévatelo a casa. Después no te olvides de llamarnos por la mañana y de contarnos todo lo bueno que te ha pasado.

Allegra levantó un dedo.

–Pero yo estoy de acuerdo con Missy, necesitas primero dejar claro lo de la playa antes de…

–Estoy de acuerdo, Allegra.

Tracy miró a sus amigas. Había ido a que la aconsejaran y había conseguido eso precisamente. Y por la emoción que escondían sus protestas, le habían dicho exactamente lo que ella quería escuchar. ¿Acaso no estaba deseando ser presa de aquella adictiva emoción que sentía estando con él? Sí, tal vez sufriera, pero tal vez Dave supiera algo acerca de los verdaderos sentimientos de Paul. Tal vez estando con él descubriera que…

Tracy frunció el ceño. Al cuerno con los razonamientos. Al cuerno con las justificaciones. Al final todo se reducía a que deseaba acostarse con Paul Sanders más que lo contrario.

Iría a cenar con Dave, averiguaría lo que este tenía que decirle, y entonces llamaría a Paul… y por una vez en su vida, haría lo que le había dicho Cynthia. Iría por ello.

Paul entró en su apartamento, con las manos llenas de carpetas, la americana echada sobre un hombro y el correo entre los dientes. Qué día más horrible. Las siete y media y aún no había cenado.

Cerró la puerta con el pie e inmediatamente percibió el olor a líquido limpiador. La señora de la limpieza debía de haber estado allí ese día y el apartamento estaba inmaculado.

Por un momento se imaginó la casa oliendo a algo que hubiera preparado Tracy. Se la imaginó en casa, recibiéndolo con un beso y preguntándole qué tal le había ido el día.

Sacudió la cabeza y cambió de fantasía. Tracy lo saludaba con un diminuto conjunto de encaje negro bajo una bata blanca trasparente.

No. Totalmente desnuda y tumbada en su cama, con el cabello oscuro contrastando con los almohadones de algodón blancos y los rizos oscuros contrastando con la pálida piel de los muslos.

Cerró los ojos y dejó las carpetas sobre la mesa de la cocina para poder colocarse los pantalones. Desde luego esa mujer lo estaba volviendo loco. Incluso durante uno de sus días más ocupados, no pasaba más de veinte minutos sin pensar en ella y en si aceptaría o no su oferta. No contestaba a una sola llamada telefónica sin esperar que fuera ella.

Presionó el botón del contestador y abrió la nevera. Desgraciadamente estaba casi vacía.

–Hola, Paul –resonó la voz de Dave–. No me devolviste la llamada.

Paul hizo una mueca y retiró una bandeja de endibias. Lo había intentado una vez, pero luego se le había complicado el día.

–¿Recuerdas que me dijiste que no te interesaba Tracy?

Paul se puso derecho y se volvió a mirar hacia el contestador.

–Bueno, quería decírtelo primero, pero como tú no me llamaste. En cualquier caso, me pasé ayer por su despacho y la conocí –Dave soltó un silbido de admiración–. Qué chica.

Paul avanzó hacia el contestador.

–Quería habértelo comentado primero, pero fue muy rápido. La voy a llevar a cenar esta noche. A Casa Nate.

¡A Casa Nate! Paul se encogió, como si Dave le hubiera dado una patada en el estómago.

–Solo quería que lo supieras. Nos vemos, tío.

La máquina pitó y se desconectó. Paul se agarró la cabeza con las dos manos. Dave solo quería ponerle celoso.

Empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación. Debía ser razonable. Esa noche no iba a pasar nada. Dave era demasiado buen amigo y demasiado honorable como para aprovecharse de la situación. Llevaría a Tracy a cenar, charlarían, y Dave estaría pendiente de la puerta por si aparecía Paul, el troglodita, y la cosa acabaría ahí. Por mucho que a Dave le gustaran las mujeres, esa vez se controlaría. Lo haría por el bien de

Paul.

Seguramente en ese momento Dave estaba haciéndola reír, haciendo que pasara un buen rato. Dave era un tipo gracioso. Encantador. Irresistible.

Movió la mandíbula, que sin saber por qué se le había quedado como anquilosada. ¡Bien! Tracy necesitaba ser feliz más a menudo. Le gustaría hacerla feliz todo el tiempo, y que su mirada estuviera tan viva como cuando lo había provocado en Chez Mathilde, cuando le había dicho aquellas cosas algo subidas de tono, con las mejillas sonrosadas y casi sin aliento.

En ese momento el corazón le dio un vuelco y se sintió presa de una fuerte excitación. Sus sentimientos hacia Tracy no eran ni platónicos ni fáciles de controlar. En ese momento decidió que la quería en su cama y que al cuerno con las consecuencias.

Se dijo a sí mismo que debía relajarse. Ella no experimentaría las mismas sensaciones con Dave. Solo porque Dave hubiera elegido su restaurante favorito, donde estaría como en casa, no quería decir nada. Él había intentado impresionarla con su clase sin pensar en su comodidad. Mientras que Dave… Dave conocía la maldita hamburguesería.

Paul fue a grandes zancadas a su dormitorio, se quitó la camisa Thomas Pink y la tiró sobre la cama. Estupendo. La pequeña maniobra de Dave había funcionado. Paul estaba que echaba humo.

Se quitó los pantalones del traje, abrió un cajón de la cómoda y sacó unos tejanos y una camiseta con el logotipo de Attitude. ¿Tracy quería ir a Nate? Bien. Allí estaría. Pero no con Dave; al infierno con él.

Se puso unos calcetines de deporte y las botas de campo. Iba a pasar la velada en Casa Nate con *él*. Paul comería sus queridas hamburguesas, la llevaría a su apartamento y empezarían con ella desde cero.

Le hablaría de la charada de Dan, y disfrutaría de aquella apasionada atracción tal y como debería haber hecho esa primera noche en la playa de Fish Creek.

Capítulo Nueve

Paul aparcó junto a la acera a una manzana de Casa Nate, salió y cerró la puerta de un portazo.

–Bonito coche –dijo una voz a sus espaldas.

Paul se dio la vuelta con tranquilidad. Sentados en unos escalones de cemento, había un grupo de adolescentes de todos los colores. Paul sintió nostalgia. ¿Cuántas veces se había sentado él con sus amigos en noches de verano como aquella, ideando formas de meterse en nuevos líos?

–Gracias –se volvió a mirar su preciada posesión, su Lexus ES300 dorado, y de pronto lo vio a través de los ojos de los chavales. Recargado. Pretencioso.

Cerró el coche con su mando a distancia y echó a andar hacia la hamburguesería, diciéndose a sí mismo que no le importara lo que pudiera pensar un puñado de adolescentes. Porque ninguno de ellos sabía que él se había criado como ellos. Probablemente asumirían que llevaba conduciendo un coche como aquel desde que se había sacado el permiso de conducir. Algunos tal vez lo envidiaran; otros quizás lo despreciaran; otros las dos cosas.

Llegó a Casa Nate y empujó la puerta con ímpetu. El conocido olor a grasa frita le invadió las fosas nasales a los pocos segundos. Intentó ignorar el ruido, el olor y la sensación de mal gusto del sitio. De no haber estado tan hambriento ni tan de mal humor, se hubiera llevado a Tracy al Bistrot Lake Park a comer algo decente.

¿Dónde estaba?

Oyó la risa de Tracy y se volvió en el momento en que ella se inclinaba hacia delante, muerta de risa, mientras metía la mano en un paquete de patatas fritas. Al verla sintió algo en el pecho, una sensación de ligereza. Tracy iluminaba el local, como si fuera una reina, o una estrella del cine. ¿Por qué se empeñaba en decir que pertenecía a lugares como ese? Su estilo y su dulce vulnerabilidad no encajaban en absoluto en un lugar como aquel.

–Vaya, mira quién está aquí –se oyó decir a Dave en tono de suficiencia.

Tracy se volvió y se quedó con una patata a medio camino hacia la boca. Entones lo miró de arriba abajo, intentando asimilar que no iba vestido de Armani o algo por el estilo. Paul fue hacia la mesa y se sentó junto a ella en el asiento amarillento, incapaz de dejar de sonreír.

–Hola, Tracy –dijo en voz tan baja e íntima como pudo, y se alegró al ver que ella se sonrojaba y se balanceaba ligeramente hacia él.

No había caído bajo el hechizo de Dave. Paul podría haberse quedado en casa, sin duda, pero lo cierto era que no pensaba que hubiera podido

resistirse.

–Pero *qué* coincidencia encontrarnos aquí, ¿verdad? Y además estábamos hablando de ti.

–¿Ah, sí?

Colocó el brazo sobre el respaldo del asiento de Tracy e hizo una mueca al palpar algo frío y pegajoso.

–¿Puedes creerlo? –Dave sacudió la cabeza–. Una mujer sale conmigo y solo quiere hablar de ti. Debo de estar volviéndome loco.

Tracy se retorció las manos, que descansaban sobre su regazo. Entonces se atrevió a mirar a Paul, cada vez más sonrojada, y él vio que tenía los ojos brillantes y que lo miraba con provocación. Sin pensarlo, Paul se acercó un poco más a ella; Tracy se volvió y él le dio un beso. Se retiró con la intención de sonreír, pero una sensación solemne y callada se apoderó de él, y lo único que pudo hacer fue mirar aquellos ojazos color marrón como un tonto enamorado, sintiéndose turbado y sobrecogido.

Santo cielo.

–Buenoooo, me doy cuenta de cuándo sobro. Tracy, ha sido un placer –Dave salió del asiento, se tocó un sombrero imaginario y le guiñó un ojo–. No seas demasiado dura con este hombre. Nos vemos.

Dave salió del local tremendamente satisfecho, y Paul se echó a reír mientras sacudía la cabeza.

–¿Qué te hace tanta gracia?

–Dave –le retiró el pelo de la frente–. Te trajo aquí para darme celos.

–¿Eso fue lo que te dijo? –Tracy lo miró horrorizada.

–A veces Dave hace cosas extrañas–se encogió de hombros–. ¿Por eso has venido tú? ¿Para darme celos?

Paul esperó su respuesta, sin estar seguro de lo que quería oír. No le gustaban las mujeres que manipulaban, pero al mismo tiempo tampoco le hacía gracia la idea de que ella aceptara con tanta facilidad una invitación de otro hombre.

–No –Tracy sacudió la cabeza–. Vine porque me dijo que quería hablarme de ti.

–Entiendo –dijo, disimulando tanto el alivio como el repentino recelo en su voz–. ¿Y no podías haberme preguntado a mí lo que quisieras saber?

Ella se mordió el labio.

–Es cierto, lo siento. Pero a veces los amigos nos conocen mejor que nosotros mismos. Supongo que tenía curiosidad por conocer el punto de vista de Dave.

–Vaya, eso me da un poco de miedo –comentó–. ¿Algo interesante que destacar?

–Bastante –dijo con la cabeza gacha.

Paul se sintió inmediatamente mal. ¿Le habría dicho Dave lo de Dan?

–¿Por cierto, ha funcionado entonces? –lo miró tímidamente de reojo, y Paul tuvo ganas de besarla de nuevo.

–¿El qué?

–¿Estabas celoso?

Él le volvió la cara hacia él y la besó de nuevo, esa vez con posesividad y ardor; Paul el troglodita, marcando su territorio. Cuando se retiró, ella

frunció el ceño y arrugó la boca.
–Eso fue lo que él dijo que pasaría.
–¿Que te besaría?
–No, que te pondrías celoso.
–¿Y no lo creíste?
Tracy negó con la cabeza.
–Oh, Tracy –la besó otra vez, cada vez más consciente de que lo que quería era terminar de una vez de cenar–. Si no estuviera a punto de marearme de hambre, te llevaría directamente a casa y te lo demostraría.
Ella lo miró y Paul vio la emoción reflejada en sus ojos oscuros. Paul se levantó.
–No me mires así hasta que vuelva a sentarme. Voy a pedir algo.
Paul fue hacia el mostrador y se puso a la cola.
¿Cuántas veces de pequeño había sentido emoción al entrar en sitios como ese para darse un banquete? Dios, hacía tanto tiempo. Él y su madre solos. Recordó la expresión en el rostro de su madre mientras contaba el cambio exacto para pagar la consumición.
Le echó una mirada al menú, escrito en letras de plástico rojo pegadas en un panel luminoso. ¿Cómo podía la gente comer así a menudo y funcionar bien?
Pidió y pagó a la cajera. Entonces esperó a que le sirvieran, deseando todo el tiempo poder llevarse de allí la comida y volver con Tracy a su limpio y elegante apartamento.
–Número veintisiete.
Entregó su ticket y volvió con su bandeja a la mesa; entonces se sentó frente a ella, sintiéndose como un niño en el comedor de un extraño colegio. Una sensación familiar, pero nueva al mismo tiempo.
Ella sonrió con anticipación.
–Ahora a comer.
Sacó la hamburguesa de su grasiento envoltorio, sintiendo el calor a través del esponjoso bollo de pan, que contenía una rueda fina de ternera de sabía Dios qué parte del animal.
Al primer mordisco lo recordó todo con claridad.
Salado, jugoso, dulce. Pero más que un sabor satisfactorio, fue la sensación de volver en el tiempo, el recuerdo de una ocasión especial con su madre.
Las patatas fritas, crujientes y saladas; el batido de chocolate espeso y dulce. ¿A quién le importaba si tomaba el postre antes de terminar de cenar? Estaba enganchado ya, hambriento, consumiendo los recuerdos de su infancia, sin importarle lo que pasara después.
Se abrió la puerta y entraron tres jóvenes, que saludaron a dos tipos que estaban en una mesa. El hombre calvo y gordo que estaba detrás del mostrador también los saludó en voz alta.
Paul dejó de masticar. En la calle donde él vivía de pequeño, en Roxbury, todo el mundo se conocía. Los restaurantes como aquel eran lugares de reunión, donde las personas se apoyaban las unas a las otras, donde uno se sentía parte de la comunidad.
En el edificio de apartamentos de Shorewood, donde él vivía, no conocía

a nadie excepto a Dave.

–¿Está bueno?

Miró a Tracy, asintió y tragó. Quería decir algo gracioso y entretenido que la hiciera reír, tal y como había hecho Dave, pero en ese preciso momento no fue capaz.

Tracy lo miró con una suavidad, con una ternura que él no había visto nunca en sus ojos; extendió la mano sobre la mesa y le dio un apretón en el brazo.

–Me alegro de que te guste.

Paul dejó un momento la comida en el plato, sintiéndose de pronto falso y avergonzado. Ella merecía mucho más de lo que él le había dado.

–¿Sabías que era yo el hombre que conociste el mes pasado en la playa? ¿Que yo era Dan?

Ella bajó los ojos, pero no le retiró la mano del brazo.

–Sí.

Dios, qué cretino había sido.

–¿Desde cuándo lo sabes?

–Desde que entraste en Siglo XXI.

Él se quedó planchado. Qué bastardo, qué creído, pensar que podía enseñarle valores morales, y encima mintiéndole. Había asumido que poniéndose un traje de seda estaría totalmente irreconocible. Ahogó una risotada de cinismo. Parecía que era él quien necesitaba una buena lección.

Pero lo cierto era que no había contado con que Tracy resultara ser la clase de persona que era. Y desde luego no había contado con que acabaría sintiendo lo que sentía por ella.

–¿Entonces por qué sigues sentada conmigo?

Ella lo miró fijamente. Vaciló un poco antes de hablar.

–Porque… parece que no puedo alejarme de ti.

Su cuerpo reaccionó inmediatamente. Se inclinó hacia delante y le tomó las manos.

–Tracy.

–Sí –susurró ella, mirándolo con emoción y nerviosismo.

–¿Querrás venir a casa conmigo? –susurró con tanta suavidad que casi estaba articulando para que le leyera los labios–. ¿Ahora mismo?

Ella asintió.

Se pusieron de pie, tiraron la comida sobrante y salieron al aire cálido de la noche. La agarró de los hombros, le dio la vuelta y, contra la pared del edificio, la besó una y otra vez, hasta que tuvo que parar porque no quería ponerse tan pasional en público.

–¿Te trajo Dave en coche?

Ella asintió. Tenía los ojos luminosos, la piel suave, la boca blanda y pálida en contraste con el cabello oscuro.

Le dio la mano y la condujo calle abajo, contento de que no tuviera que seguirlo en su coche. No quería que se apartara de él ni un segundo. Al menos hasta que hubieran estado juntos en su cama, hasta que él viera que se le ponían los ojos brillantes de placer.

–¡Ahí viene! –exclamó un coro de adolescentes.

Paul gimió para sus adentros. Los chicos que lo habían saludado cuando había aparcado el coche estaban en ese momento sentados en su coche, sobre el tejado. Aquello era lo que menos necesitaba en ese momento.

–¿Estáis cuidándome el coche?

Puso los brazos en jarras, sin sonreír, pero tuvo cuidado de decirlo en tono ligero. Tal vez la hamburguesa le hubiera hecho recordar cosas buenas, pero no podía borrar los recuerdos desagradables. Cada día había sido una lucha por el dominio, por sobrevivir.

Los adolescentes se echaron a reír e intercambiaron miradas de gallito.

–¿Quiere que nos bajemos del coche? –le preguntó un chaval muy apuesto con el pelo rubio.

–Eso es –Paul asintió y se mantuvo firme.

El chico miró a sus amigos, estudió a Paul, intentando decidir hasta donde podía llegar.

–De acuerdo, supongo que podríamos hacerlo –el chico se bajó del coche.

Los demás lo siguieron de mala gana, abriéndose paso entre Paul y Tracy. El que iba a la cabeza estuvo a punto de tirar a Tracy al pasar junto a ella.

Paul lo agarró del brazo y tiró de él.

–¿Tu madre no ha enseñado a decir lo siento?

–Mi madre está muerta –soltó el chaval.

Paul se sintió mal por dentro.

–Lo siento.

El chico entrecerró sus ojos azules y frunció el labio con desdén.

–Sí, claro, chico Lexus.

Él se había criado en un barrio como aquel. Había sido igual que aquel chaval a su edad. Sabía que podría salir de allí si quisiera. Paul quiso decirle esas cosas, pero se calló a tiempo.

Soltó al chico y dejó que este lo empujara con brusquedad para salvar la cara delante de sus amigos. ¿A quién estaba engañando Paul? ¿Acaso creía que podía cambiar las vidas de unos chicos de la noche a la mañana?

Los chicos se alejaron saltando, gritando obscenidades, dando golpes a las puertas y patadas a los cubos de basura. Paul los observó con el corazón encogido al recordar la falta de rumbo en aquella etapa de su vida.

–¿Paul? –se volvió y vio a Tracy detrás de él, con los ojos muy abiertos, llena de ansiedad–. ¿Estás bien?

Él asintió.

–Siento lo que acaba de pasar.

–No pasa nada. Lo has llevado muy bien.

Una extraña pesadez se apoderó de él. La velada se había echado a perder, el momento de emoción había quedado apagado. Tracy no era un producto de la cultura urbana; el encuentro la había molestado. Y los recuerdos que Paul había revivido esa noche harían difícil que pudiera seguir adelante con facilidad en la vida que llevaba, en el mundo de comodidades de las que se había rodeado.

–Vamos. Te llevaré a casa.

Ella lo miró con extrañeza.

–¿A mi casa, o a la tuya?

–A tu casa –no fue capaz de evitar el tono brusco, aunque intuyera que tal vez a ella le doliera–. ¿No es eso lo que quieres?

Ella le deslizó las bonitas y delicadas manos por los brazos y lo agarró de los codos, como una madre que sabe que su hijo necesita algo, como un amante explorando algo nuevo.

–No –susurró–. No es lo que quiero.

Tracy se quedó algo rezagada mientras Paul abría la puerta de su apartamento. Se sentía totalmente inútil. No sabía lo que había pasado con los chavales, ni los demonios que se habían desatado en su interior tras el episodio, pero ella no tenía poder alguno para curar sus heridas. Por un momento, cuando se había enfrentado al grupo de chicos, Tracy había sentido que Paul había tomado contacto con su verdadero yo. Que había sacado de su escondite al hombre que acechaba bajo aquellos trajes de diseño; era una transición que se había iniciado cuando había probado el primer bocado de una de las hamburguesas de Casa Nate. Entonces había entrado en un mundo de recuerdos en el que Tracy no se había atrevido a inmiscuirse.

Según Dave, Tracy no se había equivocado en una cosa: la historia que Paul había ofrecido en la fiesta de la playa había sido la de su propia vida. Su madre lo había educado sola en una parte deprimida de la ciudad de Boston. Su objetivo había sido escapar, y lo había hecho.

Pero había una gran diferencia entre huir hacia algo mejor y negar el pasado. ¿Cómo podía uno ser una persona completa si renegaba de sus orígenes y pretendía borrar de un plumazo las dos primeras décadas de la vida? Esa noche había empezado a dejar que todo eso volviera a él, empezando por permitir que su cuerpo tomara contacto con la tela vaquera de unos pantalones. Pero seguía luchando para llegar a formar lo que Dave llamaba la imagen completa que solía ser Paul Sanders.

Y ella no sabía cómo ayudarlo. Excepto que sabía que haría más acompañándolo que dejando que él la llevara a casa. Además, de haber hecho eso último no habría pegado ojo en toda la noche, preocupada por él.

Lo siguió al interior de su perfecto apartamento y observó que miraba a su alrededor con hastío. Entonces se preguntó si lo vería con los mismos ojos que ella.

–¿Quieres un descafeinado? ¿Un té? –le dijo con seriedad.

–No, gracias.

–Tracy –se acercó un poco a ella–. No sé siquiera si puedo…

–No pasa nada –Tracy se acercó más a él y le puso las manos sobre el pecho, diciéndole con la mirada que era sincera–. Está bien. Podemos hablar.

Él asintió y le dio la mano.

–Ven.

La llevó hasta el sofá donde habían bebido vino y se habían excitado

hablando de tomates. Allí se sentó y después la sentó a ella sobre sus rodillas. Ella se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza en su hombro, cerró los ojos y saboreó la cálida sensación de su abrazo. A aquello se podría acostumbrar sin problemas. Solo Dios sabía si tendría la oportunidad alguna vez.

–¿Quieres hablar de ello?

–No lo sé –le acarició el pelo–. No lo sé, Tracy.

–Inténtalo.

Le sonrió, y se alegró aún más al ver que él también sonreía.

–Esos chicos –se pasó la mano por la cara–. Me hicieron recordar cosas que no esperaba.

–Eso me pareció.

–Supongo que Dave te puso al corriente, ¿no?

Ella asintió y moduló la voz con cuidado para que no pareciera un reproche.

–Podrías habérmelo contado tú.

–Te lo conté. Esa noche en la playa.

–Tienes razón –había estado tan ansiosa por condenarlo entonces, que no hubiera importado que hubiera dicho o no la verdad–. Después cambiaste tu historia.

–Me imaginé que era lo que querías creer sobre mí –recostó la cabeza sobre el respaldo–. En ese momento tenía la arrogante idea de que podría enseñarte a valorarme a pesar del boato.

–Creo que fue lo que hiciste.

Él se volvió hacia ella y sonrió con tristeza, y Tracy se derritió por dentro.

–¿Sí?

–Sí –susurró Tracy, intentando que él no notara la oleada de ternura que sentía en esos momentos.

Él levantó la cabeza y la miró, entonces le pasó los dedos por los labios. Tracy lo miró fijamente a los ojos, mientras él continuaba rozándole los labios, y de pronto Tracy sintió como si estuviera desapareciendo. Lenta e inevitablemente, el ambiente a su alrededor cambió. El brillo y el propósito volvió a sus ojos, y la tensión volvió a fluir entre ellos.

–Tracy –se inclinó hacia delante y la besó en los labios con suavidad, sin presionar, sin apasionamiento, simplemente transmitiéndole el calor de su boca.

Esa vez Tracy le dejó que se tomara su tiempo, que marcara el paso, intentando controlar la emoción que amenazaba con salir a la superficie como un volcán en erupción. Él necesitaba su fuerza, no su vulnerabilidad.

–Tracy –le puso una mano en la nuca para empezar a besarla con más ardor; entonces la estrechó contra su cuerpo con suavidad, de modo que Tracy se sintió totalmente protegida entre sus brazos.

Ella se entregó al beso, deseosa de que él la tuviera si eso era lo que quería. No le importaba si al final de la noche él era dueño de su corazón. Paul la necesitaba.

–Entre nosotros hay magia.

Ella se echó a reír.

–¿Tú crees?
–Sí –la empujó de sus rodillas y se inclinó para levantarla en brazos–. Y creo que podría ser aún mejor.
La llevó al dormitorio, la tumbó sobre la cama y se quedó de pie junto a ella. Sin vergüenza alguna, Paul se quitó la camisa y el pantalón, sonriendo todo el tiempo.
Tracy esbozó una sonrisa trémula; estaba anonadada. Paul tenía un cuerpo magnífico, como una fantasía hecha realidad. Turbador en su tamaño y su poder. Sintió que estaba loca por él, y que lo deseaba ardientemente.
Pero también estaba muerta de miedo.
Paul se bajó los calzoncillos y se quedó mirándola, como un dios griego mirando a los mortales desde los cielos, luciendo con orgullo su protuberante erección.
Ella se estremeció violentamente.
–¿Tienes frío?
Tracy sacudió la cabeza. En ese momento se le ocurrió también que aquel hombre habría estado con todas las mujeres que hubiera querido. ¿Qué iba a hacer con ella, que tenía el pecho pequeño, que no tenía mucha experiencia y que encima tenía dificultades en alcanzar el clímax?
Él se tumbó junto a ella en la cama y le tomó la mano.
–¿Qué te pasa?
–Yo… no lo he hecho demasiado –miró fijamente al techo, intentando no echarse a llorar.
–¿El qué? ¿El sexo?
–Sexo sin… sentimientos.
Él le volvió la cara para que lo mirara.
–¿No tienes sentimientos hacia mí?
–Yo… tú dijiste que sería como una tormenta eléctrica –levantó los brazos e hizo un gesto como si estallara algo sobre su cabeza–. Que pasaría enseguida.
–Lo dije, ¿verdad?–se puso de espaldas, colocó las manos detrás de la cabeza, aspiró hondo y soltó el aire despacio–. Creo que me estaba engañando cuando dijo eso.
Tracy se quedó boquiabierta. Aquello podría significar algo.
Paul la miró con recelo.
–¿Y tú?
–¿Quieres decir que si… tengo sentimientos hacia ti? –se encogió de hombros, intentando parecer más fuerte–. Bueno, algo sí.
Él hizo una mueca y se volvió de nuevo hacia ella. Entonces empezó a acariciarle el costado.
–¿Sentimientos agradables?
–Muy agradables –dijo en tono ronco.
Sin dejar de sonreír, Paul le desabrochó la camisa lentamente, y después le desabrochó el enganche delantero del sujetador con una sola mano. Retiró la tela y le acarició el estómago.
–Dime lo que quieres.
Tracy se puso tensa al oír su tono de voz y se resistió a las ganas de

cruzar los brazos sobre el pecho. ¿Acaso quería que hiciera algún anuncio? Cuando había hecho el amor con su novio en la facultad había sido un asunto silencioso, sincero. ¿Y de pronto Paul pretendía que empezara a pedir como si tuviera un menú delante?

–Yo… no…

–Shhh, de acuerdo.

Paul empezó a acariciarla suavemente, arriba y abajo, hasta que sus dedos le rozaron los pechos, y después por debajo de la cinturilla del pantalón. Ella dejó de temblar y arqueó la espalda, pidiéndole que sus caricias fueran más íntimas. Entonces empezó a acariciarle los pechos, palpándoselos, pellizcándole los pezones con suavidad y firmeza al mismo tiempo, hasta que ella empezó a gemir.

–Dime lo que quieres, Tracy.

–Ya lo sabes.

–Dilo.

–No.

–Dilo, Tracy. Por favor.

Ella tragó saliva.

–Tócame…

–¿Dónde?

–Entre las… Tócame.

Él le desabrochó el botón de los pantalones y le bajó la cremallera; deslizó la mano dentro y le rozó el sexo, haciendo que se estremeciera.

–¿Aquí?

–Más abajo…

–¿Aquí? –dijo mientras le cubría el sexo con la palma suave y caliente.

–Sí… –contestó con los ojos cerrados, sin aliento, loca por él–. Sí.

–¿Y ahora qué? –le susurró con los labios pegados a la sien.

Le deslizó los labios por la mejilla, hasta la comisura de sus labios, y entonces Tracy volvió la cabeza y empezó a besarlo con avidez. Adelantó las caderas con brusquedad, pegando contra aquella mano que no se movía.

–Muévete –dijo en tono ronco y desesperado, sin saber apenas lo que decía, solo que si no se movía dentro de ella iba a volverse loca–. Dentro de mí.

Él gimió al tiempo que le deslizaba primero un dedo y luego dos, penetrándola con suavidad para después extender la miel que brotaba como una fuente por la parte externa de su sexo.

Al poco rato sacó los dedos y encontró el centro de su placer, que frotó primero con suavidad y después con insistencia.

–No –exclamó Tracy, sabiendo que si continuaba así terminaría enseguida; se apartó–. Así no.

–Sí –él continuó acariciándola hasta que Tracy cedió, gritó y explotó, retorciéndose contra sus dedos al tiempo que un mar de sensaciones se apoderaba de ella.

Ella se quedó extenuada, sudorosa, jadeando aún.

–Pensé que estaba haciendo esto por ti.

–Créeme, eso es lo que has hecho –le susurró las palabras junto a la boca

mientras la estrechaba con fuerza entre sus brazos.

Se bajó los pantalones y le quitó las braguitas, antes de tumbarla boca arriba.

–Eso ha sido lo más sexy que he visto en mi vida.

Le besó los pechos, el estómago, y continuó hasta que su lengua húmeda y caliente le acarició el lugar donde antes habían estado sus dedos. Tracy sacudió la cabeza, incluso mientras levantaba las caderas para encontrarse con él.

–Creo que te toca a ti.

Él sonrió.

–Me tocará, pero primero quiero excitarte de nuevo.

Ella se relajó sobre la cama y dejó que él la saboreara. Increíblemente, su deseo se encendió de nuevo, primero lentamente, y después con ardor e insistencia. Se incorporó un poco y le agarró de los brazos.

–Ahora te toca a ti.

Él se incorporó y abrió el cajón de la mesilla para sacar un preservativo; se lo puso y se arrodilló delante de ella.

–Tracy –ella lo miró a los ojos, que la miraban con ternura y seriedad–. Eres una mujer fabulosa.

Ella estaba sin aliento.

–Tú también.

Él se echó a reír y entonces inclinó las caderas hacia delante, y con los codos apoyados sobre el colchón dirigió su cuerpo hacia el de ella. Entonces, cuando encontró el centro de su placer, deslizó su sexo con suavidad, penetrándola lentamente, como si estuviera saboreando cada centímetro de su unión.

Paul empezó a moverse rítmicamente, de manera lenta y relajada al principio, con la mejilla pegada a la de Tracy, subiendo y bajando el cuerpo. Poco a poco su respiración se aceleró, se volvió irregular, y empezó a empujar con más fuerza, cada vez más deprisa.

–Tracy –empezó a besarla en el cuello, en la mejilla, en la boca.

La ternura y la dulzura dieron paso a la pasión desesperada, a la turbadora necesidad de conducirlo hasta el límite, de que se fundieran en un solo ser. Cuando Tracy sintió que el segundo clímax estaba cerca, las sensaciones la hicieron gemir de nuevo, hasta que notó que él se paraba unos segundos para seguidamente liberarse dentro de ella.

Eso fue todo. El mundo. El cosmos. Universos paralelos. Todo lo que había estado buscando. Concentrado en unos instantes.

Le deslizó lentamente las manos por la musculosa extensión de su espalda, feliz, deleitándose en la sensación de su cuerpo saciado sobre el de ella, de su desnudez tan próxima.

De acuerdo. Había ocurrido. Sabía que era posible y que así había sido. Tracy no tenía ninguna duda de cómo se sentía. Toda su agonía, todo aquel tiempo buscando un lugar donde sentirse a gusto había desembocado en un momento fabuloso.

Su sitio estaba junto a Paul Sanders.

Capítulo Diez

–Pasa.

Tracy giró el pomo de la puerta y entró en el apartamento de Allegra, escasamente amueblado con unas pocas piezas sofisticadas de un marcado sabor oriental.

–Estoy a punto de terminar –Allegra estaba sentada con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, sobre una alfombra de nudos.

Tracy se recostó sobre el respaldo del sofá mientras esperaba a que su amiga terminara lo que estuviera haciendo.

Allegra abrió un ojo, miró a Tracy y volvió a cerrarlo.

–Has dormido con él.

–¿Eh? –Tracy se quedó mirándola; desde siempre Allegra había tenido una intuición muy fuerte–. ¿Cómo lo has sabido?

–Tienes el aura rosada y exudas satisfacción. En tus ojos se refleja la felicidad y el poder femenino –estiró los brazos hacia el techo–. Y tienes la barbilla sonrosada de su barba.

–Ah –Tracy se tocó la piel sensibilizada–. Sí, esto.

–¿Estás bien? –Allegra abrió los ojos.

Tracy asintió, incapaz de contener una amplia sonrisa.

–Ajá –Allegra la estudió con curiosidad–. El primer experimento de las Cazahombres conduce a la pasión y a la incertidumbre.

–Eso es lo que siento.

–Estás enamorada de él –Allegra se puso de pie con gracia y agilidad–. Y no estás segura de que él sienta lo mismo por ti.

–Sí... –después de lo que habían compartido la noche anterior, le parecía imposible que los sentimientos de Paul hacia ella no fueran fuertes; pero no se fiaba del todo de los hombres, y además ella no tenía mucha experiencia–. Cuando me marché de su casa esta mañana, los dos teníamos mucha prisa, y lo único que dijo fue que me llamaría.

–Y aún no te ha llamado, aunque han pasado... –Allegra miró el reloj–. Solo nueve horas. Muy extraño.

Tracy se levantó del sofá.

–Odio esto. Odio no saber cómo va a salir. Detesto no poder estar al control de mi felicidad. Y sobre todo... –aspiró hondo– odio protestar de este modo.

–Cariño, bienvenida al amor –Allegra se echó a reír–. Es un asunto peliagudo.

–Anoche cuando estábamos... quiero decir después de... –alzó los ojos–. El estar con él me produjo una sensación única, me hizo sentirme completa por primera vez. No puedo explicarlo.

–Acabas de hacerlo –Allegra sonrió y se encogió de hombros–. Te hace sentirte satisfecha. Eso es algo bueno.
–No sé…
Allegra se inclinó hacia delante hasta tocarse los dedos de los pies con las manos. Se incorporó lentamente hasta ponerse derecha.
–¿Quieres mi consejo?
–Por favor.
Si alguien podía ayudarla a entender lo que sentía, esa persona era Allegra.
–Ahora mismo te sientes confusa. Paul te hace sentirte completa. Pero no puedes controlar que él quiera estar contigo. ¿Entonces qué más puedes hacer para encontrar la paz? ¿Dónde más puedes estar que te sientas completa?
Tracy sonrió y se dio una palmada en la frente.
–En la granja.
–Exactamente –Allegra se sentó junto a ella y abrazó a Tracy–. Ve allí mañana, pásate el fin de semana encontrándote a ti misma, con un día o dos será suficiente para saber lo que sientes. Te garantizo que allí encontrarás algunas respuestas.
–Gracias –Tracy abrazó a su amiga con fuerza.
–Pero… –Allegra se apartó y miró a su amiga con sinceridad–. No te sorprendas si las respuestas que obtienes en la granja no son las que estás esperando.
–¿Qué quieres decir?
–Lo verás –le sonrió con dulzura.
Tracy gimió con frustración.
–No me gusta cuando te pones misteriosa.
Allegra se echó a reír.
–Lo sé. Venga, voy a cambiarme y nos vamos a cenar.
Desapareció por la puerta de su dormitorio y Tracy se recostó de nuevo en el sofá y se cruzó de brazos, sonriendo. ¿Por qué no había pensado en la granja? Solo de pensar en el paisaje fresco y sereno y en el ambiente acogedor de la casa Tracy se sintió más tranquila. Podría sentarse al fresco en el porche y mirar la puesta del sol, comer palomitas y ver películas antiguas en la tele. Meterse en la cama rodeada de acres y acres de verdura, y sentirse a gusto y segura y…
Hizo una mueca. Y muy sola.
Era inútil negarlo. Después de la noche anterior, después de lo que había encontrado con Paul, se sentiría vacía si no estaba con él.
De repente se incorporó. ¿Y por qué no podía estar Paul en la granja con ella? En el porche, mirando la puesta de sol y comiendo palomitas. Y, por qué no, con ella en su cama. Tal vez el estar allí le proporcionara algo de paz, le contestara de nuevo con un estilo de vida más sencillo, aunque no fuera el que él había conocido.
Eso era… si quería acompañarla. Volvió a recostarse. Los hombres se ponían nerviosos si pensaban que ibas demasiado rápido. Una simple invitación era para ellos como exigirles que se comprometieran de por vida. Incluso el pedírselo podría parecerle excesivo.

¡Pero qué tonterías estaba pensando! Ya eran amantes; tenía todo el derecho del mundo a pedirle que pasara un fin de semana con ella.

–¿Allegra, puedo usar tu teléfono para comprobar mis mensajes antes de marcharnos?

Allegra se echó a reír.

–¿Nueve horas y media y ya estás que te subes por las paredes?

–Supongo que sí –Tracy volteó los ojos, marchó el número y el código para escuchar los mensajes, con el corazón latiéndole con fuerza de la emoción.

Piiiii.

–Tracy, soy Paul.

Cerró los ojos y dio las gracias en silencio.

–Quería llamarte antes, pero no he tenido ni un segundo libre. Dime lo que vas a hacer este fin de semana; me gustaría que lo pasáramos juntos. Llámame. Estoy en la oficina y llegaré a casa sobre las siete.

La máquina soltó otro pitido y se apagó.

Tracy se quedó mirando la pared hasta que asimiló el pitido de la máquina. Entonces se puso a bailar como una loca por todo el salón de Allegra, riéndose, sin aliento. Iba a ir a la granja ese fin de semana, a encontrarse a sí misma y a volver a establecer contacto con quien realmente era. Mientras tanto ayudaría a Paul a que abriera una puerta a su pasado. Un fin de semana completo en casa, donde más a gusto estaba, tal y como ella se lo había imaginado. A salvo, segura y en paz. Pero desde luego bien acompañada.

Paul suspiró con fuerza, y al hacerlo voló una de las hojas que había sobre la mesa de su cocina y la envió al suelo, de donde no pensaba molestarse en recogerla.

Tracy quería marcharse el fin de semana a la granja familiar.

Aparte de aquella fabulosa noche con Tracy, había tenido una semana horrible. La campaña de Siglo XXI estaba como estancada. Las ideas iban y venían, pero ninguna se destacaba como elección obvia. Por primera vez en su vida profesional, estaba empezando a entrarle pánico. Tendrían la primera presentación con el padre de Tracy al cabo de una semana y aún tenía que buscar la idea que le estaba resultando tan resbaladiza.

Tracy quería pasar el fin de semana en la granja. Había dejado la decisión de acompañarla para más adelante, diciéndole que necesitaba ver la cantidad de trabajo que podría hacer esa noche y al día siguiente. Era cierto. Pero él ya sabía la respuesta que quería darle. Necesitaba estar enganchado a un ordenador, seguir trabajando, necesitaba su equipo. Ella no sería más que una obsesiva atracción; sabía de sobra que allí no podría trabajar.

Se recostó sobre el respaldo y puso las manos detrás de la cabeza.

Por supuesto, podría enfrentarse a la realidad de que la tranquilidad de la granja podría suscitar su creatividad en una dirección totalmente nueva.

O también podría enfrentarse al hecho de que, dicho claramente, tenía miedo a ir.

No era a Tracy a quien estaba evitando; Dios, no. Después de haber saboreado cómo podrían estar juntos estaba hambriento de ella. Le gustaba muchísimo. Incluso podía imaginarse enamorándose de ella.

Pero estaba esa maldita granja.

En realidad debería ir. No tenía sentido arrastrar su relación sin enfrentarse a aquel gigantesco obstáculo.

El problema era lo que ella sentía por aquel sitio; como si Dios lo hubiera creado en el octavo día. Además del hecho de que su invitación le parecía una especie de prueba que esperaba que pasara con éxito, y no estaba seguro de poder hacerlo.

Había visto su apartamento a través de sus ojos por primera vez cuando habían vuelto de Casa Nate. Pero no estaba seguro de que Tracy pudiera ver su granja con la misma objetividad. Seguramente sería un lugar encantador. Maravilloso incluso. Un sitio donde pasar un estupendo y romántico fin de semana.

Pero alguien como Tracy podría disfrutar de mucho más, debería abrirse a un mundo nuevo que tenía la suerte de tener a su alcance. Tan esnobista y anticuado resultaba por parte de Tracy querer insistir en la adoración de todo lo plebeyo como por parte de él haber llenado su apartamento con solo lo mejor.

De repente sintió como si el traje le oprimiera. Fue a su dormitorio y abrió el cajón, de donde sacó unos pantalones cortos que hacía años que no se ponía. Se los puso y la sensación fue de lo más agradable. Sonrió y metió la mano en el fondo del cajón, de donde sacó una camiseta Harley Davidson de un motero que se la había regalado durante su etapa de amor por las motos. Había sido un estúpido por guardar esos recuerdos.

Había llegado el momento de desenterrarlos. El momento de poner su dinero y su experiencia en algo mejo que en artículos de diseño. ¿No podría patrocinar algún programa interesante? Así podría devolver algo de lo que había conseguido y tal vez conseguir que la vida de algún niño cambiara a mejor.

Desde luego algo muy idealista, pero hacía mucho tiempo que no tenía un pensamiento idealista, y la sensación fue muy buena.

Fue hacia el equipo de música, puso un disco compacto de Oscar Peterson a todo volumen, fue a la cocina medio bailando y sacó una bolsa de basura nueva.

Entonces volvió al salón y empezó a meter en la bolsa algunas de las cosas que de repente no le gustaban: un centro de flores secas, un volumen de decoración que tenía sobre la mesa de centro, el pisapapeles de Tiffany; incluso el cuenco en forma de riñón que tenía sobre la mesa diseñado por algún artista de moda. Fuera. Todo fuera.

Media hora después miró a su alrededor con orgullo. Seguía siendo de buen gusto, pero parecía un sitio más habitable, y menos el producto de la idea de algún decorador. Tal vez pudiera comprar algunos pósters o dibujos para cubrir las paredes. Tal vez a Tracy le gustaría ayudarlo a escogerlos.

Por enésima vez esa semana, se imaginó a Tracy tumbada en su cama. Ella lo observaba mientras él se desnudaba, esperando a que él la

penetrara, cerrando los ojos por la emoción que ambos sentían.

Valía la pena pelear por Tracy.

De pronto una nueva sensación de energía se apoderó de él. Si podía llegar tan lejos gracias a la influencia de ella, reconciliarse con su pasado llevándolo al momento presente, entonces tal vez podría hacer lo mismo por ella, a un nivel más profundo que ocupándose solo de que le tomara gusto al *foie gras*. ¿Y qué mejor sitio para empezar que por la maldita granja?

La granja. Una imagen apareció de pronto en su pensamiento con tal claridad y certidumbre que lo dejó sin aliento. Agarró un bolígrafo, arrancó un pedazo de papel de su bloc de notas y empezó a escribir. Perfecto. Absolutamente perfecto. Así captaría la esencia del producto y el atractivo de un negocio de familia.

Se levantó de la silla y corrió al teléfono a llamar a Karen y a Jim. Desde el día siguiente empezarían a darle forma a la idea a tiempo para la presentación de una campaña que dejaría a Derek Richards de una pieza.

Marcó el número de Jim y apretó el puño en el aire en señal de victoria. Por fin lo tenía.

–Jim, soy Paul. Lo tengo.

–Eh, estupendo –dijo Jim muy contento–. Cuéntame.

–Es corto, simple, al grano. ¿Estás listo?

–Claro.

Paul sonrió. Tenía por fin el logo de la campaña, y con un poco de suerte la oportunidad de ser feliz.

–Los llamaré… Los Tomates de Tracy.

Capítulo Once

–Gira por ese camino.

Tracy señaló el Camino Lavahams, casi a punto de explotar de alegría cuando los faros del coche de Paul iluminaron el rectángulo verde del cartel. Paul en la granja. No se le ocurría nada mejor en todo el universo, excepto tal vez el hecho de que su madre no los hubiera dejado.

–Por allí –señaló hacia delante–. Gira ahí, la casa está al final del camino.

El Lexus saltaba y se bamboleaba por el camino lleno de surcos. Las fantasmales hileras de maíz aparecían grises a la luz de la luna. Desde que la familia había empezado a hacer negocio, su padre solo había mantenido unos cuantos acres para cultivos experimentales y sus invernaderos. Pero no había podido abandonar la tierra que los había nutrido durante tantos años, una tierra en la que él y su esposa habían invertido tanto trabajo y entusiasmo. De modo que había alquilado las tierras, para que los fértiles campos no se echaran a perder.

Miró a Paul, que llevaba media hora muy callado. Tal vez estuviera cansado después de la agotadora semana de trabajo, o tal vez fuera por el largo viaje. A lo mejor estaría preocupado con la campaña para Siglo XXI.

–¡Ahí está!

La conocida y acogedora estructura se recortó en el cielo nocturno, y Tracy se echó a reír de pura felicidad. Paul detuvo el coche delante del viejo garaje y Tracy saltó del vehículo para aspirar con fuerza el aire limpio y cálido de la noche, el chirrido de los grillos y el olor del maíz, y corrió hacia el porche delantero.

–¡Hola, casa!

Paul salió del coche despacio, dejó los faros encendidos, y sonrió a Tracy.

–¿Hablas con tu casa?

Ella se acercó a él dando saltos por el camino de grava y le echó los brazos al cuello. Se haría al ambiente de la granja enseguida.

–Sí, hablo con mi casa. Estoy loca de remate. Vamos a bajar las cosas y después te enseño esto.

Le dio un beso en los labios y corrió al otro lado del coche, sacó su vieja maleta y una de las bolsas de comida que habían comprado por el camino. Después esperó con impaciencia mientras Paul sacaba su maleta fin de semana y el ordenador portátil, agarraba la otra bolsa del supermercado, apagaba las luces y cerraba el coche.

Tracy le hizo un gesto hacia el camino que llevaba hasta la puerta de la casa, con el ceño ligeramente fruncido. No le había hecho gracia lo del

ordenador. Quería a Paul para ella sola ese fin de semana. Tal vez fuera una ansiosa, pero así era como se sentía en esos momentos. Además, la granja no era precisamente el lugar adecuado para pensar en forma alguna de capitalismo.

Subieron las escaleras del porche y cruzaron la puerta mosquitera para acceder a la de entrada. Tracy buscó las llaves y metió la adecuada en la cerradura, con las manos temblándole de la emoción.

La cerradura se resistió un poco como de costumbre, pero finalmente cedió y la puerta se abrió, revelando el viejo suelo de tarima de la entrada y la alfombra de nudos que había hecho su madre.

–Aquí estamos –Tracy aspiró el conocido aroma con embeleso antes de continuar hacia la cocina por un pasillo corto donde había fotografías de la familia en las paredes–. Tendremos que abrir las ventanas para que entre aire fresco.

–¿No hay aire acondicionado?

Tracy se echó a reír, esperando que no hubiera sido contrariedad lo que había ensombrecido su tono de voz. En cuanto se abrieran las ventanas la casa se refrescaría enseguida.

–No. En verano vivimos en el porche. Incluso dormimos fuera. Haremos eso esta noche.

–Ah.

Dejó la comida sobre la encimera.

Tracy le quitó el ordenador portátil y la otra bolsa, los dejó en el suelo y lo abrazó.

–Te encantará, chico de ciudad, te lo prometo. Incluso tenemos camas en el porche. Podemos juntar dos y hacer una grande.

–Así me gusta –se echó a reír, y Tracy levantó la cabeza y lo besó hasta que Paul se puso tenso y la estrechó entre sus brazos–. ¿Por qué no me enseñas ahora esas camas?

Ella aleteó las pestañas con exagerada inocencia.

–¿No quieres ver el resto de la casa?

–Por supuesto que quiero verla, ¿Pero no sería mucho mejor a la luz del día? –dijo, mientras le deslizaba las manos por las caderas para apretarla contra su cuerpo.

–Mmm. Tal vez tengas razón –Tracy cerró los ojos al tiempo que un intenso calor se apoderaba de su cuerpo, y eso que aún no estaban desnudos–. Guardemos la comida en la nevera, deprisa.

Pusieron las cosas perecederas en el viejo frigorífico y guardaron el resto por los armarios.

Paul sonrió y le dio la mano. Ella lo condujo fuera, al fresco del porche y hacia la parte norte de la casa donde estaban las camas al aire libre todo el año, y que el último en usarlas siempre las dejaba con ropa limpia.

–Aquí.

Retiraron las cubiertas protectoras de plástico, las bonitas colchas de algodón, y se metieron bajo las suaves sábanas con impaciencia.

–Bueno –empezó a decir Paul mientras le deslizaba la mano por el costado–, esta es la vida en la granja en su mayor esplendor.

Tracy se echó a reír y levantó los brazos, ayudándolo mientras él le

quitaba la camisa y el sujetador, temblando de emoción y más feliz que nunca. Paul estaba en la granja con ella. No podía dejar de pensar en lo perfecto de la situación.

Él la besó en la boca, por el cuello y el hombro, y entonces se retiró un momento. Tracy aguantó la respiración, hasta que gimió de placer al sentir que Paul empezaba a lamerle los pechos a la luz de la luna, succionándole los pezones con afán.

Aquel hombre la ponía a cien, le volvía loca, la hacía sentirse sensual, especial, amada y adorada.

–Paul –le retiró la cabeza de su pecho con delicadeza.

–¿No te gusta?

Tracy se echó a reír.

–No es eso exactamente.

–¿Entonces qué? –se arrimó a ella y le dio un beso en la sien; deslizó la mano hasta la cinturilla de los pantalones cortos y se los desabrochó. Respiraba despacio y pesadamente, y Tracy se dio cuenta de lo excitado que estaba.

Paul disfrutaría haciendo el amor con ella, sin duda. Pero Tracy quería más; quería demostrarle el tipo de mujer que podría ser. La clase de persona que era allí, en la casa familiar. Confiada, tranquila. Feliz.

Y, francamente, no le importaba en absoluto verlo consumirse de placer entre sus brazos. Le agarró la mano, que en ese momento él le deslizaba bajo la cinturilla de sus pantalones.

–Déjame.

–¿Dejarte el qué?

–Hacer lo que estabas haciendo.

–¿Te vas a tocar? –dijo en tono sobrecogido y lleno de esperanza al mismo tiempo.

A Tracy no se le había ocurrido. Solo quería desnudarse delante de él, pero…

–¿Te gustaría que lo hiciera?

–Oh, Tracy…

Su voz se lo dijo todo, profunda y sensual y casi con agradecimiento, provocando en ella una excitación inmediata, una visión de su potencial femenino.

Ella se puso de rodillas y Paul se echó hacia atrás, con sus facciones plateadas bajo la luz de la luna que bañaba la cama.

Tracy jamás había llevado la voz cantante como lo estaba haciendo en ese momento; pero por alguna razón se sentía más confiada que nunca. Era como si algo en su interior, que con anterioridad solo hubiera avistado la libertad, de pronto encontrara la fuerza para dar el salto.

Aquella casa, aquella granja era tan buena para ella. ¿Por qué se había marchado de allí?

–Mírame –le susurró ella, y separó las piernas para que los pantalones cortos se quedaran a medio muslo, para que por la cremallera abierta se le vieran las braguitas.

Se acarició el estómago, subió las manos para tocarse los pechos, y después las deslizó de nuevo hacia abajo hasta rozar la goma de las

braguitas.

–¿Me estás mirando?

–Sí –dijo él en tono ronco, sin aliento–. Estoy mirándote.

Ella deslizó los dedos bajo la goma de las braguitas, y continuó bajando hasta que se tocó el vello rizado de entre las piernas y la miel que de allí brotaba.

El aspiró hondo y gimió suavemente.

–No puedo verte bien. Enséñame, Tracy.

Ella junto las rodillas y los pantalones cortos se deslizaron hasta la cama. Entonces se bajó las braguitas de modo que su sexo quedó expuesto al aire fresco de la noche que se colaba por la mosquitera que rodeaba el porche.

Entonces empezó a tocarse. Al principio fue con vacilación, despacio, y después con más atrevimiento, mientras se relajaba y se deleitaba con el placer de esas caricias, echando hacia atrás la cabeza, arqueando lentamente el cuerpo, observando la creciente tortura de Paul con una extraña combinación de ternura y satisfacción.

–No puedo aguantar más –se puso de rodillas y empezó a desabrocharse la camisa.

–Déjame.

Se quitó los pantalones cortos y las braguitas del todo, tan impaciente por él como él lo estaba por ella, lo empujó sobre la cama y le quitó la camisa. Se sentía viva, excitada, emocionada; llena de fuerza y libertad. Le desabrochó y bajó la cremallera de los pantalones. Entonces presionó la mejilla sobre la tela de algodón de sus calzoncillos abultados y calientes.

–Tracy, me vas a matar.

Ella sonrió y le besó la erección, mientras le echaba las manos por detrás para tirarle de los pantalones. Paul estaba listo, esperando, lleno de anticipación. Pero ella le hizo esperar, besándolo con suavidad, provocándolo con la lengua antes de rodearle el miembro, primero con los labios y después con toda la boca, mientras le daba placer con los dedos y balanceaba el cuerpo al compás de los movimientos.

Pasado un minuto, tal vez dos, él se incorporó un poco y tiró de ella hasta colocarla a su lado. Entonces se metió la mano en el bolsillo para buscar un preservativo. Treinta segundos después estaba listo y tumbándola sobre la cama. Ella se resistió.

–Esta es mi noche.

Lo empujó sobre la cama y se montó sobre él, se levantó un poco y se sentó sobre su miembro, gimiendo con abandono al sentir la potencia de su unión. La brisa nocturna acarició sus cuerpos mientras ella se balanceaba encima de él, dejando que ambos saborearan el ritmo y la presión.

Quería que haciendo el amor Paul viera lo perfectos que eran el uno para el otro, lo mucho que deseaba compartir aquel vínculo y aquel lugar con él para siempre. Había dormido allí fuera en el porche cada verano de su vida, donde sus padres le habían leído cuentos, donde se le había caído el primer diente, donde la habían besado por primera vez. Después de esa noche podría añadir un recuerdo más, uno de mujer adulta, a aquel lugar

que tanto la había mimado.

Él levantó las caderas para embestirla con más fuerza y aumentó su placer con los dedos hasta que ella sintió de nuevo el inevitable ascenso. Tracy se empezó a mover cada vez con mayor rapidez hasta que se entregó a él en el clímax, apenas consciente en el estallido de sensaciones que experimentaba de que Paul imitaba también sus gemidos de placer.

Se dejó caer sobre el cálido y acogedor pecho de su amante; él la abrazó con fuerza, sus cuerpos pulsando mientras el oleaje daba paso a la calma. Y al amor. Dios, cuánto lo amaba.

Allí, en la granja, con Paul entre sus brazos y en su cuerpo, Tracy tenía todo lo que siempre había ansiado.

Tracy despertó poco a poco, gradualmente consciente del sol que calentaba el aire de la mañana. Se acurrucó junto al cuerpo de hombre que tenía a su lado, frunció el ceño, levantó la cabeza.

Paul estaba mirando el techo. Cuando ella se movió, él se volvió y sonrió.

–¿Has dormido bien?

–Como un tronco. ¿Y tú?

Él hizo una mueca.

–No tan bien.

Ella se incorporó y apoyó sobre un codo.

–¿No estabas cómodo?

–Sí, estaba cómodo. Y también lo estaban unos veinte mosquitos, dos moscas y demás criaturas –señaló hacia un agujero que había en una esquina del porche.

Tracy se incorporó y vio a un conejo desapareciendo por el agujero.

–Creo que se ha pasado toda la noche saltando de un lado a otro con sus amigos –dijo en tono gruñón.

Ella se inclinó y le dio un beso en el pecho y otro en la mejilla, e hizo una mueca al ver las picaduras que tenía en el cuello y los hombros.

–Iré a preparar el desayuno. ¿Te parece bien medio litro de café?

–Me parece bien para empezar –bostezó y le revolvió la melena rizada, tiró de ella y la abrazó mientras le acariciaba la espalda–. Tú me pareces bien para empezar.

Cuarenta y cinco minutos después, Tracy entró en la cocina muy sonriente y con las mejillas sonrosadas. Abrió la nevera y sacó las cosas para preparar el desayuno, preguntándose si la vida podría ser mejor.

–Mmm. Huevos con beicon –Paul entró en la cocina, la abrazó y empezó a balancearse de un lado a otro–. ¿Te importa si me doy primero una ducha?

–Baño.

–¿Baño? ¿A la ducha lo llaman baño por aquí?

–No tenemos ducha. Tienes que tomar un baño.

Dejó de balancearse.

–Un baño.

Ella levantó la cabeza y sonrió al ver su expresión de incredulidad.

–Ya sabes, tienes que dejar correr el agua, meterte y lavarte…

Él la apretó y después la soltó.

–Es que no me he dado un baño desde que era un niño.

–Es muy relajante. Y no te asustes del ruido que hacen las cañerías. Primero suena una especie de chirrido y después unos golpes. Y el agua saldrá marrón, de modo que déjala correr un rato.

–De acuerdo. Chirrido, golpes, agua marrón. Estupendo.

Tracy se echó a reír.

–Te encantará.

Veinte minutos después, Paul volvió a la cocina, vestido ya.

Tracy terminó de preparar los huevos revueltos y raspó las partes de las tostadas que se habían quemado. El tostador no funcionaba y se había distraído unos minutos cuando había salido al porche a cortar unas margaritas.

Sacó los platos y las flores al porche. Los dos se sentaron a la mesa a desayunar. Una suave brisa les llevó los aromas de la mañana a través de la tela mosquitera; las mariposas revoloteaban por el jardín de flores; los pájaros volaban y gorjeaban entre las ramas del roble que había junto a la casa.

Tracy terminó de comer y empujó su plato, estiró las piernas con cuidado sobre el banco de madera para no clavarse ninguna astilla y miró hacia los campos de maíz en la distancia.

–¿No te parece fabuloso todo esto?

–Es estupendo, Tracy –se movió en el asiento, como si no pudiera dar con una postura cómoda, y de pronto frunció el ceño.

–¿Una astilla?

Suspiró, se agachó y se levantó con un diminuto pedazo de madera en la mano.

–Sí.

–Lo siento. Hace muchísimo que tenemos este banco…

–Lo sé, como todo lo demás –sonrió y le rozó la mejilla, pero en sus ojos había una expresión seria–. ¿Entonces, qué piensas hacer esta mañana?

–Tengo pensado sentarme en el porche toda la mañana y no hacer nada.

–Me parece perfecto –se puso de pie y se retiró con cuidado del banco–. Entonces iré a por mi ordenador portátil.

–Tu ordenador –repitió Tracy con desazón.

La tecnología punta estaba fuera de lugar en un lugar idílico y natural como aquel, sobre todo en su primer fin de semana juntos fuera de la ciudad. ¿Acaso Paul no se daba cuenta de eso?

–¿Cómo? –se detuvo de camino a la puerta de la casa y se dio la vuelta–. ¿No quieres que trabaje?

–Pensé… que podríamos sentarnos juntos a disfrutar de la mañana.

–Ah –asintió–. Eso me parece estupendo. Entonces me sentaré aquí… –dejó caer su voluminoso cuerpo sobre el columpio del porche antes de que Tracy pudiera avisarle del estado de las cuerdas que lo sujetaban– a observar.

Dijo las últimas palabras desde el suelo, y no parecía demasiado contento. Tracy corrió a ayudarlo a levantarse.

–Lo siento. Cuando he visto que te ibas a sentar, ya era demasiado tarde.

–No pasa nada –Paul se limpió el pantalón de polvo con movimientos bruscos y rápidos–. Sabes, no soy un hombre al que le guste sentarse a contemplar la mañana, Tracy. Pero me encantaría conseguir una máquina para enviar un fax. De modo que si me dices cómo llegar al pueblo, iré a enviar lo que tengo que enviar y *tú* podrás quedarte a contemplar la mañana. ¿De acuerdo?

Ella asintió y le dio indicaciones. No le extrañaba que estuviera enfadado. Los mosquitos, las tostadas quemadas, la astilla y después el columpio. Era lógico que no tuviera ganas de quedarse a contemplar nada. Pero ella lo haría en su ausencia.

Solo que en cuanto Paul se marchó la mañana dejó de interesarle. Un extraño nerviosismo se apoderó de ella; casi como si hubiera preferido ir con él.

Entró en la cocina, arrugó la nariz al percibir el olor a quemado, y se pasó cinco minutos forcejeando para poder abrir la ventana. Esa maldita ventana siempre se atascaba en verano. Se dio por vencida, encendió el ventilador de la cocina y se puso a fregar los cacharros.

Al poco rato su mañana de no hacer nada se había convertido en una mañana de duro trabajo. Parecía que cada sitio a donde se le ocurriera mirar necesitaba limpiarse o repararse. En realidad necesitaba pasar más tiempo allí, para tener la casa un poco más a punto. A la media hora, su buen humor había desaparecido y estaba tensa y rezongona.

Al oír el coche de Paul el corazón empezó a saltarle de alegría. Dejó la bayeta y salió a recibirlo. Lo vio sacando una bolsa enorme del asiento trasero del coche.

–¿Qué es eso? –levantó la cara para que le diera un beso y se quedó mirando la bolsa.

–Ahora lo verás –se echó la bolsa al hombro–. Esto… –dijo con misterio mientras se agachaba y sacaba una caja de la bolsa– es un tostador. Y cuando la tostada está lista, ¿sabes qué? –la miró y sonrió–. Salta.

–Paul…

Sintió una decepción inmediata. Paul no lo entendía, no entendía la magia de la granja.

Seguidamente Paul sacó un temporizador para la cocina y un juego de sartenes, puesto que las que tenían allí ninguna tenía mango.

–Un microondas para las palomitas que compré. Y esta tarde traerán un aparato de aire acondicionado para instalar en la ventana, porque si a ti no te importa, preferiría no volver a dormir en la jungla.

Ella sacudió la cabeza, visiblemente agobiada.

–No puedo creer que hayas comprado todo esto.

–¿Por qué no? –la miró extrañado.

–Porque esta casa es…

–Un museo –terminó de decir él.

–*¿Cómo?*

–Es un museo, Tracy. Un altar a la privación. Debo decirte algo… la privación no es digna de adoración.

Ella lo miró con incredulidad. Aquello era diez veces peor de lo que

había pensado. Para él todo se reducía a la comodidad y al lujo, a tirar el dinero en lo que fuera.

–¿Cómo puedes decir eso, sabiendo lo especial que es este lugar para mí?

–Porque es cierto. Glorificas cosas que son incómodas y en absoluto convenientes por ninguna razón, excepto que de ese modo no tienes que aceptar tu nueva vida ni tampoco vivirla.

Ella se encogió por dentro. ¿Cómo podía haber pasado todo ese rato fingiendo que todo era maravilloso entre ellos cuando en realidad estaba pensando todas esas cosas horribles de ella?

–¿Tú crees que *yo* tengo miedo a vivir?

–Sí –se incorporó y la agarró por los hombros–. Es cierto. Porque lo veo en tus ojos todo el tiempo, veo la tristeza y el miedo.

–No. Tú no lo entiendes. Esa tristeza viene de que me arrebataron la vida que amaba y me empujaron en contra de mi voluntad a la que tengo ahora. No encajo en mi nueva vida, Paul. Era feliz cuando vivía aquí. Ahora no lo soy.

–No te permites a ti misma serlo.

Tracy ahogó un grito de frustración. ¡Otra vez! ¿Por qué nadie quería entenderla? ¿Por qué su amor por la granja era una amenaza para los demás?

–Déjate de melodramas. Dices las mismas cosas que mis amigas.

–¿No dijiste que tus amigas tienen una perspectiva mejor de cómo eres que tú? Pues tienen razón –hizo un gesto de frustración–. Es como si estuvieras empeñada en no ser feliz. Te cierras a nuevas experiencias; ni siquiera pareces darte cuenta de lo afortunada que eres de tener tanto a tu disposición. Te pasas el rato lamentándote por algo que ya no existe.

Ella se puso tensa, intentó tragar saliva, pero tenía la garganta seca.

–La casa no ha dejado de existir.

–No –suspiró–. Pero sí la vida que viviste aquí.

Ella lo miró muy dolida, pero se aguantó las lágrimas; no quería mostrarle el daño que le habían hecho sus palabras.

–Aborreces esto porque no hay una etiqueta de diseño en cada cosa.

–Tracy, no lo aborrezco –se llevó las manos a las sienes y agachó la cabeza–. Solo quiero estar cómodo.

–¿Ah sí? ¿Y qué es lo siguiente en tu lista de comodidades? ¿Una piscina y un jacuzzi?

–No digas eso, Tracy. No me refería a eso.

–Creo que sí –dijo con voz temblorosa–. Eres tú el que tiene miedo. Tienes tanto miedo de tu propio pasado que ni siquiera querías comerte una maldita hamburguesa.

–Tienes razón –asintió en tono más suave–. Es cierto. Tú me has ayudado a darme cuenta, y te lo agradezco. Pero lo que es crucial si vamos a estar juntos, y de momento no lo veo, es que te enfrentes a los cambios que se han producido también en tu vida.

Ella apretó los dientes. Paul le hablaba como si fuera una niña boba que no tuviera idea de lo que era la vida.

–Me he enfrentado a mi nueva vida. El hecho de rechazar ciertos

aspectos ha sido una decisión consciente, no una negación.

–No me excluyas, Tracy –dijo en tono más suave, como si cuanto más se enfadara ella, más dulce se mostrara él–. Intenta escuchar lo que te estoy diciendo.

–Te estoy escuchando perfectamente. La casa de mi familia no es lo bastante buena para tu gusto, y por mucho que a mí me guste cómo es, para ti necesita cambios. Aparentemente lo mismo se aplica a mí. Pues bien, ya puedes cancelar tu invasión con el aire acondicionado, porque esta noche pienso dormir en el porche. Si no quieres dormir conmigo, eres libre de volver a Milwaukee y disfrutar de lo que queda del fin de semana en el aséptico confort de tu apartamento. Yo tomaré un autobús de vuelta a la ciudad cuando esté lista para hacerlo.

Paul la miró detenidamente unos instantes.

–¿Eso es lo que quieres?

Ella tragó saliva.

–No, pero no veo otra alternativa.

–Ahí es a donde quiero llegar –se acercó a ella y lo miró con tanta tristeza que le dieron ganas de abofetearlo–. Tienes tantas alternativas en tu vida esperando a que las explores, pero tú no te permites hacer nada. ¿Quieres que me marche? Me iré, pero es una lástima. Una verdadera lástima.

Se dio la vuelta y entró en la casa, seguramente para preparar su bolsa, y a Tracy se le escaparon unas lágrimas.

Paul volvió al porche con su ordenador portátil y una bolsa de aseo.

–Lo que tenemos es demasiado bueno para dejarlo pasar así, Tracy –se inclinó hacia delante y la besó apasionadamente–. Tienes mi número. Llámame cuando estés lista.

–¿Lista para ser lo que *tú* quieres que sea?

–Lista para aceptar que tu vida ha cambiado. Lista para cambiar con ello.

Salió por la puerta mosquitera del porche y se dirigió al coche, donde dejó su bolsa en el asiento trasero.

Ella se cruzó de brazos, cada vez más frustrada. Aquello no podía estar ocurriendo. Sobre todo cuando todo se suponía que sería tan perfecto ese fin de semana. En lugar de aceptar y aprender, se había tomado a ella y a su casa como si fueran proyectos de renovación.

Bueno, en ese caso era mejor que se marchara. ¿Hasta dónde iban a llegar cuando sus objetivos eran tan distintos? Se pelearían de la mañana a la noche. El sexo no era suficiente; ni siquiera el amor era suficiente.

El motor del Lexus se encendió. Paul dio la vuelta al coche, se detuvo y abrió la ventanilla.

–Tracy.

Ella fue hasta el borde del porche y se asomó por la tela mosquitera.

–¿Sí?

–No tomes el autobús de vuelta a Milwaukee. Alquila un coche. Uno de lujo –agitó la mano y avanzó despacio por el camino, y en ese momento se asomó por la ventanilla y esbozó una sonrisa pícara–. ¿A que no te atreves?

Capítulo Doce

Tracy se levantó del columpio del porche, cuya cuerda vieja había cambiado por una nueva de nylon. Después de un primer día de dar vueltas por la casa sintiendo lástima de sí misma, se había lanzado a mejorar el estado general de la vivienda, barriendo, abrillantando y reparando todo lo que hacía falta. Pero aunque había dejado la casa limpia y lista para habitar, el trabajo no había hecho desaparecer aquel nerviosismo que sentía. Un nerviosismo que no había experimentado jamás.

Se estaba poniendo el sol, pero Tracy no parecía tener muchas ganas de contemplar el ocaso esa noche. En realidad, no tenía ganas de hacer demasiadas cosas. Llevaba cinco días sin ver a Paul, cinco días sin tener contacto con nadie. La soledad le había gustado cuando había ido anteriormente a la granja, pero parecía que desde que había conocido a Paul las cosas habían cambiado.

Había llamado una vez a su padre para decirle que no iría esa semana al despacho, y el hombre se había mostrado preocupado por ella. Su padre deseaba que las cosas funcionaran entre ella y Paul. Hasta el punto de que se había inventado, con la ayuda de su secretaria, todo el tinglado de los aguacates de Guajalote, en Texas, para que Tracy cenara aquella noche a solas con Paul en Chez Mathilde.

Bueno, ella también quería que la cosa funcionara con Paul. Pero parecía que querer no era suficiente.

Entró en la casa, utilizó el inodoro y se miró al espejo con fastidio mientras se lavaba las manos. Tenía el pelo hecho un asco, no se había maquillado por falta de interés y tenía unas pronunciadas ojeras por culpa de que llevaba cinco días sin dormir adecuadamente; cinco noches en las que las pesadillas se habían alternado con los sueños en los que hacía el amor con Paul. Y esos sueños eran los peores, porque parecían continuar durante el día, cuando estaba totalmente despierta y no había escapatoria.

Fue arrastrando los pies hacia el salón y encendió la televisión, cuya antena tuvo que ajustar hasta que la imagen se vio con claridad. Echaban una película en la que el protagonista era Mel Gibson. Entendió que debía de estar muy colada cuando hasta Mel Gibson palidecía en comparación con Paul. Se dejó caer sobre el viejo sofá, donde aún había pelos de Tinker, su perro, que había muerto poco después que la madre de Tracy. Por mucho que pasara la aspiradora no parecía poder limpiarlos del todo. Por mucho que trabajara no parecía poder aclarar la confusión de sus pensamientos.

Interrumpieron la película para poner los anuncios y Tracy fue a la

cocina a hacer palomitas, puesto que no le apetecía hacerse la cena. Echó un poco de aceite en un cazo, añadió unas cucharadas de maíz y encendió la cocinilla. Entonces sonó un zumbido horrible, como una enorme descarga eléctrica. Del quemador empezaron a saltar chispas y una llama azul anaranjada.

Tracy gritó y se apartó con rapidez; entonces apagó el quemador y retiró la mano como si aquello fuera a explotar. Se quedó allí un momento, con la mano sobre el corazón, intentando controlar la respiración. En cuanto se calmó un poco, Tracy se echó a llorar.

Ya no se sentía feliz en su precioso, perfecto y acogedor mundo. Ya no se sentía completa.

De repente, las lágrimas de Tracy se convirtieron en carcajadas histéricas. De acuerdo, ya era suficiente. Su vida no iba a continuar así. Había llegado el momento de avanzar, de encontrar un bonito lugar común para dos personas que estaban enamoradas, una bonita casa y muchos compromisos. Se levantó y agarró un pañuelo de papel, se sonó la nariz y se enjugó las lágrimas con determinación.

Lo primero, el tostador.

Desenchufó el aparato del enchufe de la cocina, buscó una bolsa de basura bajo el fregadero y lo echó dentro. Le siguió el temporizador de la cocina, los manoplas de tela quemadas, el abrelatas oxidado, los platos rajados, los vasos desconchados. Bueno. Aquello no estaba nada mal.

El feo reloj de la pared, el hervidor lleno de grasa, el escurreplatos manchado, los paños deshilachados, los tenedores doblados o la espátula oxidada corrieron la misma suerte. Se echó a reír, sintiendo una subida de adrenalina positiva por primera vez en toda la semana. Continuó llenando la bolsa y la dejó en el vestíbulo, donde seguían los aparatos que había comprado Paul.

Perfecto.

Colocó el tostador y temporizador nuevos; hizo un hueco en la encimera para el microondas nuevo y lo enchufó. Abrió la caja de palomitas que Paul había comprado, las metió en el microondas, y dos minutos después, sin quemarse ni mancharse las manos, volvía al salón con un cuenco de deliciosas palomitas recién hechas. Retiró la funda del sofá llena de pelos de perro y la tiró junto a la bolsa de basura del vestíbulo.

Eso también.

Terminó de ver la película de final feliz entre sonrisas y lágrimas. Le encantaban las películas románticas que terminaban bien. Y aquella tenía un mensaje especial para ella. El personaje encarnado por Mel había sobrevivido, triunfado en su nuevo mundo, aunque al mismo tiempo había logrado incorporar su pasado a su futuro. Aún era capaz de pilotar los viejos aviones, aún podía contar con su antiguo amor.

Mensaje recibido.

Al día siguiente iría a la tienda. Compraría una versión nueva de todo lo que había tirado. Haría instalar el aire acondicionado en su dormitorio y compraría una cama grande. Sustituiría las telas mosquiteras del porche. Lo haría todo. Entonces alquilaría un automóvil de lujo y volvería a la ciudad el viernes, a tiempo para asistir a la presentación de la campaña de

Paul para Siglo XXI. Hablaría con su padre sobre la idea de dejar el negocio, sobre encontrar otra cosa que hacer. Tal vez utilizar su dinero para ayudar a otros granjeros que quisieran investigar a vivir más cómodamente mientras sus ideas tomaban forma. Tal vez papá la echara de menos, pero estaría contento de verla progresar, al igual que había hecho él años atrás.

Porque una casa no podría hacerla feliz, porque una tierra no podría hacer que se sintiera en paz, completa. Después de conocer a Paul, solo había alguien capaz de hacerla sentir todo eso.

Ella misma.

–¿Qué diablos quieres decir con que está enferma? –Paul miró a Dave, que había ido a la oficina de Paul a darle en persona la mala noticia.

La presentación de Siglo XXI empezaría pasados quince minutos y la modelo que había contratado, una amiga de Dave, se había puesto mala con gastroenteritis.

Eso le pasaba por no ir a una agencia de modelos, donde le hubieran enviado a una sustituta. Pero la mujer que Dave le había sugerido había sido perfecta para la campaña. Menuda, morena, muy parecida a Tracy, que era en el fondo la inspiración.

Dios, cómo la echaba de menos. ¿Habría conseguido trasmitirle el mensaje, o solo molestarla? ¿Y cuando se le pasara el enfado, pensaría en seguir adelante o habría decidido enterrarse en aquel museo de recuerdos?

Decidió centrarse en los asuntos más urgentes que tenía entre manos.

–Al menos tenemos las fotografías –se ajustó la corbata y consultó un momento las notas para la presentación–. Tendremos que contentarnos con estas. El concepto está intacto.

–Otra cosa, Paul.

Este miró a Dave.

–Por favor, no me des otra mala noticia.

–Creo que Tracy está aquí. La he visto fuera en el pasillo. Pensé que tal vez querrías saberlo antes de entrar.

Paul tragó saliva. El corazón le latía con tanta fuerza que le pareció que se le notaba a través de la camisa. Había vuelto de la granja. Había inventado excusas para llamarla a su oficina cada día de la semana anterior, pero la respuesta siempre había sido la misma. Seguía fuera y no sabían cuándo volvería.

–Gracias por decírmelo.

–Buena suerte, tío –Dave se acercó y le dio una palmada en la espalda–. Me quedaré un rato para ver qué tal sale todo; después te llevaré a… Eh, se me está ocurriendo una idea –corrió a la puerta y desde allí se volvió a mirar a Paul–. Empieza la presentación cinco minutos tarde, ¿vale?

Paul sacudió la cabeza.

–Dave, no creo que pueda aguantar otra de tus ideas.

–No –Dave levantó las mano–. Esta es una buena. Me siento responsable por lo que ha pasado, pero puedo arreglarlo. ¿Tienes aquí el vestido y las cosas?

Paul señaló una bolsa de una tintorería que colgaba de una percha de la puerta de su despacho.

–Sí, pero no te entrará.

–Ja, ja –Dave fue por la bolsa y salió corriendo del despacho.

Paul suspiró. De no haber estado tan desesperado… Pero sabía que Dave no se arriesgaría con su presentación. Seguramente habría recordado que una de sus cientos de novias era morena y con el pelo rizado.

Esperó cinco minutos, aspiró hondo un par de veces y salió del despacho. Avanzó hacia el final del pasillo, hacia la sala de presentaciones donde estarían esperándolo Jim y Karen, y posiblemente también Tracy. Solo con mirarla a los ojos lo sabría.

Agarró el pomo de la puerta, centró su energía en lo que iba a hacer y entró en la sala.

Cerca de la puerta estaba el padre de Tracy con dos directivos que le habían presentado brevemente, y también Mia, la secretaria de Tracy. Paul sonrió y le estrechó la mano a Derek Richards con cordialidad, pero se le encogió el corazón al ver que Tracy no estaba allí.

¿Dónde demonios estaba? ¿Se habría equivocado Dave?

Saludó a los otros dos directivos y a Mia y fue hacia el centro de la sala, intentando levantar el ánimo por la presentación que estaba a punto de hacer y por todo en general. ¿Por qué no estaba Tracy allí? ¿Seguiría en la maldita granja, o estaría en el pasillo?

–Bienvenidos. Detesto comenzar una presentación tan importante para The Word con una disculpa, pero una modelo que había contratado como parte del cuadro vivo se ha puesto enferma con gastroenteritis y no hemos podido encontrar sustituta.

Siguieron unos cuantos murmullos, asumió que de desaprobación, y entonces señaló hacia una esquina de la sala que estaba cubierta por una cortina negra de paño. A una señal suya, bajaron las luces, se retiró la cortina y un foco iluminó el espacio.

El público aplaudió con entusiasmo. Paul avanzó un paso, con los ojos como platos, incapaz de mover un músculo. En la réplica exacta de las escaleras del porche de la granja de los Richards que había encargado reproducir, vestida con el sexy vestido mini color negro, con los labios y las uñas pintadas de rojo, a punto de morder un tomate en su punto, estaba sentada Tracy.

Levantó la cabeza y le sonrió con timidez. Nunca en su vida había visto nada tan precioso como aquello. Parecía cansada, pero su mirada era serena; en ella no había ni miedo ni pesimismo.

La esperanza empezó a renacer en su pecho.

–Hola –cruzó el espacio que los separaba y le tendió la mano para estrechársela, desesperado por besarla hasta hacerle perder el conocimiento, pero demasiado consciente de que todos los presentes lo estaban mirando–. Esto es desde luego una sorpresa. Me alegro de que hayas podido venir.

Ella le tomó la mano y se la apretó con fuerza.

–No me lo habría perdido por nada del mundo.

Ella no retiró la mano enseguida, sino que continuó apretándosela y

mirándolo con afecto y confianza.

Paul se retiró antes de olvidarse totalmente de que estaba trabajando, o antes de que sus pantalones tomaran una forma que el diseñador no había planeado.

Paul volvió al centro de la sala, lleno de ánimo y determinación. A un gesto suyo de la cabeza otro foco iluminó una enorme fotografía en el mismo escenario, con la modelo original sentada en las escaleras. Los colores del fondo habían sido cambiados a distintas gamas de grises, de modo que el vestido negro, los tomates rojos y las uñas y labios rojos de la modelo destacaban con fuerza.

–Esta es la imagen que deseo para los Tomates de Tracy.

Tracy soltó una exclamación al tiempo que su padre y los directivos se echaron a reír.

Paul levantó las manos y sonrió.

–La insinuación del eslogan es intencionada. Lo que persigo es una combinación perfecta de inocencia y sofisticación; las antiguas tradiciones de familia, el padre que le da nombre a un producto por su querida hija, combinadas con una sensualidad vivaz–. aspiró hondo y se volvió ligeramente para dirigir sus comentarios hacia Tracy–. Quería que la mujer fuera la personificación de la misma combinación. En la campaña siempre será el símbolo de una sofisticación sensual, vestida con joyas y ropa maravillosa. Pero el paisaje que la rodee siempre será humilde: una granja, un estadio de béisbol, una hamburguesería. Lo que quiero implicar es que se puede permitir un lujo y seguir sintiéndose como en casa vaya donde vaya.

Tracy sonrió de oreja a oreja. Su mirada fue clara y directa.

–Por supuesto que puede.

Todo los presentes empezaron a aplaudir y a reírse. A todos les había gustado la broma. Paul se aclaró la voz, agradecido por la respuesta de los presentes. Había entendido el verdadero significado de las palabras de Tracy. De pronto tenía prisa por terminar aquella presentación en la que tanto trabajo había puesto, sacar a Tracy de allí y hablar de la esperanza que había visto en sus ojos. Después quería hacerle el amor durante horas.

Continuó con la presentación, mostrándoles las demás fotografías, hablando de los medios publicitarios que debían escoger, de las posibilidades de presentarla en televisión y radio, intentando aparentar que no había sitio en el mundo donde más le apeteciera estar que allí.

Terminó su charla, contestó algunas preguntas, dirigió otras a Karen y a Jim y finalmente acompañó al grupo, excepto a Tracy, fuera de la sala de conferencias.

En cuanto pudo, se volvió hacia la sala de conferencias y a punto estuvo de chocarse con Karen y Jim.

–Bueno, jefe –Karen le dio una palmada en la espalda–. Creo que ha ido de maravilla…

–Sí, ha sido estupendo –pasó junto a ella, llamó a la puerta de la sala de conferencias y entró.

Tracy se puso su nuevo traje de chaqueta gris que había comprado el día anterior, junto con un montón de cosas más. Se había divertido mucho, también se había sentido algo culpable, pero sobre todo contenta y emocionada al pensar que Paul la vería con aquellas cosas tan monas que se había comprado.

Se oyeron unos golpes impacientes a la puerta.

–¿Tracy?

–Pasa –sonrió, resistiéndose a las ganas de palmotear que le entraron de repente–. Hola –dijo sin dejar de sonreír.

Él la abrazó y seguidamente la besó. Se retiró un momento, la miró con embeleso y volvió a besarla.

–Dios, cuánto me alegro de verte. Tenía miedo de que no volvieras.

–Quería estar a solas unos días para pensar bien. No reconocerías la granja. He hecho algunos cambios, y quiero hacer más. Ya lo verás cuando volvamos. Si te apetece alguna vez… –dijo con emoción.

–Me encantaría. Cuando quieras –sonrió–. ¿Qué te parece ahora?

–¿De verdad? –se echó a reír–. Ahora está bien. Creo que podremos llegar allí…

Mia entró en la sala, pero retrocedió nada más verlos.

–¡Oh, lo siento! He venido porque me había dejado olvidados el carmín rojo y la laca de uñas –los vio sobre una mesa–. Ahí están.

–Eh, Coronel –Dave asomó la cabeza por la puerta, vio a Paul y a Tracy juntos y les hizo una señal con el pulgar hacia arriba.

Tracy suspiró. Una reunión. Qué bonito.

–¿Qué tal ha ido… ? –de pronto Dave miró a Mia y se quedó muy quieto.

Mia miró a Dave y se quedó igualmente quieta.

–Eres tú… –dijo Dave con voz trémula.

–¡Oh! –Mia se acercó a Dave, mirando con sobrecogimiento al gigante que se cernía sobre su menuda figura–. Por fin te he encontrado.

–Estoy sobrecogido –susurró Dave–. Tú eres la que buscaba.

–Lo veo en tus ojos –Mia se llevó la mano a la mejilla y después fue a tocársela a él–. Como una parte mía que me faltaba.

–¿Cómo te llamas? Yo soy Dave.

–Dave… –repitió–. Soy Mia.

–Mia –se puso de rodillas–. Encantado de conocerte, Mia. ¿Quieres casarte conmigo?

–Sí –dijo, a punto de echarse a llorar de alegría–. Oh, sí. Me casaré contigo.

Dave levantó a la menuda secretaria en brazos y la sacó de la sala.

–¿Tracy? –se oyó la voz de Mia por el pasillo–. Voy a tomarme el resto del día libre…

Tracy y Paul se quedaron mirando a la pareja, que aparentemente acababa de comprometerse, y después se miraron.

Paul pestañeó.

–¿Has visto tú lo que he visto yo?

Tracy se echó a reír y se apartó de él.

–De lo que recuerdo de nuestro primer encuentro en la playa, de no

haber pasado tanto tiempo peleando contra lo que sentíamos, nosotros también podríamos haber hecho igual.

–En realidad tienes razón –Paul le puso las manos en la cintura y tiró de ella–. Se acabaron las peleas. No más diseños. No más lujo por nada. Lo prometo.

–Y yo prometo no guardar cosas solo para que todo siga igual. Incluida yo misma –se mordió el labio–. Te quiero.

Él la besó despacio, llenando de esperanza y deseo su corazón, hasta que Tracy pensó que se volvería loca de deseo, de amor.

–Yo también te quiero, Tracy.

–Oh, Dios –se retiró antes de empezar a llorar y de quitarse la ropa; algunas cosas era mejor dejarlas para hacer en otros sitios.

–¿Sabes qué? –sonrió–. Me muero de hambre.

Él sonrió con sensualidad y le revolvió la melena rizada.

–¿Quieres que nos comamos una pizza de camino a la granja?

–¿Pizza? –fingió sorpresa–. ¿Es eso lo que te apetece?

–¿De chorizo o de pimientos?

–Mmm –lo abrazó con fuerza, incapaz de estar apartada de él mucho rato.

Sin lugar a dudas el amor había llamado a su puerta. Paul era su hombre ideal.

–La pizza me gusta –sonrió y le pasó un dedo por los labios–. Pero me parece que tengo antojo de huevos de codorniz y *Loire Crémant*.

Epílogo

Ocho meses después.

–¡Qué es eso que llevas al dedo! –Missy gritó mientras le agarraba a Tracy la mano izquierda sobre la mesa de Louise y examinaba con avidez el enorme diamante.

Tracy se echó a reír y se sonrojó.

–No deberías haberte dado cuenta hasta que llegara Allegra y os diera la noticia.

–Como si no nos hubiéramos fijado ya en un pedrusco de ese tamaño –Cynthia sonrió y abrazó a Tracy con fuerza–. Estoy tan contenta por ti, cariño. Después de todo ese malentendido al principio, Paul y tú os merecéis ser felices.

–Sí –Missy apoyó la barbilla en las manos–. ¿Qué os parece si la repartimos un poco?

Cynthia puso los ojos en blanco.

–Si hablaras con los hombres en lugar de leer tantos anuncios de contactos, tal vez tuvieras oportunidad de ser feliz.

Missy se puso colorada.

–Encontrarás al tuyo antes que yo, Cynthia.

–Posiblemente. Pero me voy a esforzar al máximo para ser la mujer de negocios de más éxito de Milwaukee y poder ganar así el Premio Foster. Tal vez otra vaya antes que yo, probablemente Allegra. ¿Por cierto, dónde anda?

–¿Quién sabe? –Tracy se encogió de hombros mientras le daba vueltas y más vuelas al anillo en el dedo, intentando ahogar la sonrisa de felicidad que no abandonaba su expresión–. Seguramente se habrá cruzado con alguien que tenga el aura empañada y esté intentando arreglársela.

–Probablemente –Missy se echó a reír y estudió de nuevo el anillo de Tracy–. Qué precioso es. ¿Cuándo es la boda?

–Este verano, en nuestra casa de la playa.

–¿No en la granja?

–La granja estaremos renovándola este verano. Quiero instalar allí un despacho para poder dirigir la Fundación desde la granja.

–Para ayudar a otros granjeros a perseguir el gran sueño americano, ¿no? –Cynthia sonrió y levantó su copa de Martini–. Un uso mucho mejor de tu talento que lo que hacías con tu padre.

–Está yendo muy bien –sacudió la cabeza, incapaz aún de creer del todo los cambios que tanta felicidad le estaban proporcionando–. Gracias a nuestro club de Cazahombres, todo ha ido de maravilla. Ahora solo

tenemos que…

–Oh, Dios, siento llegar tarde –Allegra llegó a la mesa y se sentó en el asiento libre, con las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes–. No os vais a creer lo que me ha ocurrido. Jamás os creeríais lo que acaba de ocurrirme. Oh, Dios mío, no puedo creerlo. Él era… lo digo en serio… era tan… Lo miré y…

Las tres mujeres se echaron a reír.

Tracy levantó su copa en dirección a Allegra; Cynthia y Missy siguieron su ejemplo.

–Por la aventura amorosa de nuestra siguiente Cazahombres, Allegra Langton.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

